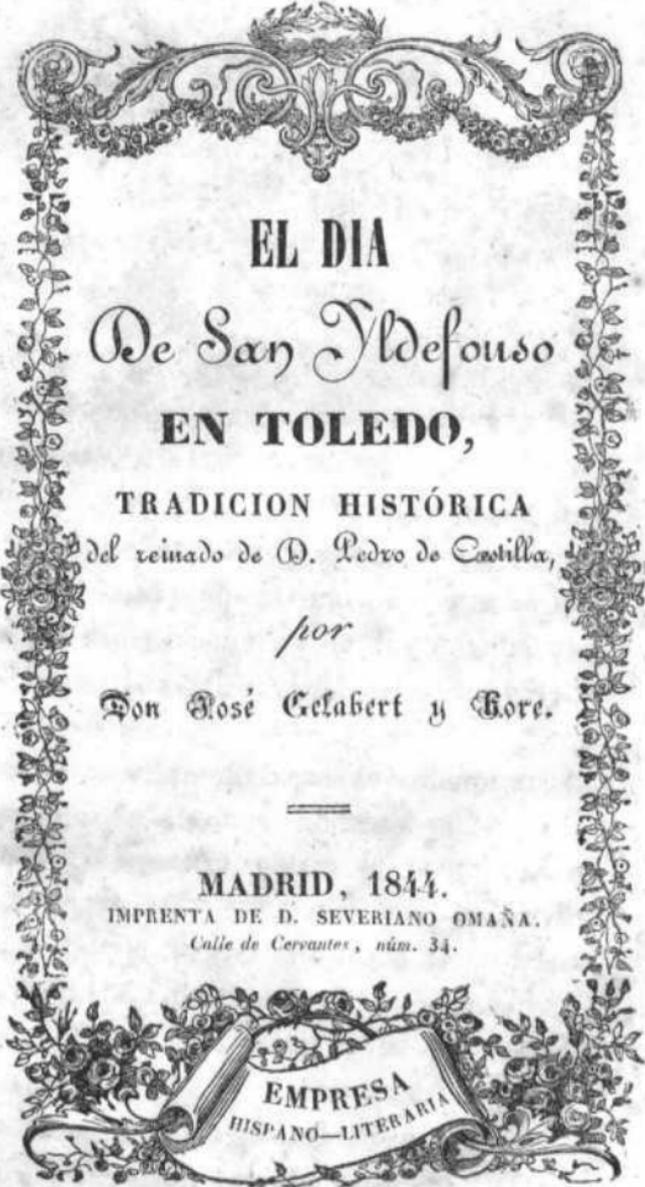




L

D G C 6
A



EL DIA
De San Yldefonso
EN TOLEDO,

TRADICION HISTÓRICA
del reinado de D. Pedro de Castilla,

por

Don José Celabert y Gore.

MADRID, 1844.

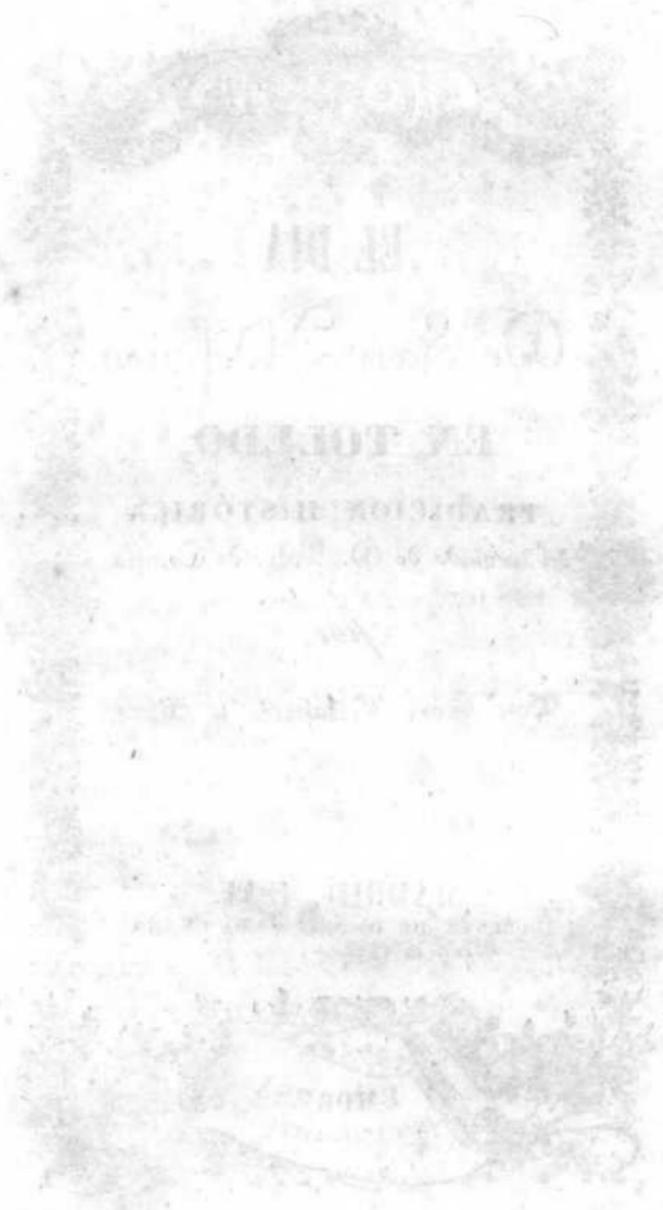
IMPRENTA DE D. SEVERIANO OMAÑA.

Calle de Cervantes, núm. 34.



EMPRESA
HISPANO-LITERARIA





R. 102485

Prólogo.



L. comenzar sus publicaciones la *Empresa hispano-literaria*, cumple á la delicadeza y buena fé de su Director hacer una manifestacion franca y esplicita del pensamiento, eminentemente nacional que ha impulsado su formacion, y de los medios con que cuenta para llevarle á cabo en toda la latitud posible.

Si el movimiento verdaderamente prodigioso que de algunos años á esta parte ha tomado en nuestra patria la prensa, hizo concebir en un principio á cuantos se interesan por el desarrollo de la ilustracion, la consoladora esperanza de que, sacudiendo el marasmo que le agoviaba, volveria el jénio orijinal español á remontarse á la misma altura, que en siglos gloriosos para nuestra literatura, un amargo desengaño vino á destruir tan risueña perspectiva. En vez de

volver á admirar en nuevas y orijinales producciones el númen divino que inspiró á *Cervantes*, á *Calderon*, á *Lope de Vega*, cuyos nombres son el mas precioso florón de la corona literaria que ciñe á la España, nuestras prensas inauguraron su emancipacion, derramando á manos llenas esa plaga de traducciones que, con descrédito del pais, han aspirado á saciar la sed de lectura, que se ha despertado en nuestra sociedad hasta un punto extraordinario.

No es nuestro ánimo investigar las causas, que por desgracia, han contribuido á arrollar las brillantes inspiraciones de nuestros aventajados talentos: demasiado conocidas á cuantas personas ilustradas conservan, como un precioso depósito, la memoria de esa época fecunda para España, en que su literatura marchaba con paso firme al frente de la Europa entera, es llegado el tiempo de acometer con noble arrojo la árdua pero honrosa tarea de nuestra restauracion literaria.

No se crea por esto que la *Empresa hispano-literaria* aspira al honor de haber sido la primera á dar el toque de llamada en materia tan importante. Entendidos editores,

instruidos literatos, amantes del buen nombre y esplendor de su patria, han hecho anteriormente y en distintas épocas esfuerzos jenerosos para levantar la literatura nacional de la vergonzosa postracion en que yacia; empero sus loables ensayos no han producido los resultados que debian esperarse y lejos de cortarse el mal, ha tomado un incremento considerable.

El desgraciado éxito de tan nobles intentos, merecedores ciertamente de otro galardón, en vez de amortiguar nuestro entusiasmo, ha fortalecido poderosamente nuestra conviccion; y auxiliados eficazmente con los luminosos consejos de entendidos amigos con quienes consultamos nuestro plan y á cuya intelijencia y cooperacion no podemos menos de hacer en este lugar la justicia á que son acreedores, tributándoles á la par las mas espresivas gracias por la parte que en su completo desarrollo les cabe, nos decidimos á formar una *sociedad*, que por medio de acciones de corto valor, para que en ellas pudieran interesarse todas las fortunas, reuniese el capital suficiente para cubrir los gastos consiguientes á la adquisicion de buenos orijinales y á su impresion.

VI.

Concertadas las bases sobre las que debia asentarse la organizacion de la *sociedad* en los términos mas favorables, tanto á las personas que quiesieran interesarse en ella, como á la justa retribucion de los escritores, sin dejar por eso de conciliar con respecto al público la posible economia para la adquisicion de las escojidas obras orijinales que se publicasen, dióse á luz, precedido de un preámbulo esplicatorio, el contrato social.

No en vano se hizo este llamamiento al pueblo español. Interesábase en él su orgullo nacional, se hablaba á su amor propio ofendido, á sus recuerdos literarios menospreciados; y al evocar nombres célebres en los fastos de la ilustracion del mundo civilizado, épocas memorables de grandeza y de saber, á cuyos brillantes resplandores se enardece todo español amante de las glorias literarias de su patria, no era posible que el público dejase de acojer con entusiasmo un pensamiento, en cuyo desarrollo tanta parte de gloria podia haberle. Efectivamente, muy pocos dias bastaron para emitir en su mayor parte el total de las acciones. Personas entusiastas por el brillo y esplendor de las letras españolas, acudieron presuro-

VII.

sas á asociar sus nombres á una *Empresa* que se anunciaba como la protectora de los jénios españoles.

Falta sin embargo un nuevo paso que dar, el mas importante acaso, pues que de él pende el porvenir de la *sociedad*. En vano la *Empresa hispano-literaria*, gracias á los sacrificios pecuniarios de sus sócios, cuenta con un capital suficiente para subvenir á los gastos de la publicacion de diez tomos ó sea de un año entero, si abandonada á sí misma, no halla por medio de las *suscripciones necesarias*, el justísimo premio de las tareas que sobre sí pesan y la merecida compensacion de los desembolsos de consideracion que ha tenido que realizar. Resuelta como está á invertir todo el *capital social*, aun en el sensible caso, que no es de esperar, atendida la brevedad con que se han tomado sus acciones, de que no llegára á haber sino un número muy reducido de suscripciones, no se alcanzaria sin embargo el objeto de dar á nuestra literatura una vida tan larga como desahogada: pues trascurrido dicho plazo y consumidos los fondos, cesaria sus publicaciones, y aquella volveria á caer en su lamentable postracion; habiéndose malo-

VIII.

grodo un tiempo precioso, destruido un capital no despreciable y engañado las consoladoras esperanzas concebidas por esa juventud ávida de gloria y proteccion que puede y debe llegar á ser la noble restauradora de nuestra fama literaria.

Y cuando apenas bastan para saciar su sed de instruccion y de lectura esa multitud de producciones debidas á plumas extranjeras, que en la actualidad ocupan casi en su totalidad á nuestra prensa ¿dejará el público español de acoger cual se merecen los desvelos de la *Empresa hispano-literaria*, encaminados á satisfacer cumplidamente sus deseos con obras orijinales de nuestros buenos escritores? Injustos seriamos ciertamente en sospecharlo! Asi pues, confiados en su ilustrado patriotismo y en su espontánea cooperacion por cuanto lleva el nombre de una nacion, digna por todos conceptos de mejor suerte, inauguramos nuestras publicaciones.

» Si bien bajo el nombre jenérico de bellas letras, ha dicho en su prospecto esta *Empresa* que se comprenden latamente todos los ramos del saber, esta no trata, por ahora, de formar una vasta enciclopedia y se

limitará á publicar obras de amena literatura que mas se armonicen en jeneral con el gusto reinante del dia y los deseos de la mayoría de los lectores.»

En este caso precisamente se encuentra la *Novela* y á este ramo tan ameno como fecundo de las bellas letras se dedicará la *Empresa* con mayor especialidad, procurando darle toda la agradable variedad de que es susceptible. Asi es, que en nuestra selecta coleccion alternarán todos los jéneros ensayados hasta el dia, desde la novela histórica hasta la filosófica y fantástica; sin negar por eso la entrada á cualquiera otras obras de viajes, antigüedades y cuadros verdaderos y palpitantes de las costumbres contemporáneas españolas.

Tal es en jeneral el plan que en sus publicaciones se propone desenvolver esta *sociedad*, y para su desempeño cuenta solo con la acertada eleccion de orijinales: pues aun cuando tan fácil nos seria insertar un largo catálogo de eminentes literatos con cuya amistad nos honramos, preferimos que las obras sean las que recomienden nuestra publicacion, y no queremos alucinar al público haciendo, como suele ser frecuente en

este pais, de unos nombres tan respetables una vergonzosa mercadería.

Bosquejados lijeramente, asi el pensamiento que aspira á desenvolver la *Empresa hispano-literaria*, como los medios con que cuenta para verificarlo, séale permitido á su *Director* decir algunas palabras en vindicacion propia.

Facultado esclusivamente por el contrato social para la eleccion de los manuscritos orijinales, que han de ir viendo sucesivamente la luz pública, daría ciertamente una prueba de arrogante temeridad, si al publicar el primero sus propios trabajos, no precediese á ellos una cumplida esplicacion de las razones que para hacerlo ha tenido; anticipándose asi á responder á los cargos que de otro modo pudieran dirijírsele.

Al promover por cuantos medios han estado á su alcance la constitucion definitiva de la *Empresa hispano-literaria*, é invertir en su desarrollo una parte de su pequeña fortuna, no renunciaba en manera alguna á la natural compensacion de los trabajos, que en sus horas de desvelo tenia hechos y á los que, andando el tiempo, y siempre que su primer ensayo mereciese una regular

acojida, pudiera hacer; pues siendo el lema de esta *sociedad* alentar en la árdua y espinosa carrera de las letras á cuantos se sintiesen con vocacion á ella, acojiendo sus tareas, seria sobrado injusto negarle este derecho, precisamente por tener el honor de estar á su cabeza.

Pero, podrá añadirse que hay sobra de amor propio en arrostrar el primero la censura pública. Cabalmente es todo lo contrario. Cuando han de salir á luz producciones orijinales de nuestros mas aventajados ingenios y cuya reputacion es ya un hecho consumado, no era prudente de parte de quien aventura el primer fruto de sus vijilias, esponerse á una comparacion que no podia menos de serle completamente desfavorable; y para evitarla no habia otro camino que presentarse solo. Véase, pues, como lejos de haber en este paso del *Director de la Empresa hispano-literaria* una confianza imprudente y á todas luces falta de razonable apoyo, hay un exceso de desconfianza en el mérito que pueda tener su *novela*: en cuya composicion no ha perdonado, por otra parte, medio ni fatiga alguna para darla todo el interés y la novedad posible, con-

sultando diversas crónicas en cuanto tiene relacion con la época y el asunto que nar-ramos.

Réstanos tan solo y para concluir nues-tro prólogo, reclamar el poderoso y eficaz auxilio de la prensa periódica en favor de nuestras tareas; y al hacer este llamamien-to á la ilustracion que tanto los distingue, nos anima la fundada esperanza de que, acogiendo nuestros votos por el desarrollo de las letras españolas, é íntimamente convencida de la alta importancia que encierra en sus nobles pro-yectos la *Empresa hispano-literaria*, contri-buirá eficazmente á darla toda la publicidad conveniente en sus columnas, recomendán-dola á sus respectivos lectores.

EL DIRECTOR.



I.

Pero ah! que en medio de esperanzas tan dulces para mi corazon, un triste recelo introduce en él la desconfianza, y desconcierta su constancia y su celo.

JOVELLANOS.

Ofréceles sobre esto, que él irá en persona v con ejército á socorrerlos cuando sea tiempo.....

Dispuestas así las cosas, en retirarse á unos lugares muy fuera de comunicacion.

SALUSTIO. Traducción del Infante D. Gabriel.

LA noche velaba con sus misteriosas sombras la imperial Toledo. En medio del silencio que reinaba dentro de sus muros, oíase tan solo el lijero ruido de alguna ventana que se cerraba, divisándose á la par, como una aparición fantástica, el negro bulto de tal cual diligente dueña, que antes de entregarse al sueño, registraba hasta las mas

pequeñas hendiduras de los enrejados ventanillos. La naturaleza con su magestuosa calma daba un aspecto mas solemne al profundo reposo en que yacia envuelta la ciudad. Sobre el azulado manto del cielo, magníficamente salpicado de brillantes estrellas, que se destacaban como otros tantos puntos luminosos, se alzaba en su trono de plata la pálida diosa de la noche, trazando con sus ondulaciones en mil caprichosas formas, los elevados edificios de las solitarias plazas que iluminaba con sus blanquísimos rayos.

La campana de la *iglesia primada*, al toque de las ánimas turbó durante algunos minutos este silencio con el plañidero acento de su vibrante metal, pero cuando los ecos prolongados se perdieron en el espacio, volvió á reinar el mismo silencio, mas imponente y sombrío á medida que iba adelantándose la noche.

Deslizábanse en tanto con acelerado paso por delante del Alcazar Real dos embozados que, á juzgar por el cuidado con que evitaban salir al claro de la luna, dejábase conocer su deseo de no ser vistos. Envueltos hasta los ojos en largas capas negras y cubiertas sus cabezas con gorras sin plumas ni adorno alguno, no era fácil averiguar por su exterior la clase á que pertenecian, ni menos su apostura y continen-

te. Afortunadamente para entrambos desconocidos, no transitaba por las calles alma viviente, así es que con la mayor seguridad se internaron por el barrio del rey, costeando siempre los edificios y guareciéndose bajo su sombra protectora. Al fin llegaron á una estrecha callejuela, envuelta en la mas completa oscuridad, pues su forma irregular y tortuosa y la elevacion de los edificios que parecian tocarse unos con otros, no permitian la entrada á los rayos de la luna, que se contentaba con blanquear los tejados que descollaban sobre aquel promontorio de casas desiguales y apiñadas. Ni el vacilante resplandor de alguna de esas lámparas consagradas por la devoción á iluminar alguna piadosa imájen, alumbraba á nuestros dos embozados, que, sin embargo de las tinieblas en que iban envueltos, caminaban con el mayor desembarazo y como sobre un terreno demasiado conocido.

Encontrábanse ya en la mitad de la solitaria callejuela, cuando uno de ellos dijo á su compañero, á media voz.

— Paréceme, señor Sancho, que no me necesitais para vuestra entrevista, y en este caso.....

— Os entiendo, Rui-Perez: quereis ir á alimentar ese sueño que os trae desatentado.

— Señor Sancho.....

— Vive Dios, que jugais con vuestra cabeza, como si de hecho perteneciera ya al verdugo!

— Acaso teneis razon: pero antes de que asi sea, quiero hablar por la última vez á ese ángel que ha derramado sobre mi pobre y oscura vida una ráfaga de luz divina.

— Estais perdidamente enamorado, porque habeis perdido el juicio. ¡Donosa ocurrencia por mi vida! »

Aqui llegaban de su breve diálogo, cuando á una lijera señal resonó sobre sus goznes la puerta de una casilla de aspecto súcio y repugnante.

Hablaron en voz baja algunos minutos ambos embozados; y cuando la puerta volvió á cerrarse tras del un desconocido, emprendió el otro de nuevo su nocturna expedicion.

Envuelto en la misma silenciosa oscuridad, deshizo parte del camino andado y atravesando rápidamente la plaza de *Zocodóvcr*, enderezó su rumbo por una de las calles que en ella desembocan. Escapose de su pecho un hondo jemido al tocar con su cuerpo en una ventana fuertemente guarnecida de barras de hierro; aplicó con ansiosa curiosidad el oido, y despues dió tres palmadas. Pasáronse algunos minutos sin que el rumor mas lijero se percibiese dentro de la habitacion; pero al ir á repetir la señal oyó

el eco de pisadas que se deslizaban suavemente sobre el pavimento de la estancia; abrióse pausadamente la ventana, y una voz de mujer, dulce como las vibraciones de un instrumento lejano, exclamó con timidez y recelo.

— Rui-Perez!

— Sí, mi Elvira, es tu fiel amante, respondió éste, imprimiendo sus ardientes labios en la blanquísima mano que la jóven descansó entre las suyas.

— Te esperaba con impaciencia, añadió Elvira con un acento tembloroso que indicaba demasiado su ansiedad.

— Nada receles, bien mio, respondióla Rui-Perez, esforzándose por tranquilizarla: cualesquiera que sean los peligros que rodeen mi vida de aventurero, mi valor animado por tu memoria es superior á todos ellos.

— Pero mi corazon no tiene un solo instante de tranquilidad; y en mi angustioso penar, en la dolorosa incertidumbre en que vivo, siempre estoy temiendo por tu vida, Rui-Perez, por tu vida que es la mia.»

Un rayo de la luna iluminó el semblante de Elvira y su amante pudo ver dos gruesas lágrimas que, desprendiéndose de sus hermosos ojos, semejaban dos perlas sobre el nacarado mate sus mejillas.

— «No llores, ángel mio, exclamó Rui-Perez con amoroso trasporte; cada lágrima que vierten tus ojos es una gota de fuego que abrasa mi alma.

— Pues bien, interrumpióle ella, tú puedes detenerlas: una palabra tuya basta para volver á mi corazón la calma y el sosiego que he perdido desde que tu amor.....

— ¿Acaso mi Elvira, el ángel celestial que alimentaba mi esperanza se habrá cansado ya de acoger las plegarias de un desgraciado?

— Mal conoces mi corazón, Rui-Perez, le replicó con viveza la jóven, pues así ultrajas mi cariño. Si mis ojos no cesan de llorar, si mil tormentos desgarran á la vez mi alma, si á la alegría de mis primeros años ha reemplazado esta sombría tristeza que me devora, culpa á tu tenaz resistencia, no á quien se abrasa en el fuego de una pasión que es toda su esperanza.

— ¡Ah! perdóname, Elvira; que me hizo Dios tan infeliz, que todavía dudo del bien que alcanzo; y cuando tu imájen, bella como la aurora de una mañana de primavera, viene á embellecer los tristes días de mi errante vida, figúraseme tan solo una dulce ilusión que la implacable realidad ha de convertir en amargo desengaño! »

Conmovida era la voz con que el jóven

enamorado pronunció estas últimas palabras; y en la contraccion nerviosa de su cuerpo, en los penetrantes suspiros que ahogaban su voz y en la ardorosa ansiedad con que estrechaba contra su corazon las manos de Elvira, se conocia todo el dolor y amargura que encerraban los pensamientos de su combatida mente.

Al cabo de un rato de silencio, hizo Rui-Perez un esfuerzo sobre sí mismo y manifestando una confianza en el porvenir que acaso no tenia, exclamó:

— Pero, el cielo es justo.... y, no lo dudes, Elvira, nuestros votos se cumplirán. Todavía nos esperan dias de ventura y felicidad; dias completamente dichosos, en que nos veamos unidos el uno al otro con un lazo indisoluble.

— La vírjen te oiga, contestó la jóven, enjugando sus humedecidos ojos.

— Sí, nos oirá y bendecirá nuestra union. Muy pronto vá á decidirse nuestra suerte: cualquiera que ella sea, te prometo que lo que dure mi vida, durará mi fé y la idolatria con que te amo.

— Calla por piedad; cada palabra que pronuncias, en vez de mitigar mi ansiedad, agrava mis funestos presentimientos.

— Confia en Dios, en mi amor eterno y en la justicia de la causa que defiendes.

— ¿Y qué sirve la justicia para su triunfo? ¡Ah! en vano intentas tranquilizarme: porque tú mismo dudas del porvenir. En esa horrible lucha que divide á Castilla, en medio de esa espantosa carnicería que no alcanza á satisfacer el ódio de dos hermanos, quien podrá prever hácia que lado se inclinará la balanza de la victoria? Rui-Perez, si no te mueven tus propios peligros, si la horrible perspectiva de una muerte atroz, amenazando siempre tu cabeza, no es bastante á separarte de la sangrienta senda en que te has lanzado, házlo por mí, por el amor que te profeso, por compasion á mis penas, á las angustias que sufre mi alma.

— Imposible! imposible! exclamó el jóven con un acento desgarrador. En el éxito de esa lucha cifro yo todas mis esperanzas, toda mi felicidad: de él depende que yo pueda presentarme á pedir tu mano ó que renuncie á poseerte.

— No te comprendo.

— Por sensible que me sea, Elvira, te abriré mi corazon, aunque despues me desprecies. El que se ha atrevido á amarte, á amarte, á tí, vírjen pura é inocente, es indigno de la ternura con que le has correspondido; soy un miserable espósito!

— Rui-Perez! exclamó Elvira, conmovida de la profunda desesperacion de su amante:

Dios es el padre de todos los hombres, y á los huérfanos de la tierra los cobija bajo su mano todo-poderosa. Mi padre me ha enseñado á amar á todos mis prójimos como hermanos y en particular á los desgraciados; ahora te estimo y te adoro aun mas, si es posible que haya podido aumentarse mi idolatría, pues este nombre es solo el que merece.

— Mujer anjelical, tus palabras son como el bálsamo que cicatriza las heridas del cuerpo. El cielo te recompense el bien que sobre mi derramas.

— Hija de un simple platero, mi cuna ha sido tan humilde como otra cualquiera, y jamás me ha desvanecido el humo de las grandezas humanas, añadió Elvira.

— En buen hora que por un instinto de compasion se lamente al que, cual yo, ha recibido con la vida una mancha indeleble, eterna; pero entre esta compasion arrancada tal vez involuntariamente del corazon y consentir en participar de ella, hay un abismo, Elvira, un abismo. Ademas jamás consentiria yo en empañar la pureza de tu sangre y de tu virtud que tanto me interesan! Eres un ánjel y mi contacto, el aliento de mis palabras, mancillaria la inocencia de tu alma!

Mientras que por algunos momentos dejamos á nuestros dos amantes hacer un generoso alarde de sus nobles sentimientos,

llevarémos al lector á la misma casa en que Rui-Pérez se separó de Sancho. El interior de ella correspondía completamente á la humildad de su exterior aspecto, y al estraviado barrio en que estaba situada. Tal vez estas circunstancias desfavorables por un lado habrían contribuido á que en ella viviese el personaje que vamos á presentar en la escena y con quien Sancho tenia el diálogo siguiente:

— Habéis visto los despachos del de Trastamara; su firma puesta al pie, las noticias que os he dado, los pormenores que os he referido son á mi entender suficiente garantía para que fies en mí.

— Me permitireis.....

— Quanto queráis; pero es duro para un leal servidor del conde verse precisado, cuando ninguna seguridad ha pedido para sí, á sufrir un interrogatorio bochornoso. Si porque no corre por mis venas esa sangre azul que tanto os engrie á vosotros los nobles, dudáis de mi hidalguía, todavía puedo presentaros honrosas cicatrices ganadas en los combates, y daros prendas tales que me pongan á cubierto de vuestras injustas sospechas.

— Sancho, os creo: la indignacion que manifestáis me satisface completamente. Sois un castellano.....

— Tan fiel á mi palabra como á mi Dios.

— Y bien ¿qué quiere de mí don Enrique? ¿en qué puedo servirle?

— Escuchad don Tello. Sois noble y caballero.

— Mi diestra ha blandido mil veces la espada en defensa de mi patria, y mi pecho ostenta con orgullo la enseña del santo Apóstol.....

— El rey don Pedro.....

— No satisfecho todavía con haber derramado la sangre de mi hijo, ha proscrito mi cabeza, me ha condenado á morir abandonado de mis amigos, de mis fieles servidores.... y en el último tercio de mi vida.... cuando mi lealtad y mis largos servicios me daban derecho á reclamar su consideración, tengo que ocultarme como un criminal perseguido por el brazo de la justicia.

El anciano caballero pronunció estas palabras profundamente conmovido: sus cansados ojos vertieron algunas lágrimas y su fisonomía noble y austera se contrajo dolorosamente.

— Eso es horrible! le replicó Sancho. Don Enrique sabe todos vuestros sufrimientos é indignado de los desafueros de don Pedro, desea con ansia el momento de poderlos reparar. Pero exige de vos un servicio

..... necesita vuestro auxilio..... vuestro nombre..... Y dudariais cuando el reino entero se levanta para anonadar al tirano, cuando herido por la cólera del cielo huye despavorido, llevando tras de si la devastacion y la muerte, dudariais prestar vuestra ayuda contra el genio devastador de Castilla? Vuestra nobleza escarnecida, vuestras canas vilipendiadas, la sangre de vuestro hijo derramada por la vil mano del verdugo no inflaman vuestra alma de justa cólera, no os incitan á tomar una venganza merecida, á lavar con sangre las afrentas con que don Pedro mancillara vuestro nombre?»

Este apóstrofe pronunciado con toda la vehemencia imaginable enardeció al anciano proscrito, que en un punto vió levantarse como un fantasma, el cuerpo sangriento de su hijo pidiéndole venganza.

— Sí, todavía puedo sostener una espada; mi valor se reanima y siento dilatarse por todas mis venas un fuego abrasador, exclamó don Tello levantándose con mas presteza de la que correspondia á su edad. Decid á don Enrique que obedeceré sus órdenes, que el primero entre sus soldados, sabré morir defendiendo mi puesto.

— Reunidos sus parciales de Toledo, continuó Sancho, solo esperan un gefe y una

señal para dar el grito de salvacion. Don Tello, sabreis guiarlos á la victoria como en otros tiempos conduciais á las huestes castellanas contra el fiero y altivo musulman? Dios nos favorece, confiemos en su justicia.» —

Antes de separarse, alargó el noble don Tello su rugosa mano á Sancho que la apretó entre las suyas.

— Adios, Sancho, id en paz hasta que luzca el dia de la venganza.

— Sí, el dia de la venganza! exclamó este y sus ojos chispeantes parecian querer saltar de sus órbitas.

Un momento despues estaba Sancho en el barrio del rey, satisfecho del resultado de su conferencia.

Si nuestros lectores paran su atencion en las pocas veces que Rui-Perez y Elvira tenian el consuelo de verse, no estrañarán ciertamente que les pareciese un minuto el largo tiempo que sin embargo duraba su entrevista. Y sin duda debió creerlo asi Sancho, pues que se dirijió hacia la casa de Elvira.

Un agudo silvido que resonó fuertemente en la calle, sobresaltó á la jóven que todavia luchaba obstinadamente con su amante para que renunciase á su azarosa carrera.

— ¿Has oído? preguntó á Rui-Perez con voz medrosa.

— Esa señal me arrastra lejos de tí, mi Elvira; ¡El Señor vele por tu vida!

La jóven fijó en el cielo sus ojos arrasados en llanto, y en su doloroso éstasis pidió á Dios ayuda para su amante. Luego los bajó y dirijiendo á Rui-Perez una de esas miradas intensas que llegan hasta el alma, desprendió de su marmóreo cuello una crucecita de plata y se la alargó, diciéndole:

— Es un talisman de amor y un recuerdo de sangre.

Habiase alejado Elvira y todavía seguia el jóven clavado contra la ventana, como si una fuerza irresistible le detuviera en aquel sitio, cuando acercándosele Sancho y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

— ¡Por Santiago que alabo vuestra calma! Ya hemos dado lugar á que el alva nos sorprenda en Toledo, esperándonos una caminata que no es floja.

Efectivamente ya comenzaban á apuntar en el horizonte los primeros albores de la aurora, cuyo trasparente celaje iba envolviendo poco á poco entre sus blanquecinos pliegues las pálidas estrellas.

Volvióse Rui-Perez y se encontró con el adusto ceño de Sancho que añadió, echando á andar:

— Vamos, que el día se nos viene encima.

Obedeció el mancebo sin replicarle.

— Y bien, Rui-Perez, dijo Sancho: á juzgar por vuestro aire abatido, no creo tenéis muy buenas nuevas que comunicarme.

El mancebo bajó los ojos al suelo y exhaló un suspiro.

— ¿Suspirais?... ¿Os ha despedido la ingrata señora de vuestros pensamientos como á un vagamundo?

— ¡Pluguiera al cielo que así fuese! contestó Rui-Perez, y su juvenil fisonomía se contrajo amargamente.

— Entonces ¿qué otra pena os entristece?

— Ah! Sancho!.... Es un ángel y sin embargo daría por no haberla conocido la mitad de mi vida.

— Quereis confundirme con vuestros enigmas. Ya sabes que mi cabeza es tan dura como uno de esos pilares que sostienen la puerta visagra.... hablemos claros.... La niña....

— Me ama aun despues de haberla confesado mi incierto nacimiento, que es por lo que tanto interés tenia en hablarla.

— ¡Vuestro incierto nacimiento! repitió Sancho con un tono de voz particular y fijando en el jóven sus ojos!

— Pero, por Santiago que soy mas loco

que tú en ocuparme de esos amoríos que son como las nubes de verano. A buena fé que yo no he perdido mi viaje; ni he malgastado tan inutilmente el tiempo. Deciais que os interesaba al honor. Asi era....

— ¿Pero.... Qué hay de don Tello?

— Es nuestro ó por mejor decir de don Enrique nuestro señor. El buen viejo es todo un hombre. Vale mas habérselas con cualquiera de esos altivos señores que nos miran al soslayo á nosotros los pecheros que llevar el aire á esas veleidosas hijas de Eva. Pero adelante que el andar no impide la conversacion.

— Es cierto... Adelante. »

Y diciendo esto atravesaron el magnifico puente de *Alcántara*, bajo cuyos arqueados ojos se deslizan formando un dilatado espejo de cristal las puras y doradas aguas del Tajo.

II.

Ya por el monte arriba caminaban
volviendo atrás los rostros aflijidos,
á las casas y tierras que dejaban.

ARAUCANA DE ESCILLA.

Antes de pasar mas adelante en esta historia, parécenos conveniente satisfacer la natural curiosidad del lector presentando en pocas palabras el bosquejo de ambos personajes.

A una talla elevada y airosa unia RUI-Perez una fisonomía llena de gracia y animacion: sus ojos eran negros y su mirada, un tanto fuerte, se suavizaba bajo las finísimas cejas que trazaban sobre sus párpados una curva perfecta. Su cutis, aunque tostado por la intemperie y las fatigas de su penosa profesion, conservaba todavia señales inequívocas de su primitiva blancura, y al entreabrirse su boca, asomaba una dentadura que no esquivaria la dama mas presumida. Sobre el lábio superior se dibujaba, cual una lijera sombra, un vello sedoso que con el tiempo podia trasformarse en espesos

mostachos, y rizado naturalmente su cabello de un castaño oscuro, caía en ensortijada melena hasta los hombros. Sus maneras eran sueltas y francas, y la bondadosa expresión que caracterizaba su fisonomía, realizaba los dones con que la naturaleza le había dotado pródigamente. Aun demasiado joven para sentir con toda su fuerza los punzantes tiros que lanza de sí la vida, notábanse solo las primeras huellas del dolor al través del aire de jovial serenidad que animaba su rostro, velándose bajo la apariencia de su natural alegría, una tristeza profunda y verdadera producida por amargos recuerdos de su historia. Por lo que toca á su compañero, cuyo traje, enteramente igual al que usaban los hombres de armas en la época de que hablamos, le daba un aspecto singular de fiereza, era un hombre de mas de cincuenta años. No tan alto como Rui-Perez, pero mas fornido de cuerpo, su robusta musculatura anunciaba una fuerza hercúlea: chispeantes y llenas de maliciosa ironía eran las miradas que despedían sus pequeños ojos azules, en la continúa movilidad con que sus pupilas se agitaban dentro de las órbitas: su frente ancha y curtida estaba surcada por esas rayas ondulantes que se concentran y dilatan á medida que se ajita en el pensamiento el tor-

bellino de las pasiones, y sus mejillas fuertemente pronunciadas y salpicadas de ese colorido bilioso que enardece la menor exaltación, contribuían á hacer mas deforme su nariz aplastada. Su boca mas bien grande que pequeña estaba medio cubierta por el largo y crespo vigote plateado que bajaba por ambos lados á reunirse con la barba espesa tambien y áspera, y algunos mechones de pelo sombreaban su cuello bronceado, sobre el que se dibujaban las gruesas venas que sobresalian como otras tantas líneas azules.

Ambos iban armados. Sancho llevaba ademas de su espada, un ancho cuehillo pendiente del grueso cinturon de correa que sujetaba su cintura.

Los rústicos habitantes de aquella comarca ocupaban ya la campiña por donde atravesaban ambos viajeros. Entre los ladridos de los enormes mastines, se oían los suaves balidos de la oveja que llamaba al tierro corderillo, y las desentonadas voces de los rústicos pastores que asendereaban sus rebaños hacia los prados de menuda yerba que á entrambas orillas del Tajo reverdecian sus aguas. El canto monótono del labrador que surcaba la tierra, la amorosa cantinela que repetía la argentífera voz de la aldeana que llevaba á vender á la ciudad sus pro-

visiones, los melodiosos trinos y gorjeos de los pintados ruiseñores que se cernían sobre el aire revoloteando de rama en rama, y el delicioso murmullo del río que se deslizaba sobre un fondo de verdura encantador, era la brillante escena que, iluminada por el naciente sol, habría debido cautivar la atención de Sancho y Rui-Perez, si no hubieran ido embebidos en sus recíprocos pensamientos.

Tres horas llevarían de camino cuando Sancho hizo alto diciendo á su compañero:

— Paréceme que no estará demas tomar algun refrijerío que al paso que caliente nuestros estómagos, fortifique las piernas, pues hemos dejado atrás dos leguas y todavía nos faltan algunas mas.

Acojió Rui-Perez esta propuesta con un simple movimiento de cabeza y sentados al pie de un corpulento olmo, cuyo pomposo ramaje formaba sobre sus cabezas un espeso toldo de ramas, estendió Sancho sobre la yerba las provisiones que contenía su morral de viaje.

No sabemos á punto fijo si la vista del frugal almuerzo y el esquisito olor del vino añejo que espumaba sobre el cuello de una calabaza que Sancho se descolgó del hombro, contribuirían á desarrugar el ceño de este y á disipar en parte la melancólica tris-

teza del mancebo; pero es lo cierto que tanto uno como otro dieron buena cuenta de un trozo de carnero asado, de medio queso y de una hogaza de pan, cuya blancura habria podido desafiar á la misma nieve. Insensiblemente dieron fin á las viandas, y mientras Sancho hizo la última sangria á la calabaza, Rui-Perez apagó su sed en las cristalinas aguas del rio.

— ¡Escelente vino! exclamó el primero, saboreando en el paladar la postrera gota de mosto. ¡Es un néctar!.... Ahora podemos apostárselas á andar al mismo demonio.

A corta distancia del sitio en que habian almorzado, terminaba el estrecho sendero que siguieron antes de llegar á aquel punto en que las faldas de los montes que se estienen al rededor de Toledo servian de dique al Tajo, comenzando alli lo escabroso de su sierra.

— Hasta ahora hemos caminado por una alfombra, dijo Sancho, pero, vive Dios, que tenemos que atravesar esas malditas cordilleras....

Y sin acabar la frase, hizo un gesto á Rui-Perez y comenzó á trepar como un gato montés por la escabrosa subida del monte, seguido del mancebo, que á pesar de la diferencia de edad tan en favor suyo, á duras penas podia seguirle.

Situada Toledo sobre un terreno áspero y desigual, ceñida del caudaloso Tajo que corre á sus pies, ora entre frondosas y bellas arboledas, ora comprimido en el estrecho cauce de piedra viva, nada mas pintoresco que las diversas perspectivas que ofrecen sus altos y pelados montes, sus amenos valles ricos de vejetacion y lozanía, los caprichosos contrastes que unos y otros forman al tender la vista sobre el variado panorama que desde cada uno de estos miradores naturales se descubre. Por un lado se elevan ásperos y desiguales montes cuyas mesetas tocan á las nubes, mientras que por otro se descubren á una enorme profundidad barrancos y vertientes que contienen ó dan paso á las aguas llovedizas que se desprenden de las alturas. Y enclavadas en las mismas faldas de los montes áridos y escabrosos, estiéndense tambien vegas deliciosas que contrastan alli por su alfombra de verdura, como por los claros arroyuelos que serpentean entre sus flores silvestres, entre sus álamos de talla gigantesca, antes de pagar su humilde tributo al Tajo. La naturaleza en fin se ostenta en estos sitios ya terrible é imponente, ya fertil y deliciosa, y en sus pintorescas quebradas, en la variedad de sus puntos de vista, en la amenidad de sus campiñas y en el tortuoso jiro del rio que embellece

sus orillas, pobladas de seculares árboles, encuéntrese esa admirable diversidad de temperatura y fertilidad peculiar de los países quebrados. Así es, que mientras el sol bañaba completamente las elevadas cimas, á donde ya habían llegado Sancho y Ruy-Pérez, los valles estaban todavía envueltos en la vaga claridad de la alborada.

Mientras se divisaron las agujas de los campanarios, que heridas por el sol, chispeaban como si se estuvieran quemando, volvía hácia ellas sus ojos el jóven caminante. Al alejarse de Toledo, sentía una pena interior que le atormentaba y el recuerdo de Elvira hería su alma dolorosamente. Cien veces desapareció la ciudad de su vista tras de los montes que cruzaba, y cien veces volvió á salir, cual si una mano invisible jugara con el último consuelo que llevaba. Al cabo se ocultó completamente y el mancebo dió un suspiro, mirando fijamente hacia el sitio en que quedaba hundida.

Un agudo silvido y el ruido de corceles llamó la atención de Sancho, pues en cuanto á su compañero parecía insensible á cuanto no fuese su amor: se detuvo pues aplicando cuidadosamente el oído.

El eco de las cornetas de caza y el ladrido de los perros sacó de su curiosidad á Sancho aun antes que su vista pudiese percibir el

menor objeto por entre las quebradas de los montes.

— ¡Maldito encuentro! exclamó y su cara arrugada, la inquietud de sus miradas que vagaban de un lado á otro indicaban su disgusto.

Aunque conocia perfectamente todas las veredas y encrucijadas de aquellos montes, estuvo indeciso un largo rato sin saber que camino tomar para evitar encontrarse con los cazadores que atronaban el espacio con los prolongados sonidos de sus cornetas de caza y los latidos de los sabuesos que perseguian las reses.

De repente se avanza, hacia donde estaban ambos caminantes, un corzo veloz como una saeta, en cuyo seguimiento venian ladrando hasta una docena de perros: y pocos minutos despues un caballero, montado en un corcél que parecia beber los vientos, apareció tambien sobre la colina y volvió á desaparecer persiguiéndole en su carrera.

Un movimiento de compasion hacia el pobre animal, que ciego ya y muerto de fatiga vino á refugiarse á donde estaban Sanchó y Rui-Perez, hizo á este interponerse entre el corzo y los sabuesos, próximos á despedazarle.

— Detente, villano, exclamó con furiosa voz el cazador que á la sazón llegaba, repa-

rando en la actitud del mancebo que para defender la res moribunda echada ya á los pies de Sancho, habia sacado su espada y con ella espantaba á los perros que rodearon á su señor aullando de impaciencia.

El desapacible ladrido de los lebreles, y el de las trompas cazadoras que resonaron ya á muy corta distancia permitió á Rui-Perez oír el mandato imperioso del caballero, que viendo su obstinacion volvió á meter las espuelas á su fogoso bruto, y tendiéndose sobre el lomo, se disparó sobre el desapercibido jóven con la misma furia que se lanza el águila sobre el descuidado pajarillo.

Afortunadamente habia observado Sancho el rápido movimiento del caballero y abandonando el agonizante animal que se revolcaba en un charco de sangre, se preparó con su gran cuchillo á recibir al vengativo cazador, que al arrojarse sobre ellos se halló detenido por tan vigoroso brazo, como si una cadena de hierro hubiese clavado al caballo en tierra.

— Vive Dios, que te he de enseñar á respetar mis órdenes cual se merecen, miserable villano, exclamó don Illan, pues este era el nombre del hidalgo, y la cólera inflamó sus facciones que tomaron un color tan fuerte como la grana.

Dispuesto el mancebo como Sancho á emprender la lucha que creían inevitable y sacando rápidamente su espada, se avalanzó tambien con arrogante temeridad sobre el caballo y lo sujetó fuertemente de la brida.

Este movimiento inesperado de Rui-Perez aumentó su indignacion y exclamó con una voz de trueno:

— Por Santiago, que he de haceros cortar entrambos brazos.....

— Antes era preciso que supieseis quitarme esta espada, y no alargueis mucho vuestra mano.....

— Te atreverías ?

— A todo.

— Yo lo fio; el mozo es capaz de sepultaros entre esas rocas, sin rezaros una sola ave maria por el descanso de esa alma.

— Vive Dios, que me teneis sujeto, y sin armas. Dadle á Dios gracias, pues de otra suerte no era fácil.....

— Villanos.

— La jerarquía no hace al caso.

— Ahora os mandaré colgar del roble mas alto.

— No hareis tal, porque nos debeis la vida, y no querreis que dos miserables os enseñen á ser jenerosos.»

A este punto llegaban de su reyerta, cuyas réplicas fueron vivísimas por una y

otra parte, cuando se acercaron los monteros y cazadores de don Illan, y rodearon toda la corona del montecillo en que se hallaban. Levantaron muchos los venablos, al ver á su señor sujeto entre dos hombres de aspecto poco á propósito para tranquilizarles, y ya estaban dispuestos á arrojarlos como si fuesen dos fieras montaraces las que acorralaban, cuando don Illan que veia muy cerca de su colete y hácia la parte del corazon el ancho cuchillo de Sancho que rechinaba sus dientes como un tigre enfurecido, tuvo por mas acertado dulcificar la espresion de su fisonomia, y suavizar el metal de su voz para decirles.

— Vamos, dadme libertad..... y seguid vuestro camino.

— En hora buena, señor don Illan, dijo Rui-Perez, pero advertid, que somos nosotros los que os proponemos las condiciones, no los que aceptamos las vuestras.

— Orgullo muestras.

— Y con razon, que no á todos sucede lo mismo.

— Y en que le fundas?

Sancho y Rui-Perez habian soltado las bridas, al ver que los escuderos de don Illan habian bajado al suelo las puntas de sus venablos, y que se agrupaban sin muestras hostiles junto al corcél de su hidalgo

señor: pero al oír la réplica del caballero, se detuvieron y contestaron casi tan aun tiempo que se confundieron las palabras de entrambos.

— En que lo funda? En su valor no desmentido.

— Y en que puedo alzar la cabeza, sin que haya quien me la encienda de vergüenza echándome en cara algún hecho infame.

— Y buscas por estos pericuetos el noble campo de tus heroicos hechos?

— Con pretesto de esa caza no sé yo si son alimañas lo que vos buscáis?

— Por santa Leocadia, que tienes tan buen ojo de adivino, como traza de bandolero.

— Y vos apariencia de infame, le replicó el jóven con denuedo.

— Miserable!

El mancebo prosiguió: Bandoleros como nosotros, he conocido yo señor don Illan que no se trocarian por caballeros como vos, traidores.

— Y que es la verdad; exclamó Sancho, con una voz semejante al trueno; y el mozo no ha dicho en su vida una sentencia mas de á folio.

— A mí, mis buenos cazadores. Echaos sobre esas fieras, y colgádmelas de una encina, daremos diversion á los lebreles.

— Por ahora no está nuestra carne para alimento de cuervos; á Dios..... ya nos encontraremos.

— Don Illan, mucho tiempo hace que os aborrezco, procuraré buscaros con menos entadosos testigos.

— Ea, grullas al avio.

— Al avio.

Y esto diciendo, cruzáronse una señal de inteligencia, y aproximándose á la pendiente del altísimo cerro, se dejaron rodar como dos peñas desprendidas de las montañas. Los cazadores que les habian arrojado sus venablos partieron solo el aire con ellos, y se acercaron con espanto al borde del precipicio á contemplar aquellos dos cuerpos que creian deberse estrellar en el fondo del abismo: pero con harta admiracion suya, aquellas masas al tocar el llano, parecia que se dilataban, y vieron á entrambos incorporarse y corriendo como dos ciervos desaparecer por entre los desfiladeros del quebrado monte.

Don Illan, quedó mudo de asombro y de ira; así que, sin pronunciar una sola palabra torció las riendas á su caballo, y dió con la mano orden á su comitiva para volverse á su castillo, y así lo hicieron á trote largo, porque uno de los ojeadores, aunque aparecia sereno el cielo, por la brisa fresca

que venia de Poniente, barruntó cercana la tormenta, y grande el peligro de que allí les sorprendiese.



III.

Era entonces de edad de cuarenta años y.....

Fiero y cólerico en demasia no dejaba á veces de ser cruel si le arrataba la ira, pero su indole era generosa naturalmente, y mas bien hacia daño por oficio que por inclinacion.

Durante las refriegas de Castilla y en medio de la confusion que dominaba en el reino habia tomado las armas y formado su tropa de bandoleros.

El Sancho Saldaña. DE ESPRONCEDA.

Los cazadores habian desaparecido: ya no se oia el latido de los perros, ni el ruido de los caballos al relinchar de impaciencia y chocar contra las piedras que saltaban chispeando sus acerados cascots. Reinaba en los montes ese imponente silencio de la naturaleza cuando está en calma. El disco del sol puro y refulgente iba alzándose sobre el cielo y sus benéficos rayos se dilataban hasta calentar con su lumbre los barrancos mas profundos. Nada parecia anunciar la tempestad cuya proximidad habia previsto el ojeador: ni un soplo de aire mo-

via las pequeñas matas que crecían entre las mismas piedras de las colinas: ni una nube empañaba el trasparente azul del cielo: en fin no se advertía ninguno de esos síntomas que preceden al desencadenamiento de los elementos. Pero á la caída de la tarde, aquellas ligeras manchas que enturbiaron el disco del sol al asomar su rubia cabellera por el Oriente y que durante todo el resto del día no se volvieron á presentar, se convirtieron en blanquecinas nubes que rápidamente se extendieron por el firmamento hasta el punto de ocultar la postura del sol. Un viento húmedo y caliente comenzó á agitar aquellos vapores que se iban oscureciendo y condensando y á su impulso se desprendieron algunas gotas de agua. Bien pronto la bóveda celeste se vió cubierta de una masa imponente de nubes negras y apiñadas que convirtieron en una noche oscurísima los últimos resplandores del cielo. El huracán bramaba cada vez con mas furia y sus desapacibles silvidos semejaban al desembocar por aquellos desfiladeros los quejidos de la naturaleza. Los relámpagos surcaban las nubes y el trueno retumbaba con un ruido espantoso. Abriéronse las nubes y un aguacero copioso acompañado de grani- zo amenazaba convertir en un lago aquellos montes. El agua corría á torrentes á buscar

sus salidas y desprendiéndose con una fuerza espantosa por las vertientes de las colinas, arrebatando en su rápida corriente cuantos objetos encontraba al paso, fué á parar al río.

La noche puso término á la tormenta: fuéronse disipando gradualmente las nubes, y al separarse apareció el cielo terso y limpio: la luna acabó de ahuyentarlas y solo el suelo empapado en agua y los crecidos arroyos que se precipitaban al Tajo, que en aquella ocasion hervia turbulento, formando en su caída caprichosas cascadas naturales, recordaba los estragos de la tempestad.

— ¡Gracias á Dios ya ha pasado! exclamó santiguándose una mujer, que deslizaba lentamente sus dedos por las cuentas de su rosario, sentada frente de su marido alrededor del hogar, en una miserable casilla, hundida en medio de los montes, y sita como á una jórna de Toledo.

Cabizbajo y pensativo el hombre, habia hecho alarde durante la tempestad, cuyos bramidos amenazaban desplomar la casa, de una estúpida indiferencia, mientras que la pobre mujer evocaba en su medroso desconuelo á todos los santos del cielo, y balbuceaba con sincera devocion cuantas oraciones le venian á las mientes.

Ardia en el hogar un robusto tronco de

encina, cuyas rojizas llamaradas reflejaban en las ennegrecidas paredes de la cocina y sombreaban el avinagrado rostro del hombre. Sentados ambos esposos en dos taburetes de madera de pino, guardaban entre sí el mas profundo silencio y no se oia, pasada la tempestad, mas que el hervor de la pitanza que cocia á borbotones y el chisporroteo de la leña al quemarse.

Levantóse la mujer luego que estuvo en disposicion la vianda, arrimó al fuego una mesita de pino, cuyas mugrientas tablas indicaban su antigüedad; vació el guisote en un cuenco de madera y trajo en seguida un ancho jarro de metal en cuyos bordes se deramaba espumoso un rico vino tinto de aromática fragancia.

No podemos decir á nuestros lectores á punto fijo si fueron el balsámico olor del mosto y el sabroso olorcillo del pote los que sacaron al hombre de su meditación inmovilidad, ó el haber dado punto á los pensamientos que tan absolutamente absorbían su atencion; pero sea de esto lo que quisiera, el caso es, que haciendo un gesto de impaciencia, se acercó á la mesa y desarrugándose el malísimo ceño que sombreaba su cara, á medida que iba calentando su estómago y refrescando su gáznate con copiosas libaciones, rompieron á hablar ma-

rido y mujer, entablando un animadísimo diálogo, intercalado con las sendas tajadas que á dos carrillos engullian y los abundantes tragos que con sobrada frecuencia se echaban entre pecho y espalda.

— Por el alma de mi abuelo, exclamó el marido como herido de una idea desagradable, que el chasco es pesado! Ha pasado ya la hora de la cita y nadie ha venido....— Si fuera una traicion!....

Y fuertemente agitado por esta idea, sus lábios balbucearon una blasfemia.

— Bien empleado te estaria, dijo la mujer aprovechando la posicion desfavorable en que se hallaba su marido.

— Pero no; no es posible, continuó este que no habia fijado su atencion en las palabras de su muger. Como la noche ha sido tan mala, se habrán estraviado en los montes... ¡Oh! estos montes son temibles en una noche borrascosa! La oscuridad no permite ver los horribles precipicios que á cada paso se encuentran: la lluvia forma torrentes impetuosos que arrastran hasta las piedras mas grandes.... y que hacen imposible atravesar de una colina á otra.... ¡Vive Dios que si han logrado salvar tantos obstáculos, pueden hacer una raya en el agua! Si fuera solo el zorro viejo.... no tendria cuidado.... Es un escelente andador, trepa

como un gamo y es valiente cual el primero: además conoce á palmos el terreno y no es la vez primera que ha salido sano y salvo de noches mas tempestuosas; pero el jóven.... tal vez no haya podido resistir la furia de los elementos y perdido entre las tinieblas, arrastrado tal vez por algun arroyo, es á estas horas pasto de los peces del rio.

Aquel hombre, cuya ruda y fiera fisonomía anunciaba un corazon de hierro, un alma insensible, se enterneció lijeramente al pensar en la desgracia que tal vez podria haber sobrevenido al jóven de quien hablaba.

Poco acostumbrada su mujer á ver en él estas señales de sensibilidad, le pareció llegado el momento de aventurar algunas reflexiones para desviarle del peligroso camino que habia emprendido, al abandonar su antigua profesion de mesonero por la menos honrosa y mas espuesta de gefe de bandidos.

Asi es que le dijo con un tono de voz entre dulce y agrio.

— Y bien, ya has podido ver cuanto te arrastraba y que neciamente tu loca codicia; en vez de esos tesoros que soñabas, de esa carrera gloriosa á vuestro modo, estás perseguido de continuo; no tenemos un instante de sosiego y tranquilidad: y si alguna vez vuelves de tus peligrosas escursiones cargado de plata, es á costa de infelices pa-

sageros que no siempre compran su vida con el oro que les arrebatáis, y para sufrir todo el peso de los remordimientos. Cuando comparo la incertidumbre, los continuos sobresaltos que ajitan nuestra vida de ahora con la paz que disfrutábamos antes, con las moderadas ganancias que nos proporcionaba nuestro honrado trabajo, maldigo el momento en que trabaste amistad con ese demonio de.....

Una mirada imponente del marido la obligó á callar por el pronto; mas á poco continuó:

— Te incomoda la verdad: tanto peor para tí. Señal cierta de que tengo razon para reconvenirte y de que tú mismo lo conoces.

No pudo al fin contenerse el antiguo mesonero y novél capitán de ladrones, cuyas facciones hacia ya un rato que comenzaron á inflamarse, anunciando la proximidad de una esplosion de su cólera, y dando un fuerte puñetazo en la mesa que hizo temblar á su mujer desde los pies á la cabeza, exclamó con airada voz:

— Voto al demonio, que se me acaba ya la paciencia y he de hacerte entender por buenas ó por malas cual es mi voluntad.

Empeñada entre ambos una reyerta que cada vez se iba agriando mas, no sabemos



hasta donde habria llegado, vista la irascibilidad del marido y las amargas reconvencciones de su mujer, si, cuando parecia inminente el peligro de pasar á vias de hecho, no hubiera resonado en la puerta un fuerte y repetido golpe.

— ¡Ellos son! exclamó el marido, luego que escuchó un prolongado silvido que repetia sin duda una señal de antemano convenida.

Y su fisonomía brilló con una alegría feroz.

Dirijióse en seguida á la pobre mujer lanzándola una mirada terrible que podia traducirse en una amenaza formal y la dijo entre dientes:

— Retírate á tu cuarto y cuidado con hacer el mas pequeño ruido ¿Lo entiendes?.... tu silencio me responde de tu vida.

Y la empujó dentro de un chirivital cuya puerta cerró con el mayor tiento, guardándose la llave.

Pocos momentos despues entraban en la cocina dos nuevos personajes.

IV.

La niña perdiendo va
las rosas de su color.
Pensando en su porvenir
se asusta su corazón.
Persiguela con sus ojos
un poderoso señor,
mas oye sus amenazas
y no cede á su pasión.

CANCIONERO ANTIGUO.

Terminada su amorosa plática con Rui-Perez, se recojó Elvira en su cuarto; dejó la vacilante lámpara sobre una mesa y se sentó en un sitial de ébano, caprichosamente tallado. Triste y abatida la pobre niña, dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el pecho; y cruzadas ambas manos, fijos en el suelo sus hermosos ojos, encendidos por el llanto, permaneció largo rato inmóvil cual si fuera una de esas bellas estátuas de alabastro colocadas en las urnas cinerarias. Sin duda que allá en el fondo de su alma medía la intensidad de su amorosa pasión, ante la que, en vano quería hacer alarde de una fortaleza que bastaba á destruir la sola vista de su amante, á la ma-

nera que los primeros destellos del sol deshacen como por encanto las menudas nieblas de la mañana.

Una por una fueron renovándose en su agitada mente las dolorosas sensaciones que luchaban en su oprimido corazón, y cada una de ellas fue dejando en pos de sí un pensamiento empapado en hiel. Insensiblemente se había abierto al amor su alma virjinal y en su inocente inesperienza no conoció el fuego hasta que sus llamas la abrasaron. Arrullada la cuitada jóven con las deliciosas espresiones que forman el lenguaje de la pasión, exaltada su ardiente fantasía con las románticas inspiraciones que brotaban de su alma atribulada y adormecida bajo la suavísima fragancia que exhalára su primer cariño, puro como la adoración de los ángeles, todo sonreía á su alrededor. Pero Elvira debía recorrer todos los grados de esa magnética escala trazada por el amor. Tras de esas encantadoras impresiones tan risueñas, tan poéticas y tan fascinadoras, debían venir y vinieron para ella esos desvelos incesantes, esas amargas inquietudes, esa larga série de contrariedades que envidiosas de nuestra felicidad, aguardan emboscadas el momento favorable para destruir toda la obra del corazón. Y como si no fuesen todas ellas bastantes, su amante

era un ser desconocido, sin nombre, sin familia y con quien jamás consentiría su padre enlazarla. Horrible era en verdad su posición; pero su amor había echado en su alma tan profundas raíces, que formaban, por decirlo así, una parte de su mismo ser, y para arrancarle hubiera sido preciso arrebatársela con él la vida.

Rui-Perez era todavía para ella, sensible y tierna, el mismo joven, cuya hermosura varonil había hecho latir su corazón virginal, cuyas miradas de fuego habían inflamado su alma, y cuyas palabras dulces y persuasivas sonaban á sus oídos con toda la fuerza, con toda la vehemencia que en su primera entrevista. Empero, sus ojos no encontraban ya aquel horizonte risueño y feliz que recorrían en alas de su brillante imaginación, y en vez de las tranquilas emociones de su alma, de los puros y sublimes goces que henchían su corazón de placer, una oscura nube ofuscaba su vista y temblaba ante el porvenir.

No era ya Elvira aquella niña de ojos negros, radiantes de animación y de vida, en cuyas tranquilas miradas se retrataba como en un espejo la candorosa inocencia de su alma: habíalos entristecido el llanto, amortiguando su juguetona alegría: la palidez había ahuyentado el sonrosado carmín

de su rostro, y secos sus labios purpurinos, rara vez se entreabrían por la sonrisa.

Habíase transformado completamente su carácter, y la que poco tiempo hacía, triscaba con sus alegres y bulliciosas compañeras por los deliciosos *cigarrales* de Toledo; la que, cual esas pintadas mariposas que revolotean en los verjeles, vagaba de flor en flor, de rosa en rosa, con sus finísimos cabellos de azabache ajitados por las perfumadas brisas de la primavera, descollando sobre todas ellas por su hermosura, como la rosa de Vengala, estaba ahora triste y acongojada bajo las penosas meditaciones que destrozaban su cuerpo y su espíritu. No conservaba de sus antiguos juegos, de sus primeros placeres, de sus mas queridas aficiones mas que la afición á la música; pero á las alegres inspiraciones que tocaba en el laud, reemplazaron esos ayes lastimeros, esos tristes quejidos que despedía el instrumento vibrado por una mano convulsiva, que reproducía en tristísimas melodías los lamentos de su alma lacerada.

Cuando Elvira volvió en sí, habíase apagado la luz de la lámpara, y los tibios vapores del crepúsculo que penetraban por entre las rendijas de la ventana, derramaban en la habitacion una confusa claridad. Levantóse trabajosamente del sitio y al pasar

por delante del espejo, reparó con espanto en la palidez de su fisonomía, en la hinchazón de sus ojos, rodeados de una sombría tela cárdena. Aun en aquel momento en que la mujer contemplaba los destrozos causados en su belleza, su primer pensamiento fué por su padre; así es, que exclamó con angustiada voz:

— ¡Es preciso ocultarle mis padecimientos! Y un suspiro ahogó sus palabras.

Acercóse precipitadamente al espejo, ansiosa de reparar las visibles señales de su insomnio y comenzó á arreglar su tocado desde los cabellos hasta los pies, con esa gracia particular, con esa coquetería exclusiva de las mujeres; tanto que al verla, hubiérase creído que trataba de poner en juego todos los recursos del arte, para fascinar á un amante retraído. Pero Elvira, al poner su esmero en borrar hasta la última huella del dolor sobradamente marcado en su macilenta fisonomía, no tenía otro objeto que desviar del corazón de su padre el sentimiento que naturalmente debía experimentar al conocer las penas de su hija, de esta mitad de su vida, en cuyos cariñosos brazos iban estinguéndose sus cansados años. Acaso lo habría conseguido, si hubiera podido hacer salir á sus mejillas el sonrosado carmin que en otro tiempo las embellecía y

quitar á sus ojos la tristeza que empañaba sus miradas. Es verdad que un extraño no habria hecho alto en estos accidentes, ó cuando mas, hubiérales dado por motivo una causa cualquiera; pero el amor paternal sabe penetrar hasta el fondo del alma y lee en el semblante de sus hijos las penas que se ocultan entre los pliegues de su corazon.

Asi es, que cuando Elvira se presentó en el cuarto de su padre á besarle la mano, el anciano reconoció con una sola mirada el verdadero estado de su hija; pero ocultó su inquietud y la jóven creyó falta de penetracion lo que no era mas que disimulo.

Engolfáronse luego en una de esas conversaciones en que el amor filial sabe embellecer hasta los episodios mas descoloridos, y fascinado al fin el anciano por la graciosa animacion con que Elvira fué amenizando gradualmente su diálogo, y por el expansivo entusiasmo conque le pintó su tiernísimo cariño, olvidaron uno y otro sus recíprocos padecimientos bajo las palpitantes impresiones del momento.

Arrodillada la hermosa jóven á los pies de su padre, tenia inclinada en su pecho su cabeza, sobre la que posaba una de sus manos el anciano, mientras con la otra sujetaba su delgado y flexible talle. El placer como el dolor tiene tambien sus lágrimas, y

los vidriosos ojos del pobre viejo se enternecieron al reparar en la humedad que bañaba los de su hija.

El pincel solamente podría trasladar con entera verdad tan interesante escena: bajo sus delicadas tintas aparecerían estas dos figuras dulcemente enlazadas entre sí y radiantes de ternura.

Nosotros no queremos arrebatarse á nuestros lectores el honor de trazar en su mente el cuadro encantador que les inspire su propia sensibilidad.

Abrióse repentinamente la puerta de la habitación donde padre é hija dejaban correr libremente los impulsos de su ternura, y antes que les fuera posible dejar su íntima postura, habíase adelantado hasta ellos un caballero, cuyo rico traje, cortado rigurosamente á la usanza de aquel tiempo, y apuesto continente daban á conocer á primera vista en el recién venido la nobleza de su alcurnia y la altivez de su condición, si ya no fuese marcada muestra la roja insignia de la *banda* que cruzaba su pecho.

Al verle, se inmutó el anciano y la joven se estrechó mas á él sobrecojida de terror.

— Siento haberos interrumpido, dijo el caballero, observando la turbación que su vista había causado en ambos.

— Perdonad, señor; lo imprevisto de vuestra llegada me ha impedido recibirós cual debia, contestó el platero, levantándose respetuosamente de su asiento y teniendo de la mano á Elvira.

— Estais dispensado; pero, por Santiago, añadió el caballero fijando sus miradas en su hija, que jamás habia tenido la dicha de contemplar tan bien la *perla* que tan cuidadoso guardais!....

— ¡Señor! vuestra bondad.....

— ¡Jamás he visto hermosura mas peregrina!

El rostro del anciano palideció y el rubor y las atrevidas miradas del licenciado hidalgo, hicieron bajar los ojos á Elvira, cuyas mejillas se encendieron cual si fueran de grana.

— Podeis estar orgulloso, añadió don Illan, vuestra hija....

— Agradece cual debe las lisonjeras muestras de vuestra galantería, dióse prisa á contestarle Nuño, que tal era el nombre del platero, padre de la bella Elvira, y deseando sin duda llamar la atencion del caballero de la *banda* hácia otro objeto, añadió, dirijiéndose á la puerta que comunicaba con sus vastos talleres:

— Si place á su señoría, podré tener la honra de presentarle la corona que su pie-

dad dedica á nuestro santo Patron.....

— Paréceme, señor Nuño, que no os agrada que ojos estraños se gocen en admirar gracias, que guardais tan solo para los vuestros, replicóle don Illan.

Suspense quedó el anciano con esta inectiva del caballero, sin encontrar al pronto palabras para escusarse de la acusacion que se le hacia: conocido lo cual por don Illan, prosiguió dando á su acento todo el aire de la indiferencia.

— Sois, buen Nuño, su padre y estais en vuestro derecho. ¡Líbreme Dios de atentar en lo mas mínimo á la tranquilidad de vuestro corazon! Si por acaso juzgaseis inoportuna mi presencia, pronto estoy á....

— Ofendíisme muy mucho con ese lenguaje, señor don Illan, interrumpióle el viejo, vuestra cumplida y noble persona ni aun pensar podria en una bajeza.... y mi hija, gran señor, sabe tambien lo que debe á las canas de su padre.

Antes de que don Illan pudiese volver á hablar, adelantóse Nuño á su hija y le dijo:

— Elvira, hacer puedes los honores de esta humilde morada al ilustre don Illan, en tanto que voy á dar mis órdenes en los talleres....

Y dirijiéndose despues á este, tomó su

venia y salió de la habitacion en que quedaron solos el hidalgo y Elvira.

Abalanzóse don Illan á la puerta tras de la que habia desaparecido Nuño, y seguro de que nadie podia escucharle, se dirigió en seguida á Elvira, cuya mortal palidez indicaba lo muy bastante cuan desagradable le era su presencia.

— Y bien, señora, la dijo con una voz comprimida, vedme por la última vez en vuestra presencia demandándoos....

— No prosigais, interrumpióle Elvira á quien la misma proximidad del peligro en que estaba, dió una resolucion heroica, mi voluntad es irrevocable.

— Pesad vuestras palabras, Elvira, añadió don Illan conteniendo con trabajo su despecho.

— Os lo he dicho ya.... jamás corresponderé....

— ¿A esta pasion en que por vos se abraza mi alma? Pues bien, mujer ingrata, tiembla por tí.... por tu padre..... exclamó enfurecido el noble caballero, cuyas chispeantes miradas arrojaban fuego.

— En vano osais amenazarme.... en vez de temor solo desprecio me inspirais. Mi virtud es superior á vuestro torpe despecho.

— ¡Tu virtud! exclamó con desdeñosa sonrisa don Illan, ¡tu virtud! y ¿dónde

está esa virtud? No han hecho mella en tí mis amenazas!.... en buen hora.... pero tú ignoras que yo sé la verdadera causa de tu loco desvío.... y que á todo trance arrancaré este obstáculo que se interpone entre los dos... Sí, Elvira, todavía puedes desarmar mi brazo.... una sola palabra y....

— Caballero!

— ¿Dudais todavía? Pues bien, tu amante.....

— ¡Mi amante! exclamó sobresaltada la pobre niña. ¡Ah! callad, callad por piedad!

— ¿La has tenido tú de mí? Pronto, Elvira, tu amor ó su muerte!

En aquel momento resonó la puerta al jirar sobre sus goznes, y se presentó Nuño.

— Cuando os plazca, don Illan.... dijo al caballero, que al salir repitió en voz baja á Elvira su amenaza.

— Vamos, contestó éste, y se encaminaron á los talleres, mientras que la aflijida joven daba rienda suelta á sus sollozos, repitiéndose á sí misma. «Le conozco, será capaz de asesinarle!

Los talleres del platero hallábanse situados en una espaciosa sala abovedada, en la que trabajaban toda clase de objetos de oro y plata como hasta unos cien operarios. El ruido del martillo, el canto de los ofi-

ciales y el sordo murmullo producido por los animados diálogos con que otros suavizaban las horas de trabajo, ofrecían un contraste particular con el sonido de los metales, en las diferentes operaciones por donde pasaban hasta convertirse en una alhaja cualquiera.

El agudo sonido del pito de plata del jefe del taller anunció la llegada del maestro y de su noble huésped, á cuya vista se levantaron todos los operarios suspendiendo sus tareas.

Nuño fue enseñando á don Illan una por una las obras que á la sazón estaban trabajándose, explicándole al mismo tiempo el mecanismo de todas ellas.

Cualquiera hubiera podido advertir en la forzada atención con que el caballero miraba los diversos objetos que le hacía observar el entendido artista, el desasosiego que le agitaba, y por lo mismo esforzabase más éste en escitar su atención para distraerle de un pensamiento, ante cuya posibilidad temblaba Nuño.

Presentóle por último la corona para san Ildefonso.

Era de oro macizo y de una forma tan elegante como sencilla: guarnecíala mil piedras preciosas que formaban un esmalte radiante, en la admirable habilidad con que

estaban colocadas. La cruz estaba formada de rubies, cuya transparencia deslumbraba la vista, y tan prolijamente cincelada, que aun en aquellos tiempos que tan ricas obras se labraban, podia pasar por una maravilla.

Hizo un esfuerzo don Illan, y despues de haber examinado tan primoroso trabajo, se dirijió al regocijado artista y afectando una sonrisa que no pasaba de los lábios, le dijo:

— Estoy satisfecho de vuestra habilidad, y en prueba de ello, os doblo el precio en que tasasteis vuestra obra.

— Tanta bondad ! exclamó Nuño.

— Es tan solo justicia !

Inclinóse respetuosamente el artista y siguió detras de don Illan, que al despedirse de él, le encargó fuese él mismo el portador de la corona.

Algunos minutos despues volvieron á resonar los talleres con el ruido de los operarios, y el platero se dirijió apresuradamente á la habitacion de Elvira.

V.

Pocos dias despues de la entrevista que hemos descrito en el capítulo anterior, abríanse las puertas del Alcazar Real, dando salida al noble don Illan montado en un resuelto caballo overo, ricamente enjaezado. A alguna distancia le seguia, en un tordillo de lijeros y sueltos movimientos un paje, graciosamente vestido, ostentando las armas de su señor en un elegante escudo que llevaba al brazo.

Apenas resonaron en la calle las herradas pisadas del bruto que relinchaba de impaciencia, se asomó á una de las góticas ventanas del Alcázar, una dama que clavó con cierta dolorosa inquietud sus miradas en el apuesto caballero, que haciendo alarde de su destreza y equitacion, obligó al corcél á dar mil cabriolas y vueltas en un cortísimo trecho.

Gallarda era efectivamente la presencia del tal personaje, quien con airosa desenvoltura rejía los hijares del fogoso animal

que parecia comprender los deseos del jinete en la noble docilidad con que se prestaba á ejecutar tan violentos movimientos. Oyóse un agudo chillido escapado á la dama de la ventana, porque en uno de los saltos del caballo, creyó ver bambolearse á don Illan en la silla de rico terciopelo carmesí; pero apoyado este fuertemente sobre los estribos, volvió á quedarse clavado; y mirando á la asustada dama con arrogancia, parecia quererla decir: «Soy mas diestro de lo que pensais.»

Disipóse el lijero tinte con que el susto habia sombreado la pálida fisonomía de la castellana, y una sonrisa dolorosa entreabrió sus delicados lábios.

Inclinóse rápidamente el caballero, y metiendo las brillantes espuelas de plata al caballo, salió al galope, seguido de su paje que se quitó respetuosamente su gorrilla de terciopelo, sobre la que ondeaba una pluma blanca, al pasar por delante de su señora la esposa del ilustre don Illan.

Asi atravesó éste gran parte de la ciudad, atrayendo sobre sí las miradas de las damas que, resguardadas tras de las espesas celosias de sus ventanas, podian satisfacer su natural curiosidad, y llamando la atencion de cuantas personas, nobles ó plebeyas recorrian á la sazón las calles. Nadando en

sudor y arrojando por su boca espumosa saliva, escitaba el corcél por sus acabadas formas y la maestría de su escuela la admiración jeneral; y como si el intelijente animal se gozase en ella, presentábase al pasar por cada grupo, al entrar por cada nueva calle ó al caracolear sobre el pavimento desahogado de una plazuela mas arrogante y brioso, encorbando mas su arqueado cuello, despidiendo fuego por sus ojos, y ajitando las bien peinadas cines y la poblada cola que besaba sus finísimos corbejones.

Distraido hasta entonces é indiferente don Illan, asomóse á su altanero rostro un lijero colorido de carmín al entrar en la calle donde vivia Nuño. Impaciente dirijió sus ardientes miradas al través de los desiguales edificios que la formaban, hácia la modesta vivienda de Elvira, y refrenó su fogoso corcél, como para dar tiempo á que el ruido de sus pisadas, escitando la curiosidad pública, obligase á asomarse á la ventana á la que buscaban sus ojos. Pero en vano volvió á repasar por delante de su casa. La hermosa niña retirada en el interior de su hogar, no salió á verle, y despechado el caballero, abandonó su empresa, no sin que sus pronunciadas facciones diesen á entender lo muy bastante el despecho que le abrasaba.

Abismado en la ardiente pasión que le inspirára la hermosura virjinal de Elvira y devorando en su interior el primer desaire que sufría, dejóse llevar á voluntad del caballo que se dirigió hácia el *barrio* de los judíos.

En Toledo como en Sevilla y otras ciudades principales de la corona de Castilla, vivía esta raza aborrecida en cuarteles separados, cual si los cristianos temiesen ver contaminada la pureza de su religión y costumbres con el contacto de los judíos. Apiladas unas encima de otras las miserables casuchas que componían este barrio, estrechas y tortuosas sus súcias calles, llevaba impresas todas las señales de la miseria y desaseo en que vivían sus moradores. Y sin embargo, bajo un aspecto tan pobre y tan hediondo, bajo aquellos edificios pequeños, asquerosos y repugnantes, ocultábanse riquezas considerables, vivían opulentos capitalistas, y se albergaban desde la primera hasta la última familia israelita. Pero aun los mas ricos judíos, aquellos cuyas repletas arcas, de grado ó por fuerza, solían estar á disposición de los ricos hombres de Castilla en sus momentos de apuro, aparentaban así en sus moradas como en el exterior de sus desaseadas personas todo el extremo de la pobreza, sin duda con el objeto de alejar las

:

codiciosas miradas de los cristianos, en medio de las continuas revueltas que señalaron el reinado de don Pedro.

Acertó á pasar el noble alcaide de Toledo, pues tan elevado puesto ocupaba don Illan, en el momento mismo que, terminadas sus pláticas judáicas, salia esta tribu de su sinagoga. Al verle, doblaron todos su cintura en ademan respetuoso, cruzando los brazos delante del pecho, á cuya muestra de humilde respeto, apenas se dignó aquel dirigirles una mirada, en la que hubiera sido difícil querer descifrar cual sentimiento campeaba mas, si el desprecio ó la rabia. Pero tan acostumbrados debian estar á sufrir toda clase de humillaciones y tan grande podria ser el miedo que les infundiera el altivo y poderoso señor, que acojieron como una muestra de benevolencia la insultante sonrisa con que acompañó su ojeada, y sus miedosos rostros volvieron á su natural estado al verle seguir su paseo.

Apenas se preparaban á separarse unos y otros al través de los inmundos callejones de su cuartel, cuando vieron regresar á don Illan. Un rayo que hubiese caido á sus pies, no les habria aterrado ciertamente tanto como esta vuelta del caballero. Así es, que casi ninguno pudo escabullirse en sus asquerosas madrigeras para evitar el golpe

que conocian amenazaba sus cabezas, ó por mejor decir sus bolsillos.

Efectivamente, la vista de esta raza tan perseguida como rica en los tiempos de que hablamos, le inspiró una idea que quiso realizar en el momento. Llamó á su paje y le dió algunas instrucciones.

Temblando esperaban saber los judíos, sin atreverse á dar un paso, el objeto del mensaje que venia á darles el paje, el cual separándose de su señor, se encaminó hacia ellos. Estupefactos y con sus largas caras desencajadas mirábanse unos á otros, resignados á ver á cual de ellos le era llegada su hora.

— Jacob! gritó el malicioso rapaz deteniendo su caballo algunos pasos antes de llegar á los judíos.

Y del caprichoso grupo, que por lo original de sus largas vestimentas formaban estos, salió un anciano profundamente conmovido.

— A priesa! exclamó el paje, reparando en el menguado paso del hebreo.

Imposible seria hallar un modelo mas perfecto para retratar esa honda desesperacion que el miedo apenas permite sombrear las facciones.

— Don Illan me manda decirte que hoy te espera en el Alcazar; y el anciano sin

replicar bajó la cabeza, rodeada de un turbante gris, en señal de acatamiento.

En seguida fuese á reunir con su señor el paje, sonriéndose maliciosamente, aunque al comunicar sus órdenes habia manifestado un jesto bien significativo, de amenaza y cólera.

— ¡Misericordia Dios de Israel! exclamó el viejo, levantando al cielo sus ojos y sus manos en ademan suplicatorio, y desapareció entre sus correlijionarios, que por esta vez se habian escapado del inminente peligro en que estuvieran.

Llegaba el sol á la mitad de su magnífica carrera, cuando los relinchos del fatigado corcéel anunciaron en el Alcázar la vuelta de don Illan de su paseo. No bien pisaba el espacioso patio del Alcázar, cuando se vió rodeado de una multitud de escuderos y servidores prontos á cumplir sus órdenes. Apeóse del bruto don Illan, y despues de haberle pasado cariñosamente la palma de la mano por el cuello, muestras de interés que el agradecido animal recibió retozando y encorvando su pequeña cabeza de carnero, entregó á un escudero las riendas y se encaminó por una estrecha escalera reservada, que desde las oficinas subalternas conducia á su habitacion.

Si hemos de dar entera fé y crédito á la

crónica que nos ha proporcionado el conocimiento de los diversos sucesos que vamos narrando á nuestros lectores, era el tal don Illan descendiente de cierto conde llamado don Pedro, tenido por hijo tercero de un antiguo emperador de Constantinopla y venido á Castilla á la sazón que el rey Alfonso el VI tenía puesto cerco á Toledo. Rescatada esta ciudad del poder de la media luna, despues de largos y heróicos esfuerzos de las huestes castellanas, heredóle en ella el rey conquistador, en premio de su valor, donándole para sí y sus sucesores uno de sus barrios que se cuenta ser el conocido con el nombre del *del Rey*, llamado así por haber sido propiedad de los reyes moros. Acrecentado mas y mas con el tiempo el lustre y poderío de esta nobilísima casa con las mercedes y preeminencias que merecieran á la corona de Castilla, llegó el reinado de don Pedro tan fecundo en lamentables revueltas y en ruidosos acontecimientos.

En esta época representaba á tan distinguida familia el noble don Illan; y como quiera que en la honda division que separaron á todas las clases de la sociedad, desde el poderoso rico-hombre de Castilla hasta el humilde pechero, las dos opuestas parcialidades del rey don Pedro y sus hermanos

bastardos, abrazase este caballero el partido del primero, amen de otras larguezas de su munificencia, debióle el importante cargo de alcaide y gobernador de Toledo.

Podría tener á la sazón unos treinta años: habíale favorecido abundantemente la naturaleza con sus dones, pues además de un nacimiento distinguido y de grandes riquezas, le favoreció con una persona aventajada; si bien en honor de la verdad, nos vemos precisados á decir que los abusos de los placeres habían marchitado su varonil hermosura, imprimiendo en sus facciones ese sello indeleble con que se marca la disipación.

Acostumbrado desde niño á dar rienda suelta á sus nacientes deseos, dotado de un carácter altanero y vehemente, de un alma fogosa é irascible, la edad desarrolló con harta rapidez el foco de las pasiones que se ocultaban bajo un exterior lleno de gracia y de interés, cual si la misma naturaleza por uno de esos caprichos que suelen encontrarse, hubiera querido encubrir toda la fealdad de un alma corrompida con la belleza y perfección de un cuerpo acabado.

Muy jóven todavía don Illan conoció á Blanca, bella como el primer amor, pura como los ángeles, y su ardiente corazón quedó prendido en el imán de tan preciosas

cualidades. Hija única de un caballero de ilustre cuna, tipo acabado de esa antigua hidalguía castellana, tal cual nos la pintan en sus famosas comedias nuestros autores dramáticos del siglo XVII, era sin duda un partido ventajoso para el jóven enamorado que á la vez encontraba en Blanca hermosura, virtud, cuna y riquezas. Demasiado inocente esta, dejóse cautivar del exterior interesante de don Illan, y con beneplácito de su padre le otorgó su mano juntamente con su alma. Felices hasta el extremo ambos esposos, no turbó en un principio el radiante horizonte de su envidiable dicha la nube mas lijera.

La muerte de su padre fué la primer desgracia que cubrió de amargo luto á la tiernísima Blanca; pero todavía pudo encontrar consuelo en los amorosos brazos de don Illan y en las inocentes caricias de un niño, fruto verdadero de sus amores.

Pero, como la inconstancia suele ser con demasiada frecuencia la pasion mas apogada al corazon humano, y los sentimientos suelen tambien variar de rumbo cuando se han visto satisfechos, volvióse á presentar en toda su deformidad el áspero natural de don Illan, cuando parecia haber abjurado completamente á los pies de doña Blanca de todos sus desordenados apetitos.

Dotada su esposa de ese instinto admirable propio de su sexo, conoció muy luego cuanto terreno iba ganando en el corazón de su marido la indiferencia y el desvío, pero tímida por demás, contentábase con llorar á solas los deslices del hombre á quien ella habia hecho dueño absoluto de su albedrío. Y sucedióla lo que acontece ordinariamente á las almas de su temple profundamente enamoradas, que en vez de sentir disminuirse la intensidad de su cariño, se aviva y fortalece á medida de la mala correspondencia. Demasiado virtuosa para abrigar en el fondo de su corazón bueno y generoso ningún sentimiento de mala ley, procuraba ahogar dentro de sí misma las justas quejas que tenia, y luchaba con admirable valor para volver á conquistar á fuerza de merecimientos el ascendiente y el cariño de su esposo. Su heroica abnegación fue inútil: habiáanse despertado en el alma del voluptuoso caballero aquellas ardientes pasiones que parecian estinguidas, y acostumbrado á dejarse llevar en pos de sus apetitos, muy pronto arrojó la máscara con que al principio ocultára sus extravíos, y se lanzó en una senda de desenfreno y libertinaje, á la vista de su misma esposa.

Cuando la infeliz señora se convenció enteramente de la inutilidad de sus esfuer-

zos, cuando acongojada y herida en lo mas delicado que tiene la mujer, creyó perdido para su amor á don Illan, refujióse como los séres lacerados por el mundo en brazos de Dios. Enflaquecido su cuerpo, hollada su hermosura y despreciado su profundo amor, resignóse con una fortaleza á toda prueba á sobrellevar las tribulaciones que desgarraban su corazon de esposa y madre, y mientras el caballero, dando rienda suelta á sus deseos, se engolfaba mas y mas en la corrompida atmósfera que le rodeaba, Blanca lloraba y rezaba tiernamente abrazada de su hijo que todavia no podia comprender toda la amargura de las penas que se asomaban en abundante llanto á los ojos de la autora de sus dias.

Terminada esta digresion necesaria para el debido conocimiento asi de la posicion como del carácter de don Illan, volveremos á anudar el hilo de esta narracion.

Cuando este caballero concluyó de subir la escalera que ya hemos dicho, salióle Blanca al encuentro.

— ¡Estais muy fatigado! le dijo dulcemente notando el sudor que bañaba su rostro.

Y antes que ella pudiera hacerlo, sacó un finísimo pañuelo don Illan y lo pasó por su frente.

Aunque Blanca no le hizo la menor in-

culpacion por semejante muestra de desvío, su fisonomía no pudo ocultar en su alteracion el doloroso sentimiento que le causára, y llevó con presteza su delicada mano á los ojos para ocultar las señales de su cariñoso interés ofendido.

— ¡El día está hermoso! continuó Blanca aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de tener. Habrás paseado!....

— Es un día de primavera, contestóla don Illan distraido.

— Pero te has empeñado en montar ese caballo, cuya fogosidad tanto me asusta

— Eres porfiada: ya te he dicho que es muy noble, y que, aunque no lo fuera, haríale yo entrar en razon.

Y diciendo esto y pretestando graves ocupaciones, se separó de Blanca que se encaminó con aire abatido al apartado y sencillo aposento en que al lado de su hijo pasaba los tristísimos días de su vida, mientras que don Illan se encaminó á su habitacion alhajada con toda la elegancia y aparato de su época. Púsose á desnudar el gaban, vistió otro de mas elegante hechura cambiándose unos broches del cintillo por otros, pues era de los mas entonados de la córte.

Ayudábale en esta ocupacion su paje favorito; y para distraerle, narrábale, como quien conocia su gusto, cuantas aventu-

ras picantes se le venian á las mientes; y gracias, sin duda á este antidoto, que el entendido paje sabia emplear con admirable oportunidad, solian disiparse las tormentosas nubes que se aglomeraban sobre la cabeza de su señor, y cuya terrible esplosion venia á caer sobre las personas que tenian la desgracia de estar á su alrededor.

Halagaba á la vez el amor propio de don Illan, renovando en su memoria con mil chistes y agudezas algunos de los amorosos episodios en que uno y otro habian representado su papel, y sazónaba hasta los detalles mas triviales con una sal picante y mordaz que se avenia perfectamente con el relajado natural del caballero.

Pero no pudo ocultarse á la perspicacia del travieso paje que por esta vez no alcanzaba su picaresca locuacidad todo el efecto que se prometia y que en otras ocasiones habia producido. Infructuosamente puso en juego todos los recursos de su malignidad y travesura para captarse la atencion de su señor, que sin cuidarse de su sempiterna charla, comenzó á pasear todo lo largo de su habitacion.

Acostumbrado Jimeno, que asi se llamaba el paje, á seguir á su señor en todas las peripécias de su desigual carácter, aplicóse á observarle escrupulosamente á favor de

la especie de enajenacion en que parecia abstraído.

Inquieto por demas estaba el paje por no dar en el blanco que tan preocupado tenia á su señor, y perdido en un laberinto de dudas, desconfiando casi enteramente de salir airoso en su empeño, decidiose por fin á esperar la aclaracion de este misterio de los mismos lábios de don Illan. Y al adoptar tan prudente resolucíon, tuvo en cuenta que este solia ser el mejor medio de que su señor se desahogase pronto.

Confidente íntimo del caballero, jamás habia tenido para él un secreto, ora se tratase de amorosos devanéos, ora de asuntos de mayor entidad, y ya fuese porque el corazon humano no puede contener dentro de sí mismo un sentimiento, sin buscar en otro corazon el apoyo ó la confianza que ha menester, ó porque el paje, captándose hábilmente la voluntad de don Illan, se hiciese el necesario, es lo positivo que en ninguna de las atrevidas aventuras de éste habia dejado de tener su papel Jimeno, y en todas ellas habia demostrado la fecunda travesura de su imaginacion y la fortaleza de su ánimo. Verdad es tambien, que no le iba en zaga en cuanto á sacar provechoso partido de sus escursiones y que mas de una vez, su jentil presencia, la parlera vivacidad de sus

negros ojuelos y sus almibaradas palabras hicieron mella en algunos corazones abiertos á su señor con la llave del terror; y entonces tan reservado como diestro, si le acompañaba en sus peligrosas expediciones nocturnas, también saboreaba la liviana copa del deleite, participando ámpliamente de las amorosas liberalidades femeninas.

Pero sea de esto lo que quiera y volviendo á nuestro relato principal, nos encontramos al poderoso alcaide de Toledo, que después de haberse ataviado de nuevo, se sentó en un elevado sitio de ébano, en cuyo respaldo estaban esculpidas las armas de su familia con el primor que era de esperar en aquella época tan adelantada para estas curiosidades artísticas de adorno.

Profundamente absorto en la penosa idea que batallaba en su mente, dejó caer su cabeza sobre la mano que tenía apoyada en una mesa cubierta de terciopelo carmesí. Así permaneció algunos minutos, hasta que herido repentinamente por un pensamiento, se levantó de pronto y pasando la mano por la frente que le ardia, llamó á Jimeno que aparentaba ocuparse en arreglar los ricos vestidos de su señor.

Un rayo de alegría iluminó el semblante del paje que se adelantó hácia don Illan, ansioso de saber su voluntad.

— No hay otro medio!.... exclamó el alcaide hablando consigo mismo.... Sí, de grado ó por fuerza será mia! » Y sus ojos chispeantes, sus encendidas facciones, la feroz sonrisa que se dibujaba en ellas denotaban con una fidelidad espantosa cual se gozaba ya en la víctima que condenaba á saciar sus impuros deseos.

Demasiado sagaz el paje para desconocer lo que significaban tales síntomas, ideaba ya en su cabeza los recursos para complacer á don Illan, cuando acercándose este á él le dijo:

— Necesito dos hombres arrojados..... dispuestos á cumplir ciegamente mis órdenes.....

VII.

Saldaña parecia tambien menos tétrico, y su buen paje el atildado Jimeno no ignoraba el por qué.

.....
Ya te habrá dicho mi paje lo que quiero que hagas.

DE JOSÉ DE ESPANOCEDA. — Sancho Saldaña.

Ansioso de complacer á su señor se encaminaba Jimeno hácia la puerta de la habitacion, cuando al entreabrir-la, se encontró con la ridícula figura del israelita Jacob.

— Adelántate, judío, exclamó don Illan viéndole detenido en el mismo umbral, sin atreverse á dar un solo paso.

Obedeció Jacob, cuyo enjuto rostro, sombreado por una súcia barba gris, revelaba todas las angustias que atormentaban su débil y apocado espíritu, y al llegar cerca del sitio donde estaba el noble alcaide, postróse en el suelo y exclamó con balbuciente voz:

— El Dios de Israel derrame sobre tan poderoso señor todas sus bendiciones.

— Levántate, perro viejo, le dijo don

Illan y escusa profanar con tu vil lengua el nombre de un cristiano que aborrece de muerte á tu secta.

Levantóse el judío, tartamudeando sus escusas.

— Deja esa falsa humildad y escucha, viejo aváro y marrullero, continuó el mismo caballero, clavando sus feroces miradas en el abatido rostro del judío.

— En primer lugar, Jacob, necesito hoy mismo mil doblas de oro.....

— ¡Mil doblas de oro! exclamó el anciano petrificado. Os burlais, señor, de un pobre viejo que apenas tiene lo suficiente para arrastrar miserablemente los pocos días que le quedan de vida..... ¡Mil doblas de oro! volvió á repetir, retorciéndose los brazos y con las lágrimas en los ojos.

— Perro usurero, replicó don Illan, en vano quieres hacer un mentido alarde de pobreza..... te conozco mas de lo que tú quisieras y sé hasta donde puedo pedirte sin que esta sangria debilite gran cosa tus repletas arcas.

— Oh! señor! os engañais!.... Jacob no es mas que un pordiosero, el último de sus hermanos.....

— Mientes..... tus escandalosas usuras no me son tampoco desconocidas..... Escucha y ten bien presente la propuesta que te ha-

go... ó me entregas hoy mismo la cantidad que te he pedido ó prepárate á abandonar para siempre tus queridos tesoros..... Elije.

Esta amenaza era en boca de don Illan demasiado seria para que Jacob dejase de entrar en cuentas consigo mismo, y por muy duro que fuese á su codicia aprontar tan exorbitante suma, que sea dicho de paso, no afectaba demasiado á su capital, respondió al caballero:

— Si mis súplicas no os conmueven, si duro como el mármol vuestro corazón no se ablanda con mi llanto, imploraré el auxilio de mis hermanos, me arrastraré á sus pies, y tal vez pueda alcanzar de su compasión alguna parte de la suma que me pedís.

Una irónica sonrisa fué la única respuesta de don Illan.

— Con vuestro permiso, señor.....

Conoció aquel la intención del judío, y cojiéndole de un brazo, le llevó á una mesa, en la que habia recado de escribir.

— Paréceme que sin salir de aquí, podéis adquirir esa suma..... Escribid un billete á cualquiera de vuestros hermanos y con la garantía de vuestro nombre, os adelantará en el acto las mil doblas.

Viendo el afligido judío que se le cerraban todas las puertas por donde su natural

sagacidad vislumbraba un rayo de esperanza, escribió de pie y con temblorosa mano el billete que después enseñó á don Illan.

— Corriente, Jacob: ahora ya somos amigos.... le dijo este deponiendo toda la saña que sombreaba antes su cara.

Apenas habia trascurrido media hora, cuando las mil doblas estaban en poder de don Illan, que al examinarlas detenidamente sobre la mesa, se complacia en observar toda la amargura que encerraban las furtivas miradas del judío.

Acabado que hubo de contarlas, las guardó en la misma bolsa de cuero en que el paje las habia traído, y entregándoselas á este, le dijo al oído:

— Este es el valor de la corona hecha por Nuño. Un profundo suspiro que se hizo paso desde el oprimido pecho de Jacob, llamó hacia él la atención de don Illan, que dándose una palmada en la frente, como si le hubiera ocurrido súbitamente una idea importante, dijo con una amabilidad extraordinaria.

— ¡Olvidábaseme lo principal!

Retrocedió el judío dos pasos, temiendo un nuevo ataque; pero llevándose don Illan junto al dintel de una ventana, y con cierto aire misterioso le dijo:

— En verdad que tengo que pedirnos mil

perdones, mi buen Jacob, ¡Haberme olvidado de vuestra ciencia cuando en todo Toledo no se habla de otra cosa! ¡Oh! perdonadme!

Confuso el judío no adivinaba el término de tan peregrino exordio, y su admiración subió de punto, cuando aquel continuó hablándole de esta manera:

— Y con tal de que vuestra fama sea tan justa como yo desco, podeis holgaros con una dicha muy superior á vuestra ambición. Nuestro buen rey don Pedro siente de algun tiempo á esta parte una dolencia tan peregrina como tenaz: en vano se han aplicado á S. A. los medicamentos que á sus médicos les han parecido mas conducentes á cortarla radicalmente. El enfermo no ha experimentado el menor alivio.... y figuraos, mi buen amigo, cual sería mi contento y vuestra alta satisfacción si consiguieseis curar al rey!

— Mi ciencia es hartó débil para fiar completamente en sus buenos resultados! contestó el judío lisonjeado por las alabanzas que le prodigó don Illan.

— Sin embargo, se atribuyen á vuestras misteriosas bebidas curas prodigiosas que el vulgo ignorante y dado á lo maravilloso achaca....

— A la influencia de espíritus y cosas

sobrenaturales, tal vez, señor, añadió el judío con aire desdeñoso.

— Pero sea de eso lo que quiera, estoy interesado como bueno y leal vasallo en servir en cuanto pueda al rey, y tendria una complacencia extraordinaria en que fuera mi amado Jacob el instrumento de mis buenas intenciones.

Inclinóse el judío en señal de agradecimiento y el caballero prosiguió:

— Mas antes de recomendaros á S. A. quiero experimentar por mí mismo la virtud de vuestras bebidas.

— Mandad.

— Por de pronto, y advertid bien lo que hacéis, necesito uno de esos brevajes narcóticos.... tan pronto como eficaces...

— Pero, señor....

— Os lo mando, Jacob, le interrumpió don Illan de un modo tan espresivo, que el judío no se atrevió mas que á dirigirle una mirada; pero advirtiéndole en los ojos del caballero que su orden era invariable, salió del gabinete diciendo:

— Un narcótico..... un narcótico.

En el mismo momento en que con aire abatido y meditabundo atravesaba por la puerta principal del Alcázar Real el judío Jacob, llegaba el platero Nuño.

A fuer de cristiano viejo, hizose á un

lado para no rozar ni aun sus vestidos con el manto rojo del israelita que siguió su camino, sin advertir este movimiento de Nuño ni la mofa que de él hicieron los escuderos y hombres de armas al servicio de don Illan. Conducido á su presencia.

— Bien venido, señor artista, díjole este con grandes muestras de interés, y alargándole amistosamente su diestra, que apenas tocó Nuño con la suya al mismo tiempo que le saludó con un respetuoso movimiento de cabeza.

— Permitidme que antes de todo os pregunte por la salud de vuestra hermosa Elvira, añadió el caballero.

— Está cual su anciano padre á vuestras órdenes, le contestó el platero.

— Muy feliz os ha hecho Dios al daros una hija tan bella como discreta.

— Así es la verdad, señor. Elvira es toda mi dicha: la amo mas que á mi vida, y la inocente niña....

— ¡Os amaré del mismo modo!.... Pero, sin duda que habreis pensado en buscarla una colocacion....

— Es todavía demasiado jóven, replicó Nuño, para pensar seriamente en eso....

— Sin embargo, el corazon de las mujeres, continuó don Illan dando á sus palabras todo el colorido de la sinceridad, suele

adelantarse á la edad.... y cuando menos se piensa....

— Mi hija, señor.... interrumpióle el platero.

— No os sobresalteis, buen Nuño: conozco su virtud, sé que seria incapaz de engañaros..... pero figuraos que ella misma es sorprendida, que á favor de su misma inocencia, de su inesperienza....

— ¡Oh! sé yo guardarla muy bien, dijo el platero con voz resuelta.

— Tampoco lo dudo.... mas, es tan codiciada la hermosura! Como una muestra del gran aprecio que os profeso, voy á tomarme la libertad de haceros una propuesta que me ha encargado mi doña Blanca para vos, y en cuyo buen resultado me intereso tanto mas, cuanto mayores son mis deseos de complacerla.

Poco acostumbrado Nuño á ver en don Illan tanta amabilidad, pues su carácter duro y altanero no era un misterio para cuantos vivian en Toledo, entró desde luego en sospechas sobre tan extraordinaria novedad, y se puso en guardia para rechazar la propuesta que le anunciaba aunque embozada con el nombre y la voluntad de su esposa, cuyas circunstancias tampoco le eran desconocidas. Asi es, que le dijo procurando ocultar sus sospechas.

— Es tan sagrada para mí la voluntad de doña Blanca, que si como creo, pende de mí el complacerla....

— Justamente, Nuño: de vos pende tan solo. Retirada mi esposa del mundo, sola casi siempre por mis necesarias expediciones en servicio del rey, desea vivamente tener á su lado una amiga buena y virtuosa para pasar menos tristes los dias de su forzosa soledad. Manifestábame este deseo cabalmente cuando admiraba vuestro delicado trabajo, y al punto pensé en Elvira: la hice su retrato y me pidió encarecidamente os lo dijera. Ahora espero vuestra respuesta.

— Habeisme puesto, señor don Illan, en tan crítica posicion! le contestó Nuño con visibles señales de turbacion.

— No os comprendo.... mi propuesta ó por mejor decir la de doña Blanca es bien sencilla. La bella Elvira tendrá en mi esposa una amiga y á su lado podrá permanecer hasta....

— Dispensadme, señor; pero....

— ¿Reusariais acaso?....

— ¡Señor!

— Os atreveis á despreciar los favores!.. exclamó don Illan, mirando fijamente al platero, cuyo venerable rostro estaba sombreado por una inquietud extraordinaria.

— Perdonadme.... pero mi amor de padre....

— Es tan egoista que quiere sacrificar á sus locos antojos....

— No seais injusto, don Illan, le replicó Nuño, vivamente afectado en el sentimiento que mas queria: oidme antes de condenarme. Cuando pobre y errante me amenazaba por todas partes la desgracia, solo una criatura fortalecia mi alma atribulada. Cuando al fin se compadeció Dios de mis lágrimas y de mis oraciones, y mi adversa suerte se cambió en próspera y risueña, solo era feliz porque lo era igualmente esa criatura inocente. Ahora que los años han acertado los dias de mi vida, no me queda otro consuelo, otra esperanza que exhalar el último suspiro entre sus amorosos brazos, y que sus inocentes manos cierren mis cansados ojos. ¿Comprendeis mi resistencia? ¿Queréis que cuando el cielo me ha concedido tanta dicha, renuncie á ella separando de mi lado á mi hija? Sois padre, don Illan, y las lágrimas de otro padre enternecerán vuestro corazon.

Era tan profunda la conmocion de Nuño al pronunciar estas últimas palabras, que bien fuese por compasion hacia ella, bien porque conociese la ineficacia de su proyecto, desistió don Illan diciendo al platero.

— Vuestras palabras me han convencido, y por sensible que me sea tener que dar tan mala nueva á doña Blanca, yo mismo os escusaré.

— Tanta bondad, señor, es superior á nuestros pobres merecimientos, contestó Nuño. Plegue al cielo oír nuestros votos en favor de....

— Gracias, Nuño, dióse prisa á decir don Illan. El mismo alargue los años de vuestra vida para que podais gozar de las caricias de Elvira.

Poco despues se separaron.

— ¡Tú mismo te has precipitado, viejo decrepito, exclamó don Illan, restregando sus manos con aire satisfecho, cuando aquel desapareció. Te he brindado con medios amables, los desdeñas, pues no te quejes si echo mano de los recursos violentos!

VIII.

Dispuestos á la lid nos tendrá el Conde :
que aunque muchos le llamen el bastardo ,
es jeneroso y de ánimo gallardo
y á su sangre real bien corresponde.

Sin duda que no habrán olvidado nuestros lectores la escena que les pintamos en uno de nuestros capítulos anteriores, terminada felizmente por la oportuniísima llegada á la casa enclavada en medio de los montes de Toledo de dos personajes, que no eran otros que Sancho y Rui-Perez.

— ¡Ira de Dios y que noche! exclamó el primero sacudiendo su capa que destilaba agua por todos lados.

— ¡Malditos montes! añadió el segundo haciendo igual operacion con la suya. Iba perdiendo la esperanza de salir del oscuro laberinto en que vagabamos de precipicio en precipicio.

— Vuestras mercedes pueden darse por contentos en haber escapado de los peligros

de una noche tan horrible, dijóles el bandido, á quien llamaremos *Gavilán*, usando del sobrenombre con que jeneralmente era conocido entre las jentes de su oficio.

Y tomando las húmedas capas de sus huéspedes, las colgó junto á la lumbre para que se secasen.

Hecho lo cual, añadió con cierto interés:

— A lo que veo tampoco han sufrido ninguna avería.

— ¡Oh! en cuanto á ese particular, replicóle Sancho, enseñándole su mano izquierda ensangrentada, no podemos quejarnos demasiado..... un lijero arañazo..... pero, figuraos, mi buen *Gavilán*, que este pobre muchacho, queriendo hacer un ensayo algo peligroso de su ajilidad, no ha ido á contarlo al otro barrio, gracias á mis puños..... y al decir estas palabras, dirijió una mirada de intelijencia á Rui-Perez, que añadió:

— Asi es la verdad, y esta noche os he debido la vida.

— No lo decia yo por tanto, buen perillan..... Tampoco faltará alguna otra personita que..... replicó Sancho, dejando sin acabar la frase.

— Pero, señores, no parece que hayan tenido que vencer tantos obstáculos, á juzgar por lo descansados que están, les dijo *Gavilán* despues de haber arrimado al ho-

gar un robusto tronco de roble que muy luego comenzó á arder.

— Acérquense bien á la lumbre..... la ropa está calada de agua y no les vendrá mal el remusguillo de la candela; y diciendo esto, acercó al fuego dos taburetes en que ambos huéspedes se sentaron.

A pesar de que no habia dejado Sancho de escudriñar con su vista de lince toda la cocina, á fin de asegurarse de que estaban solos, aprovechó un momento favorable para decir á media voz á Rui-Perez.

— No estará por demas que mientras yo concierto nuestro plan con este bribonazo, te asegures de que no nos arma ninguna mala partida.

— Si tal sucediese, voto á Santiago, que habiamos de vender caras nuestras vidas, replicóle el mozo.

En esto volvió *Gavilán* trayendo algunos fiambres y un jarro con vino.

— Ahora que sus mercedes han reposado alguna cosa su cansancio, paréceme que no desairarán.....

— Sois lo que se llama un hombre prevenido, le contestó Sancho.

Ambos huéspedes hicieron los honores de la cena, y *Gavilán* refrescó de nuevo su gaznate con un copioso trago.

— Ahora sentaos aquí, le dijo Sancho,

dándole una amistosa palmada en el hombro. La noche va pasando y el tiempo no vuelve.

— Con vuestro permiso, le contestó el bandido, y se sentó á su lado.

Durante el animado diálogo que tuvieron, cruzáronse mutuamente y al soslayo miradas escudriñadoras. Estos dos hombres, ligados entre sí por un vínculo fatal, jugaban nada menos que su cabeza en la atrevida empresa que proyectaban, y necesitaban asegurarse recíprocamente de su fidelidad, y al efecto ponian en juego toda su perspicacia para adivinarse uno á otro sus verdaderas intenciones. En la figura particular que cada uno representaba, no hallamos otra comparacion mas exacta que la del tigre y la raposa concertando apoderarse de una presa.

— Y bien, ¿podemos contar con vuestro brazo? le preguntó Sancho.

— Soy vuestro en cuerpo y alma, le contestó el novel jefe de bandidos, procurando dar mayor fuerza á sus palabras con los exajerados movimientos de su cuerpo.

— ¡Así me gusta!... Vuestra decision merece una recompensa y mientras se realiza nuestro proyecto, tomad.

No pudo reprimir *Gavilán* la efusion de su alegría al vaciar el repleto bolsillo que

le alargó Sancho; el cual contempló con una secreta complacencia el májico efecto que su primera prueba producía en el ánimo de su futuro cómplice.

— ¡Tanto dinero! exclamó este devorando con codiciosas miradas cada moneda que miraba y remiraba cien veces.

— Eso es nada en comparacion del que podeis ganar, si nos servís con fidelidad y arrojo. Pero advertid tambien, añadió Sancho acercándose á su oido y poniendo la mano sobre la daga que llevaba al cinto, que la misma mano que os ha dado ese bolsillo, tiene bastante firmeza y tino para atravesaros el corazon si....

— ¿Desconfiais de mí? exclamó el bandido retrocediendo por un movimiento de terror involuntario.

— Solo os prevengo la alternativa para que elijais.

— No es dudosa, dijo *Gavilán* con una sonrisa forzada.

Aprovechóse Rui-Perez de lo engolfados que estaban en su conversacion para hacer su reconocimiento.

El diálogo continuaba en estos términos:

— Podeis contar con ellos como conmigo mismo.

— Ya sabeis que necesitamos hombres de corazon y de buen brazo.

— Oh! descuidad sobre este punto: saben manejar tan bien la espada como el arco; y en cuanto á su valor, juro por Santiago que no cejarian un palmo de terreno ante la mejor compañía de flecheros reales..... son unas fieras!

Y acompañó estas últimas palabras con un jesto bien significativo.

— Además, importa asegurarnos de su fidelidad, repuso Sancho.

— Os repito que respondo de ellos como de la hoja de mi puñal, que jamás ha mar- rado un golpe.

— La puntualidad es otro requisito indispensable.

— No se harán aguardar un solo minu- to: los salteadores olfatean la presa como el buitre los cadáveres.

Concluido su reconocimiento, volviose á sentar Rui-Perez junto á la lumbre, y con una rápida mirada hizo entender á Sancho que no habia novedad alguna.

Poco á poco fué separando el mancebo su atencion del misterioso cuanto animado diálogo de sus compañeros, para reconcentrarla en el objeto de sus amorosos deyanéos. Mil ideas, embellecidas por su fantasia, cruzaron por su ardiente imaginacion, y despues de haber recorrido en alas de sus deseos el amoroso porvenir que se abria á su vista, fi-

gurábasele tener á su lado, en sus mismos brazos, á la bella Elyira. El enamorado joven soñaba despierto una dicha tras de la que corría desatentado, mientras que Sancho y *Gavilán* trazaban el plan de una empresa en que él mismo esponía su cabeza; y tan embargadas tenia sus potencias, que ninguna parte tomó en los preparativos de una conjuracion que podia muy bien cortar el hilo de sus románticas ilusiones.

Como nuestros lectores podrian estrañar, y con razon, que no les diésemos algunas noticias respecto de Rui-Perez, adelantaremos ahora las que están á nuestro alcance, dejando para mas adelante la aclaracion de algunas dudas que tambien podrán ocurrírseles.

Pasaron sus primeros años en uno de los amenos valles que riega el Ebro, rio caudaloso que atraviesa el antiguo reino de Aragon. Criado en medio de la naturaleza y de las puras costumbres que singularizan á los habitantes de este pais, desarrollóse fuerte y vigoroso su cuerpo á la par que se engrandecia su alma con los hábitos de libertad de los aragoneses, tanto que, al cumplir quince años, era un mozo completamente formado.

Fronterizo Aragon con Castilla, cuyos dos paises formaban dos reinos separados, y en-

vueltos casi siempre en crudas guerras, ofrecia á la sazón el primero un suelo hospitalario á los parciales del conde de Trastámara, que rompiendo sus juramentos de obediencia y vasallaje al temido don Pedro, acudian á engrosar las filas del *bastardo*. Entre los principales y mas diestros agentes de este príncipe sobresalia Sancho, y obtenia en tan alto grado su confianza que alcanzó para el jóven Rui-Perez la protección del de Trastámara.

Al entrar el mancebo voluntariamente y atraído por un secreto movimiento de su corazón en la nueva y azarosa carrera de soldado, no pudo menos de pagar el justo tributo de sus recuerdos á los tranquilos campos en que se deslizaron los tiernos y felices años de su infancia, y á la jenerosa familia que en su horfandad desempeñára para con él las funciones de padres; pero el deseo de adquirir una posición, la ambición innata en el corazón humano que hacía latir el suyo, el ruido de las armas en cuyo manejo se adiestró en breve, el belicoso movimiento del campamento de don Enrique, los aprestos de armas y caballos, los belicosos ejercicios en que se ensayaban los visosños paladines, hicieronle olvidar muy luego todo su pasado para entregarse completamente al brillante porvenir que soñaba

en sus arrebatos de ambicion juvenil.

Brillantes fueron sus primeros pasos en la senda que abrazó. Ansioso de conquistar un nombre que fuese capaz de ocultar con su prestigio la dudosa procedencia de su nacimiento, lanzábase el primero en los combates, y ébrio de gloria era el último á retirarse del campo, ora coronase la victoria las armas de don Enrique, ó sucumbiesen al mayor número ó pujanza de los parciales de don Pedro. Atrevido hasta rayar en temerario, dotado de una serenidad á toda prueba y hábil en las maniobras militares de la guerra, era siempre el encargado de llevar á cabo los golpes mas arriesgados. Es verdad que tan heróicos esfuerzos tuvieron un premio bastante á satisfacer sus deseos. Honróle el de Trastamara con el nombramiento de escudero suyo.

Asi pasaba su vida sin pensar en otra cosa que las armas, cuando en una de sus misteriosas escursiones á Toledo, abrasó su alma la jentil gallardía de Elvira con esa intensidad conque se anuncian las pasiones en la primavera de la edad. Correspondido el mancebo, partia su tiempo entre la guerra y el amor, y sino huia en la primera los peligros, aventurábase tambien para corresponder con su Elvira, la vírjen de sus ensueños.

Era la víspera de una de esas escaramuzas tan comunes en las guerras civiles, y ambos campos reunían sus huestes, formaban sus planes de ataque y defensa, y los diversos caudillos arengaban á sus soldados para infundir en sus pechos arrojo y decision. Retirábase Rui-Perez de la tienda de don Enrique acompañado de Sancho, cuando al atravesar el campamento oyó los lastimosos ayes de una voz femenil que se quejaba amargamente y apretó el paso hácia el sitio de donde venian estos quejidos.

Rodeada de una porcion de flecheros, sufría sus brutales y groseros chistes una pobre jitana, que en vano se deshacia en lágrimas para apiadar sus duros corazones, y tan á buena sazon llegó el jóven que impidió llevasen á cabo el infernal preyecto que meditaban.

Agradecida la pobre mujer, se deshacia en muestras de gratitud, cuando Sancho la dijo alargando la palma de la mano.

— Ea, dinos la buenaventura, en vez de rompernos la cabeza con esa algarabía infernal.

Tomó la mano de Sancho la jitana y fijando en ella sus ojos vivos y llenos de fuego, exclamó despues de un rato de silenciosa meditacion.

— Estas rayas me indican que hay en

vuestra cabeza un pensamiento diabólico.... y que ha de haceros llorar con lágrimas de sangre.... Separó Sancho su mano con enfado, diciéndola:

— Vive Dios que eres una solemne embustera!

No obstante lo mal que saliera su compañero en el vaticinio de la jítana, alargó también su mano Rui-Perez.

Miróle con muestras de gran interés la agorera, pasó y repasó cien veces sus miradas por las palmas de la mano del jóven, y le dijo con aire triste: «Rapaz eres á quien las estrellas deparan infausta fortuna.»

— No me atemorizas: declárame cuanto de mi suerte creas adivinar con tus artes del diablo.

— Cierito; estas rayas son sangre.... correrá de una cabeza inocente....

— ¡Buena noticia! la interrumpió Sancho.

— Y mucho que lo es, porque acaso será la suya, y la ocasion.... unos amores.

— Basta: me has entristecido, dijo Rui-Perez alejándose despues de haberla dado algunas monedas y puéstola en salvo.

Desde aquel dia se le notó mas triste y pensativo, pero mas enamorado de Elvira y mas impetuoso y valiente en los combates. Aquel jóven creía sin duda en los agüeros, y cedía á su destino marcado ya por las es-

trellas. Aunque la jitana no le anunciara la época, su corazón presentía la proximidad del peligro. Por eso se entregaba con tanta facilidad á profundas meditaciones como la que á la sazón le privaba de enterarse de un asunto de tamaña trascendencia. Bastábale á él que le dijese aquí hay que combatir, y nunca entraba en las conferencias preliminares que reputaba inútiles. Sin embargo en esta ocasión, después de haber saboreado los dulces sueños de su amor, se levantó y anudó con la suya la conversación de aquellos dos personajes.

Pocos momentos después pusieron los tres en pie, y en el instante mismo en que cambiaban sus despedidas, un ruido agudo como de un prolongado silvido les dejó parados.

— Por Santiago, que si mis oídos no me engañan, exclamó Sancho frunciendo el ceño, no es ninguna pelota la que ha pasado sobre el tejado de esta casa! Véamos....

Y al dirigirse á la ventana, volvió á resonar más fuerte aquel silvido, que parecía el ruido de un águila al cortar el aire con sus alas.

— Voto al demonio, volvió á exclamar Sancho, que esto no me gusta!

Demasiado experimentado este, conoció que una granizada de venablos pasaba por

encima de la casa; pero no acertando que pudiera significar, abrió la ventana por la que penetraron los primeros destellos del día.

— Tal vez algunos cazadores! dijo el *Gavilán*, cuya fisonomía se habia contraído lijeramente.

— Llévelos el diablo! añadió Rui-Perez, que sin duda recordaba todavía su encuentro con don Illán.

— Silencio! dijo Sancho volviéndose hacia ellos. Parece que se oyen á lo lejos las pisadas de caballos á la carrera.

Aproximáronse Rui-Perez y *Gavilán* á la ventana y aplicando el oído corroboraron el aserto de Sancho.

— No hay duda, dijo el primero.

— Por el alma de mi abuela, que no sé lo que me pasa, añadió el bandido.

— Por allí asoman..... sí..... los veis?... exclamó Sancho, señalando con la mano... son dos caballeros..... ahora asoma otro..... los caballos beben los vientos..... ¡Valientes animales! Se han parado al encaramarse sobre aquella loma: sin duda los persiguen..... porque han vuelto la cabeza atrás y están en observación. Han vuelto á meter las espuelas á los caballos y corren como almas que lleva el diablo,.... Se dirijen hácia aquí.....

— ¡Maldita ocurrencia! exclamó *Gavilán*.

— ¿Teneis miedo? le preguntó Sancho.

— Sin tenerles miedo, convendreis conmigo en que vienen á muy mal tiempo, contestó el bandido.

Hablando así, llegaban ya los tres caballeros á un tiro de ballesta de la casa, y las pisadas de sus fatigados corcéles resonaban sobre el terreno como los golpes del martillo sobre el yunque.

— ¿Y si fueran algunos de esos altivos compañeros del alcaide de Toledo? exclamó *Gavilán* dirijiéndose á Sancho.

— Somos tres..... y voto al infierno que nuestros aceros darian buena cuenta de ellos, enviándolos á descansar de su carrera al infierno.

— Teneis razon, añadió *Rui-Perez*: así como así, deseo habérmelas con esa canalla...

Y Habíase quitado Sancho de la ventana al escuchar la medrosa pregunta del bandole-ro, por lo que no pudo ver la llegada de los desconocidos, y antes que pudieran tomar una resolucion, se oyó un fuerte por-razo á la puerta y el relincho de los ca-ballos.

— Abrid, dijo Sancho, empujando á *Ga-vilán* con rudeza: y vos *Rui-Perez* preparaos á lo que pueda suceder, añadió al mancebo.

Y ambos se pusieron en guardia, mien-

tras el bandido abria con aire consternado y receloso.

Ya se habian apeado los desconocidos, y uno de ellos le dijo adelantándose.

— Guardeos el cielo, amigo!

— Esa voz! dijo Rui-Perez á Sancho, me es bien conocida..... y se dirigió al encuentro del caballero.

— ¡Será posible! exclamó hincando una rodilla en tierra y quitándose la gorra. ¡Don Enrique!

Era efectivamente el conde de Trastámara, que al oír pronunciar su nombre, se turbó lijeramente y echó mano á su espada.

— Estais entre leales servidores, exclamó Sancho dándose á conocer; pero, vive Dios, que no anduvisteis prudente.....

— ¡Ola, Sancho! exclamó el conde, haciéndole señas para que se levantara. Y tambien Rui-Perez!

El mancebo se habia presentado ya, y ambos le manifestaron con respetuosas palabras su admiracion de verle en aquel sitio.

— Tranquilizaos; el peligro ha pasado ya. Esos miserables archeros que forman la guardia del soberbio don Illan, han tomado la direccion de Toledo, desesperanzados de dar con nosotros. Se han contentado con enviarnos una granizada de venablos que han

pasado silvando sobre nuestras cabezas. Afortunadamente mi colete de búfalo.....

— Pero, señor, esponer vuestra vida, le dijo Sancho, cuando teneis capitanes.....

— Tan valientes y arrojados, ¿no es verdad? Pero don Enrique quiere participar tambien de los peligros, y mostrarse digno de llevar sobre su cabeza la corona de Castilla, lo entendeis? exclamó el de Trastámara con arrogancia.

Gavilán que apenas volvía de su asombro al verse delante del mismo don Enrique, hizo un jesto á Sancho, y aprovechando éste una ocasion favorable, dijo al príncipe:

— Si me permitís, tendré el honor de presentaros un nuevo defensor.....

— ¡Hasta la muerte! exclamó el bandido arrojándose á sus pies.

— Es verdad que tiene allá ciertos peccadillos..... pero su nueva conducta... continuó Sancho.

— Confio en que será tan leal que alcance á redimirlos, contestó don Enrique.

Entraron en seguida los caballeros que acompañaban al conde, y despues de un ligero descanso y de haber reconocido el *Gavilán* los alrededores de la casa, se prepararon á emprender de nuevo su caminata.

— A caballo, dijo don Enrique, no debemos perder un instante, todo está dispues-

to: por mí mismo he recorrido las fronteras de Castilla, he platicado con los mismos jefes; cuento con un número de lanzas suficiente á imponer la ley á los pocos descontentos que acaso no se reúnan á nuestra causa.

A *Gavilán* todo se le volvía hacer señas á Sancho, aunque con la cortedad que le imponía la presencia de tan augusto personaje. Acercóse por fin Rui-Perez, y habiéndose enterado de la estraña ocurrencia del bandido, tuvo á bien aunque con el mayor respeto, y aprovechando una ocasion en que el conde se disponía á partir para decirle:

— ¡Señor!

— ¿Qué se ofrece?

— Vuestro nuevo aliado, siente no tener que ofreceros mas que este humilde hospedaje, pero se atreve á suplicaros que le honreis probando de su vino, que le cree el mas superior en muchas millas á la redonda.

Cayóle en gracia á don Enrique la ocurrencia, y demostrando la llaneza que le adquirió tantos amigos tomó el vaso que *Gavilán* le alargó y lo apuró exclamando:

« Por el triunfo de nuestra causa »

Todos le contestaron con un viva, y el de Trastamara le dijo á Sancho. ¿ Lo entiendes?... Cuando arda la hoguera.....

— Sí, sus rojas llamaradas alumbrarán como un blandon funerario su agonía, exclamó Rui-Perez.

— Ira de Dios sobre todos ellos! añadió Sancho, cuya feroz fisonomía tomó una expresión terrible al escuchar la fatídica amenaza del mancebo.

— Toledo será nuestra, dijo don Enrique, y partió al galope seguido de sus caballeros.

Algunos minutos despues abandonaron tambien la casa del monte Sancho y Rui-Perez. Este tomó el camino de Talavera, guarnecida á la sazón por los parciales del *bastardo*, en tanto que el primero dió la vuelta para Toledo, que era el foco de la conspiración contra don Pedro de Castilla.

IX.

Pidiendo favor al cielo
é invocando sus bondades,
crucé las vellas ciudades
sin que me diesen consuelo.

Do quiera que incierto voy
mi sino allí me persigue,
mi llanto al cielo le obligue
pues harto infeliz ya soy.

D. G. CANCER. COMEDIA.

Aunque oriundo Nuño de la ciudad de Córdoba, en la que aprendió el arte de platería al lado de aquellos famosos maestros, de cuya rara habilidad ha llegado el asombro hasta nuestros días, motivos poderosos, tales como la muerte de una esposa á quien adoraba y las continuas rivalidades de algunos compañeros de profesion, le obligaron á abandonar su pais natal, bastantes años antes de la época en que comienza esta historia.

Al tender el perseguido platero su desconsolada vista por las diversas ciudades de Castilla, en donde podria establecerse para libertarse de la ojeriza de sus envidiosos

émulos, fijó su atención en Toledo, población rica y populosa, antiguo asiento de los monarcas godos hasta la memorable cuanto desgraciada jornada de Guadalete, y á la sazón vuelta otra vez al poder de los reyes de Castilla por el heroico esfuerzo de don Alfonso el VI, que la conquistó para sus dominios.

Sin embargo le era muy sensible al buen artista tener que abandonar, con su propio pueblo, un establecimiento, que empezaba á adquirir cierta nombradía, para ir en busca de una acogida dudosa, cuando menos; y no se decidió á emprender tan larga caminata, sin haber sufrido antes en su combatida mente todo el peso de los encontrados pensamientos que la agitaban. Verdad es, que contribuía á hacer mas embarazosa su posición la tierna edad de su hija Elvira, que apenas terminada su lactancia, era demasiado débil para resistir las fatigas é incomodidades de un viaje tan largo; y la amaba tanto Nuño, érale tan preciosa la vida de esta inocente criatura, en cuyas gracias infantiles veía su amor de padre las muestras mas positivas de la hermosura que adoró en su madre, que el mas pequeño obstáculo, el temor mas leve de perderla, hacía le desistir de su proyecto, ó le entregaba á una confusión de dudas y sobresaltos.

Desgraciadamente para él, á medida que se aumentaban los conflictos de su situacion, aumentábase el ódio y la envidia de sus compañeros, y libertado milagrosamente de una villana asechanza con que trataron de deshacerse del aventajado artista, ya que no alcanzaban á igualar su mérito, decidió resueltamente emprender su viaje á Toledo, antes que sucumbir á manos de sus viles perseguidores y dejar huérfana, abandonada en el mundo á la tierna niña que acariciaba con sus blancas manecitas el humedecido rostro del platero, como si por ese instinto admirable de la naturaleza conociese la causa de su afliccion.

Arrojado de Córdoba, cojió á Elvira entre sus brazos, y antes de partir, fué á rezar por la última vez sobre el sepulcro de su esposa. Y como la Providencia, jamás suele estar mas cerca del desgraciado que en los críticos momentos en que, por un arrebato de desespecho, desconfia de su justicia, sintió Nuño al concluir su fervorosa oracion, interrumpida muchas veces por sus sollozos, una fuerza y un valor en sí mismo que jamás habia tenido. Las lágrimas de sus ojos se secaron: besó la tosca piedra que encerraba los restos mortales de su mujer, y salió de la solitaria iglesia, con la faz serena y animado de una confianza segura en

el porvenir, que pocos momentos antes se presentaba á su abatida imaginacion con los colores mas sombríos.

Los primeros rayos del sol iluminaban los pintados vidrios de la antigua mezquita de Córdoba, santificada ya por el culto cristiano, cuando á pie, apoyado en un tosco baston, con un pequeño lio á la espalda, y la tierna Elvira en sus brazos, cruzaba el puente que atraviesa el rio.

Su primer cuidado al pisar las tortuosas y empinadas calles morunas de Toledo, despues de un viaje completamente feliz, fué encaminarse á la catedral, para dar gracias al cielo. Vencido este primer paso, faltábale todavia encontrar medios de subsistencia, y fortalecida su alma por ese valor sobrenatural que no tiene otra esplicacion posible que la proteccion divina, iba de puerta en puerta ofreciendo su trabajo é implorando la compasion de los plateros de la ciudad que al ver la pobreza de su exterior, se evadian de admitirle en sus talleres.

Un mes trascurrió en tan amarga expectativa, y sus cortos ahorros tocaban á su término. Sin desmayar ante la triste imagen de la miseria, volvió á salir de su pobre posada, é internándose en los barrios mas retirados de la ciudad, paró su atencion en una casa de mezquina apariencia;

pero el ruido del martillo y el sonido de los metales le indicaron que en ella habia un taller de platero; y esto le decidió á entrar llevando por escudo de su pecho á Elvira la inocente niña.

Detras del estrecho zaguan que servia de entrada á esta casa, habia un patio de estilo gótico, aunque en un estado lamentable de destruccion; y á la derecha estaba efectivamente el taller del platero que era una pieza mas larga que ancha, alumbrada por altas ventanas de forma ojiva que daban á una plazoleta. Si la miserable apariencia de aquel edificio no infundió al buen Nuño demasiadas esperanzas de encontrar una regular colocacion, el interior de los aposentos que atravesó debió desanimarle completamente.

En vez de aquellos magníficos talleres de Cordoba en los que trabajaban á la vez cien operarios, y el oro y la plata pasaba de unas manos á otras cual abundante raudal que deslumbraba la vista, ofreciose ahora á la del artista un taller pobre y solitario, enmedio del cual la cansada mano de un viejo se ocupaba trabajosamente en martillar algunos objetos tan insignificantes por su valor como por su mérito artístico. A algunos pasos de él, y sentada en un tosco taburete, ocupábase una pobre mujer an-

ciana tambien, en algunas labores de su sexo, auxiliada por dos enormes antiparras que tenia colocadas sobre el caballete de la nariz, y á sus pies estaba tendido un perrillo, cuyas formas irregulares anunciaban lo complejo de su procedencia.

Los aullidos de este animal que abandonando su cómoda postura, se lanzó á la puerta, estirando sus peludas orejas y meneando la cola, detuvo á Nuño en el mismo umbral é hizo dar un grito de miedo á Elvira que miraba atemorizada al perro, al mismo tiempo que oprimia con sus brazos el cuello de su padre.

— Záfiro! gritó con cascada voz la mujer amenazando al perro, que mal de su grado volvió á colocarse á sus pies, refunfuñando y dirijiendo sus miradas á los forasteros.

El platero suspendió tambien su trabajo; pero antes de que ninguna de estas dos personas tuviese tiempo para interrogar á Nuño sobre el objeto de su venida, quitóse este respetuosamente su gorrilla de terciopelo algo raído, y les dijo:

— Soy un forastero que busca trabajo y pan para su hija.... Hace un mes que ando corriendo los talleres de platería de esta ciudad y hasta ahora no he podido encontrar colocacion.... si vuestra caridad.....

Nuño suspendió su exordio al percibir una mirada que cambiaron entre sí ambos esposos, y luego continuó:

— Si vuestra caridad se apiada de un padre elijido que mañana no tendrá pan que dar á esta infeliz criatura....

Dos lágrimas surcaron las enjutas facciones de la anciana, que no pudiendo contener su emociion se levantó, y dirijiéndose á su marido, le dijo:

— Dios nos envia á este hombre!.... El pide por su hija y nosotros lloramos la pérdida.....

— Del que con su muerte nos ha dejado enteramente solos en el último periodo de nuestra vida, continuó el pobre platero visiblemente conmovido. Pero el lugar de un hijo....

— Nadie podrá llenarlo; teneis razon, exclamó Nuño dolorosamente, preparándose para retirarse.

— Aguardad, aguardad, le gritó la mujer, cuyas miradas fijas en el conmovido semblante del viejo, daban á entender bien á las claras lo que acaso no se atreviera á decir.

Detúvose Nuño, y entregada su alma á esa amarga incertidumbre que produce la duda, dirijia sus ojos ya al marido ya á su decrepita y compasiva consorte, interro-

gando así silenciosamente á los que podrian tenderle una mano benéfica.

— Tú no estás ya para trabajar, amigo mio, continuó la anciana con voz dulce, dirijiéndose á su marido, y como nuestros ahorros son tan cortos, el dia menos pensado nos encontramos por puertas..... Me ha ocurrido una idea, y si tú la apruebas.....

— Habla, mujer, la respondió el artífice.

— Pues bien, te la diré. Este forastero nos brinda con su trabajo..... aceptemos su oferta y todos viviremos.

— Con tal de que sea á propósito para el oficio, dijo el anciano, no hay inconveniente.

— Oh! en cuanto á mi disposicion, vos mismo podreis juzgarla, dióse prisa á responder Nuño.

Escusado nos parece ponderar la admiracion del viejo platero á la vista de la prueba conque Nuño manifestó su capacidad para la profesion que ejercia, y corroborar lo que nuestros lectores habrán adivinado en su interior.

Pocos dias despues vivia Nuño en compañía de sus bienhechores con su Elvira, y todos formaban una sola familia, unidos sino por los vínculos de la sangre, por los lazos de la mas íntima y sincera amistad,

que son por lo menos tan sagrados como aquellos. Pero la muerte de sus protectores vino á destruir en parte la felicidad de Nuño y la juguetona alegría de su hija cuyas monadas agradaban extraordinariamente á los pobres viejos.

A la sazón habíase acreditado tanto el establecimiento de nuestro platero que hasta en veinte millas á la redonda se hacían lenguas de sus adelantos. Verdad es que ninguno igualaba el mérito de las obras que allí se ejecutaban, y que la fecunda y brillante imaginación de Nuño, unida á una estremada delicadeza en los dibujos, hacían de cuantos objetos se trabajaba en sus talleres, otras tantas alhajas mas preciosas aun por su forma que por el valor de los metales. A su jénio artístico, reunía este buen padre dulce y natural carácter que este fue otro motivo no menos poderoso para que contase ciegamente con la voluntad de la infinidad de operarios que empleaba en su fábrica, los que mas que un maestro veían en él un cariñoso y bienhechor amigo.

A la par, y sin duda para que todo fuese felicidad, Elvira se desarrolló, y durante este tiempo su hermosura, su carácter dulce y bondadoso, su excelente corazón y su alma bella, fueron otros tantos motivos de alegría para el buen padre que iba encor-

bándose bajo el peso de los años, mientras su hija adquiría mayores gracias y virtudes: aunque el primero no pensaba mas que en su hija, y se cuidaba muy poco de los estragos que en él hacian los años toda vez que diesen un quilate mas á la peregrina beldad de Elvira.

Pero como ya hemos dicho en uno de nuestros capitulos anteriores, de repente vió Nuño levantarse sobre el horizonte de sus dichas una nube imperceptible en un principio, pero que andando el tiempo, llegó á infundirle sérios temores.

Su corazon de padre habia descubierto al través de la aparente alegría de su hija ciertos síntomas inequívocos de tristeza y melancolía, estraños en verdad en una niña, cuyos mas insignificantes deseos eran para Nuño otras tantas exigencias justas que se apresuraba á satisfacer. Deseoso de averiguar la causa del mal estar de Elvira seguiala con su vista de lince á todas partes, y espiaba, por decirlo así, todas sus acciones. Desconfiando algun tanto de sí, encomendó tambien á una antigua criada muy querida de la niña, el cuidado de coadyuvar al descubrimiento que ansiaba, aunque recomendándola la mayor reserva y circunspeccion.

Durante bastante tiempo no adelantaron

nada en sus investigaciones, y sentíalo tanto Nuño, cuanto que contemplaba con espanto la mortal palidez de su antes sonrosada cara, y la espresion dolorosa que sombreaba toda su persona, á pesar de los visibles esfuerzos que para ocultar su pena, hacia la pobre jóven, que siempre respondia con cariñosas evasivas á las anhelantes preguntas del anciano.

Angustiosa era la incertidumbre que desgarraba el alma del artista, y de dia y de noche su imaginacion estaba fija en el mismo objeto. En sus largas horas de insomnio fatigábase infructuosamente por encontrar el hilo misterioso que le sacase del doloroso laberinto de dudas en que se abismaba su intelijencia. De repente pasó por su mente una sospecha, y se cubrió el rostro con ambas manos. «¿Habrá herido el amor su alma virjinal?» se preguntó á sí mismo. Imbuído en esta idea, redobló sus esfuerzos, volvió á escudriñar con sus ojos las mas indiferentes acciones de la doncella, y muchas noches cuando Elvira se entregaba al sueño, velaba á su cabecera el desconsolado padre, espiondo hasta su misma respiracion, ansioso de deber á la infidelidad de aquella la confesion que no conseguia arrancar á sus lábios. Pero esta nueva prueba tampoco tuvo resultado alguno.

Decidióse por fin á preguntar á su hija, y al efecto se dirigió á su habitacion con la mas cruel incertidumbre, porque si bien no podia llegar á creer que ella correspondiese á la pasion de don Illan, á sus ojos de padre no pudieron pasar desapercibidos los impuros deseos del poderoso alcaide de Toledo, desde el dia en que le vió en su casa y que le hizo la falaz propuesta de su esposa la noble cuanto desgraciada doña Blanca.

Pero en vez de hallar á Elvira, dió de manos á boca con la dueña, y no pudiendo ahogar sus temores la preguntó por la salud de su jóven ama con estas palabras llenas de temor.

— ¿Nada observaste, Inés?

— ¡Señor! exclamó la dueña con visibles señales de turbacion.

— ¡Habla!..... no me ocultes cuánto sepas.

— ¡Oh! ¡no es nada malo! la pobrecita Elvira es víctima sin duda de su buen corazon.

— Déjate de rodeos y abrevia... la interrumpió Nuño.

— No me cabe duda... la pobre niña está..... Siento tanto tener que decíroslo..... pero asi se podrá buscar á un buen religioso..... porque habeis de saber que esa pícara loca la ha hecho mal de ojo..... sí, señor,

le ha hecho mal de ojo en pago de la caridad con que siempre la está socorriendo.

— Calla, bruja! exclamó Nuño exaltado al escuchar las palabras de la dueña....

— Sí, ¡bruja! contestó ésta refunfuñando entre dientes.... No me creais.... burlaros de mis palabras.... ¡Dios os castigará!

Engañado Nuño en sus esperanzas de averiguar el nombre del amante de Elvira, disponíase á salir de la habitacion, sin escuchar la amenaza de Inés, cuando levantándose ésta apresuradamente y abriendo la ventana, exclamó:

— ¡La loca! ¡la loca!

Un movimiento de curiosidad obligó á Nuño á asomarse tambien á la ventana.

— ¡Asi me gusta! añadió la dueña, batiendo las palmas en señal de regocijo. Es una pícara sacrílega.... una endemoniada, y merecia ser emplumada y sacada á la vergüenza: si señor, la muy bribona blasfema de nuestro santo arzobispo. ¡Firme! firme en ella.....

La plaza de Zocodover ofrecia en aquel momento el espectáculo de un pueblo alborotado que persigue sin tregua al objeto de su ódio y encarnizamiento. Hombres y mujeres, hidalgos y plebeyos, mercaderes y archeros, formaban una masa temible, en

cuyo centro aparecía, cual víctima espiatoria, una pobre mujer escarnecida, vilipendiada y hasta maltratada brutalmente de hecho, y cuyos lamentos y súplicas se perdían entre el confuso bullicio de mil voces desatempladas que la gritaban.

— ¡La loca! ¡la endemoniada!.... ¡al río con ella!

— Esa es la que ha hecho mal de ojo á Elvira, exclamó Inés: A buena fé que todo Toledo sabe sus diabólicas mañas y de esta no escapará.

Demasiado despreocupado Nuño, separó su vista del horrible espectáculo que ofrecía la plaza de Zocodover, compadeciéndose de aquella infeliz mujer, víctima de la ignorancia y del fanatismo, sin responder á Inés que siguió contemplando embelesada, aquel cruel espectáculo.

X.

Al elevar el santo sacerdote
confuso estruendo resonó en la plaza :
mas no es justo que el pueblo se alborote,
poned á esa mujer una mordaza.

Juécita. DE D. M. DIAZ.

Todos en hileras vais,
payos, joyeros, galanes,
trovadores, capitanes,
al mercado de san Juan.

CANCIONERO.

El día en que pasan estos acontecimientos, era cabalmente el destinado para el mercado semanal que se celebraba en Toledo.

Con este motivo, mucho antes que los primeros albores de la aurora hubieran ahuyentado las pálidas sombras de la noche, habíanse puesto en movimiento los pacíficos moradores de los pueblos y caseríos de las inmediaciones, y cuando el sol asomó por el rosado Oriente su melena de oro y púrpura, como diría un poeta, los caminos y avenidas que en todas direcciones condu-

cian á la imperial ciudad, ofrecian un efecto tan pintoresco como animado. Al través de los montes y sobre la verde alfombra de la vega veíase cual una prolongada y bulliosa carabana, un jentío inmenso que se dirijia á Toledo. Hombres y mujeres, niños y ancianos, hidalgos y caballeros, escuderos y trovadores, mercaderes y pordioseros, todos iban mezclados en el tropel y ofrecian mil contrastes curiosos. A los puros y refulgentes rayos del sol brillaban como su espejo los ácerados capacetes, las lucientes espadas, las bruñidas cotas de malla de los hombres de armas que cabalgaban en sus fogosos corceles al paso mismo de los jumentos que apenas podian sostener sobre sus lomos su pesada carga, y de las soberbias mulas cargadas de mercancías, y se destacaban las blanquísimas toquillas de lino que llevaban á la cabeza las lindas aldeanas de cara sonrosada, de ojos negros y parleros, de alegre y festivo continente, montadas unas sobre caballerías y á pie otras, llevando ellas mismas aseados cestos con provisiones de frutas y legumbres.

Al lado del decrepito anciano, de pelo y barba plateada, de andar tardo y perezoso, ostentaba el jóven aldeano toda la pujante lozanía de su edad; y en su hermosa varonil, en la frescura y buen color de

su tez conocíase la benéfica influencia de los puros y saludables aires del campo, como la envidiable tranquilidad de su vida, exenta de esas amarguras que traen consigo las ciudades.

Tan diferentes eran los diálogos con que suavizaban las fatigas y el cansancio de su caminata como distintos los opuestos personajes, que confundidos en aquella masa compacta, formaban sin embargo una parte de ella.

Los caballeros hablaban entre sí de los asuntos del día, que como se deja inferir, atañían á la empeñada contienda entre don Pedro y su hermano el de Trastámara. Sostenía cada cual en el debate la opinion ó los intereses que representaba, aunque en honor de la verdad debemos decir, que lo hacian con admirable estudio, y que todos dejaban una callejuela por donde salir en un caso apurado. Ambas parcialidades contaban allí adictos y defensores, los menos de buena fé, como acontecer suele, el mayor número y por cierto los mas engreidos, por ambicion y miras personales: tanto que entre ellos habia no pocos que así habian mudado de bandera y partido como mudáran de camisa, viéndoseles tan pronto ensalzando la justicia del rey don Pedro y mancillando al *bastardo*, como peleando al lado de éste con-

tra su antiguo rey y señor. Y al referir las noticias que corrian, ninguno dejaba tampoco de soltar libremente la lengua, segun aquellas se avenian mejor ó peor á sus deseos.

Los aldeanos y mercaderes charlaban entre si de asuntos menos influyentes para Castilla, pero mas positivos para ellos, como que versaban sobre las compras y ventas que trataban de realizar, sobre las ganancias con que se lisonjeaban poder contar y sobre los aumentos de sus pequeñas fortunas labradas á costa del continuo sudor de sus rostros.

Los mas jóvenes de ambos sexos, aprovechando diestramente la distraccion de unos y otros, concertaban plácidamente sus amorosas cuitas, y mas de una vez y á favor de la confusion, solian saborear esos primeros placeres del amor, trocando rápidamente un dulcísimo beso ó un estrechísimo apretón de manos.

Al mismo tiempo el trovador daba al viento los armoniosos acentos de su instrumento favorito, y su voz robusta y sonora cantaba largas tiradas de romances moriscos, de baladas y canciones populares, que al cabo lograban escitar la atencion jeneral imponiendo silencio á esta multitud que los rodeaba.

Las espaciosas puertas de Toledo bastaban apenas para dar cómoda entrada á tanto forastero como acudia, atraídos, mas que por el mercado, á pesar de su justa celebridad, por las fiestas que todos los años se hacian al patron de la ciudad san Ildefonso en el dia de su natalicio que era cabalmente el siguiente.

Si fuera de la ciudad habia tanto movimiento, no le iba en zaga el que dentro se advertia, y que acabó por fijarse en la plaza de *Zocodover*, sitio donde se celebraba el mercado.

El prevoste de la ciudad y una cohorte de corchetes auxiliados por una compañía de archeros, cuidaban del orden interior, mientras que una muchedumbre inmensa desembocaba apresuradamente en la plaza, y se repartia en todos sus ángulos, buscando unos los puestos mas desahogados para colocar sus mercancías, y otros los amigos y conocidos con quienes se citáran anteriormente para dicho dia.

Poco tiempo despues presentaba este sitio un golpe de vista sorprendente. Estendiáanse por toda la circunferencia de la plaza, vistosas tiendas de lona y de madera pintada, en cuyos aparadores y escaparates se encontraba toda clase de jéneros y frutos, amen de confituras y legumbres,

comestibles y vinos; y á uno y otro lado jiraban miles de compradores ofuscados con la prodijiosa variedad de puestos y mercerías.

En un trecho separado estaban colocados los mercaderes judíos, y en sus surtidos almacenes, en sus vistosas tiendas, podia saciarse el gusto mas esquisito y exigente, puesto que en la época de que hablamos esta raza proscrita y perseguida llevaba la mejor parte del comercio, y en sus manos iba á encerrarse una porcion muy considerable del numerario; si bien es verdad al mismo tiempo, que no siempre les era dado ponerlo á buen recaudo contra los ataques, que grandes y pequeños, se permitian dirigir contra sus codiciados tesoros.

Un jentío inmenso circulaba tanto por los antiguos soportales de la plaza, como por el interior, hasta que dominaron el bullicio los vibrantes sonidos de una campana interrumpiendo las animadas negociaciones del mercado. Un profundo y respetuoso silencio sucedió como por encanto á la bulliciosa algazara de la plaza de *Zocodover*: y todas las miradas se dirijieron á la sencilla capilla colocada sobre el arco que desde dicha plaza sirve de salida al *hospital del Cardenal*.

Un sacerdote revestido de sus sagradas

vestiduras salió á decir la misa, que en tal dia acostumbraba á celebrarse para que los mercaderes y aldeanos, sin abandonar sus tiendas, pudiesen asistir á tan solemne sacrificio. Y ciertamente que era un cuadro imponente el ver toda aquella muchedumbre, poco antes tan bulliciosa y animada, hincada ahora de rodillas y elevados sus espíritus al cielo.

En el instante mismo en que el ministro del Señor elevaba la hostia consagrada y el ruido de la campanilla se perdía entre el confuso rumor de las oraciones y golpes de pecho de todos los asistentes, se levantó apresuradamente una mujer, pobremente vestida, y que hasta entonces habia guardado la mayor compostura, dando furiosos gritos.

Este arrebato tan impensado como fugaz atrajo sobre ella las miradas de todos, consternados por semejante desacato; y gracias á la ceremonia que se estaba celebrando, no sufrió en el acto las consecuencias de la jeneral indignacion que se veia pintada en el rostro de los fieles toledanos.

Algunos alguaciles de los que velaban para conservar el órden del mercado, acudieron presurosos á asegurar á la que habia profanado la ceremonia relijiosa que se estaba verificando, y á duras penas pudieron

dar con ella; pero el sacerdote se habia retirado yá, y cuando trataban de conducirla á la presencia del preboste, la arrancó de su poder una multitud de jente que comenzó á arremolinarse en derredor suyo con ánimo al parecer de castigar su impiedad.

— Sí, sí, gritaba la mujer, maldito, maldito sea el dia de san Ildefonso!

Apenas acababa de pronunciar esta blasfemia, se arrojaron sobre ella una porcion de mujeres forcejeando por sujetarla, y excitando con las acusaciones que la dirijian la indignacion del pueblo ya exaltado.

Atraidas por la curiosidad cuantas personas habia en la plaza, fueron engrosando el círculo dentro del cual se ajitaba como una energúmena aquella mujer.

— Al rio! al rio con la hereje! gritaban unos.

— Matadla! repetian otros.

— Es una endemoniada! esclamaba la aguda voz de una vieja.

En vano luchaba el preboste auxiliado par los alguaciles para apoderarse de ella, gritando á la muchedumbre que la rodeaba:

— Paso á la justicia!...poso al preboste!...

El pueblo se habia erijido en juez y verdugo y no tenia ánimo de resignar tan graves funciones en nadie.

Favorecida la mujer por la confusion que

se movió entre sus mismos perseguidores, hizo un esfuerzo desesperado, y á costa de algunos golpes pudo romper el dilatado círculo de jente que la rodeaba; y desgrenaada, con los ojos desencajados, amoratado el semblante, hechos trizas los harapos que cubrian sus carnes, hizo una mueca horrible, soltó despues una carcajada satánica y echó á correr con todas sus fuerzas, seguida de una parte de aquella jente que todavía se complacia inhumanamente en mortificarla, voceándola, silvándola y arrojándola piedras y cuantos proyectiles venian á sus manos.

— ¡ Salvadme ! ¡ salvadme ! esclamaba en tanto con lastimera voz aquella mujer escarnecida y atropellada brutalmente por esa hez del pueblo, compuesta de lo mas corrompido y abyecto de la sociedad, que sin sentimiento de humanidad y arrastrada tan solo por sus instintos salvajes y sanguinarios se ceba frenéticamente en perseguir á cuantos tienen la desgracia de caer bajo su mano de hierro: como si de este modo quisiese tomar una rebancha de los justos y merecidos castigos que pesan á su vez sobre ella.

Corriendo de calle en calle vino por fin á desembocar en la del platero Nuño, sufriendo las atroces invectivas y las socces

injurias que vomitaban contra ella, amen de tal cual sacudida que la arrancaba un quejido doloroso, haciendo saltar de sus encendidos y espantados ojos amargas lágrimas que servían tan solo para dar pábulo á la rabia implacable de sus perseguidores.

En vano rendida de fatiga, agoviada bajo el peso de tan horribles tratamientos, miraba con ojos suplicantes á sus mismos verdugos, y levantaba sus descarnados brazos al cielo, gritando con enronquecida voz «¡piedad! ¡piedad!»

Afortunadamente para ella, al pasar por delante de unas verdes celosías, sus voces llamaron también la atención de Elvira, atraída á ellas por tan extraño rumor; y observando aquella pobre mujer perseguida, lejos de imitar la desapiadada conducta de Inés, se lanzó fuera de su casa lijera como una garza y se interpuso resueltamente entre la víctima y sus perseguidores.

— ¡Dejadla!.... ¡dejadla!.... les dijo con acento fuerte, pero suplicante.

— Es una blasfema, una endemoniada, una hereje! repitieron á la vez cien voces chillonas y desentonadas.

— ¿No os avergonzais de perseguir y maltratar á una pobre y débil mujer? exclamó la jóven ya profundamente indignada, guareciendo á la loca que habia caído

á sus mismos pies hincada de rodillas.

Contenida la multitud por la heroica resolución de Elvira, no se atrevió á dar un paso mas; tan fuerte es el ascendiente de la razon sobre los injustos y crueles: contentáronse los alborotadores con vomitar mil injurias contra aquella desgraciada mujer, y poco á poco fueron deshaciéndose en pequeños grupos que desfilaron otra vez hácia la plaza del mercado.

Levantó Elvira á la mujer y la ayudó á entrar en su casa, á cuya puerta habia salido el mismo Nuño, atraído por las voces y por el peligro en que su hija se habia colocado. La presencia del venerable anciano fué bastante para acabar de deshacer la tempestad que amenazaba desahogarse sobre aquella infeliz.

Tan abismada se habia quedado que obedeció maquinalmente el movimiento de su libertadora. La loca, en verdad ofrecia un aspecto bien digno de lástima. Aunque se habian secado las lágrimas que surcaban sus cárdenas mejillas, la espumosa saliva que cubria su boca entreabierta, el encendido color rojizo que ensangrentaba sus ojos, el frio sudor que bañaba su frente, cubierta en parte por algunos mechones de pelo crespo y áspero, las continuas palpitations de su corazon, y el temblor convulsivo que

ajitaba todo su cuerpo, eran indicios demasiado claros de la proximidad de un paraisimo. Asi es, que entre Nuño y su hija la condujeron á una cama, y pocos minutos despues la desventurada luchaba con las agonías de un accidente violento.

Gracias á la prontitud y eficacia de los auxilios que la suministraron, fué volviendo en sí gradualmente; pero tan luego como desapareció el fuerte desmayo, acometióla un raptó de furiosa demencia, y lanzándose de la cama, empezó á recorrer la habitacion, gritando con frenesí:

— No, eso no..... ¡soy su madre!... matadme á mi primero..... ¡á mi!

La actitud de su cuerpo, los rápidos movimientos de sus brazos, salpicados de sangre, indicaban que creia hallarse luchando obstinadamente para defender á un hijo que suponía amenazado.

— Sosegaos, buena mujer, sosegaos, la dijo Elvira. Nadie os persigue..... estais en salvo.....

Pero la loca no se hallaba en estado de oír estas palabras tranquilizadoras, y chispeantes de rabia los ojos, sombreado su cadavérico semblante por la espresion de una profunda desesperacion, y sacudiendo fuertes golpes al aire con sus descarnadas manos, repetia sin cesar:

— ¡Sois unos mónstruos!... ¡y tú tambien, hermano!... ¡Y le matareis! sí, ¡le matareis!... Pero, temblad mi cólera..... ¡Oh! ¡la cólera de una madre!... No sabeis hasta donde llega, ¡asesinos!.... Y él me abandona, el infame que me juraba un amor eterno! ¡Maldicion sobre todos! ¡Maldicion, Dios mio!

Rendida por los desesperados esfuerzos que hiciera en su arrebato, el cansancio ahogó su voz, y cerrándosele los ojos, hubiera caido á plomo en el suelo sin el auxilio de Nuño y Elvira que acudieron presurosos á sostenerla, y la volvieron á llevar al lecho.

— Sí, hija mia, en la demencia de esa infeliz mujer debe haber algun misterio terrible. Dolorosa es su situacion, y sin embargo tal vez no sea mas que el justo y merecido castigo de alguna falta, cuya espacion está condenada á sufrir por toda su vida.

— ¡Qué horror! exclamó Elvira conmovida de las sentidas palabras de su padre.

— He ahí un triste pero provechoso escarmiento! añadió el anciano, y el acento de sus palabras indicaba la intencion con que las dirigia á su hija. En esa edad peligrosa en que la razon fria y severa es casi siempre sofocada por el halagueño lenguaje de las

pasiones, un solo momento de error decide de la tranquilidad de toda la vida. Incauta la juventud, déjase llevar en alas de su fogosa imaginacion, y cuando sus ojos desorientados vislumbran el precipicio al través del sendero cubierto de flores que le abre la seducción, ya no le es posible detenerse y se hunde en el abismo para no volverse á levantar jamás. La inesperta jóven tiene que llorar todo el resto de sus dias la consecuencia de su falta, y ya que el cielo la conceda la única esperanza que puede tener, el arrepentimiento y la conmiseracion pública.

Las miradas del anciano platero se fijaron en el contraido semblante de Elvira que sufría todo el peso de su propia situacion, y veía en el lenguaje severo de su padre la condenacion de la pasion amorosa que embargaba todos sus sentidos; pero el temor la obligaba á sepultar su cariño en el fondo de su alma.

— Sí, hija mia, prosiguió Nuño profundamente conmovido, tomando la mano de la jóven, hé ahí el terrible porvenir de un desacierto amoroso á que arrastra una pasion sin freno y un deseo sin medida. No olvides jamás mis consejos, Elvira, y el cielo deramará su bendicion sobre tí.

— Señor! exclamó la jóven, arrodillándose á los pies de su padre é inundadas sus

mejillas de lágrimas, perdonadme.....

— ¡Perdonarte! dijo Nuño ¿y de qué, Elvira? ¿No eres una hija sumisa y obediente?

— Ah! padre mio! soy muy desgraciada!

— Levanta Elvira, y ábreme tu corazon.. deposita en el mio que solo late para tí, todas tus penas, todos tus disgustos.... Dios me es testigo del entrañable amor que te profeso y de que solo deseo tu felicidad!

— Sois demasiado bueno , señor , mientras que yo.... Y los dolorosos pensamientos que cruzaban por su combatida mente embargaron su voz.

Angustiosa era tambien la posicion del artista, porque temia ver confirmadas sus sospechas y rotas por consiguiente las dulcísimas ilusiones en que su alma de padre se gozaba.

A la vista de la pobre loca aletargada y de su hija deshecha en llanto y próxima á descubrirle un secreto que ansiaba descubrir y cuya revelacion por otra parte le parecia que iba á desgarrar su pecho, no pudo ahogar sus propios sentimientos y vertió una lágrima que fue á humedecer la cabeza de la jóven que tenia estrechada entre sus manos.

A las últimas palabras de Elvira sucedió un profundo silencio que ninguno de los

dos se atrevia á romper. La incertidumbre contenia á la primera, y el sobresalto al segundo.

Un penoso esfuerzo de la doncella puso término á tan amarga situacion; pero sus trémulos labios no pudieron articular mas que las dos palabras. ¡Le amo! que fueron como una saeta que se clavó en el lacerado corazon de Nuño que exclamó:

— ¡Desgraciada!

Al llegar á este punto de su conversacion, sintieron ruido de pasos y vieron entrar á la dueña gritando:

— El señor preboste!..... el señor preboste!....

— El preboste! exclamó Nuño sorprendido.

— Sí señor, el mismo y por añadidura una compañía de archeros que vienen en busca de la loca.... continuó la vengativa Inés cuyos ojos saltones indicaban la alegría que semejante acontecimiento la causaba... ¡Ahora defended á esa blasfema! Pronto pagará su merecido... sí, su merecido, porque desde que esa maldita bruja salida de los infiernos, ha pisado la ciudad, parece que se han desatado sobre nosotros todas las maldiciones de Belcebú.

Contentóse Nuño con hacer un jesto de desagrado á la habladora dueña, y salió de la habitacion.

— Dios mio! exclamó Elvira enjugando su llanto. ¿No se cansarán de martirizarla? Eso es horrible!.... Las voces de la dueña despertaron á la loca que se levantó precipitadamente de la cama, y estrañando el sitio en que se hallaba, miraba á todos lados con ojos espantados, diciendo :

— Dejadme! dejadme!.... yo no he hecho mal á nadie!....

— Bruja! exclamó Inés retrocediendo aterrada, ahora las pagarás todas juntas, y se escurrió de puntillas.

Aunque con dificultad, pudo calmar Elvira á la pobre mujer, y compadecida de su situacion revolvía en su cabeza los medios de librarla de aquel nuevo peligro que era mas inminente todavia. Acudió á su gabinete y volvió á salir tanteando entre sus manos una lijera llavecita. Despues se acercó á la loca, y la dijo:

— Quereis seguirme?

Aquella mujer pareció comprenderla, y se lanzó á sus brazos gritando. ¡Salvadme!

Elvira esperó un momento á que la dueña saliese del cuarto á escuchar las razones que mediaban entre Nuño y el ríjido preboste, que le intimaba la orden de entregarle á aquella mujer que reclamaba la justicia.

— Dios mio, murmuró la jóven, permitidme que salve á esta infeliz.

La mujer respondia maquinalmente y como turbada.

— No he hecho mal á nadie!.... tengo mucho friol!.... dejadme en mi casa!.... esta no es mi casa..... compadeceos!....

Elvira se resolvió entonces. Llegó á un ángulo de la pieza, levantó un cuadrito, y por una rendija imperceptible introdujo la llave; sonó un gozne y se abrió una puercecilla. Aquella oculta salida comunicaba á una mina subterránea que conducia á otra casucha inmediata, propiedad tambien del platero y que siempre tenia inhabitada; habiendo labrado aquella salida para facilitarse una pronta retirada si se veia amenazado, pues como siempre se halló tan perseguido aun en medio de su tranquilo estado presente, se precavia contra futuros riesgos.... Elvira pues, tomó de la mano á aquella mujer que se dejó llevar maquinalmente, y ambas desaparecieron.

Entonces, y cuando la puerta volvió á cerrarse por sí misma sin estruendo y como movida por una mano invisible; entraron en el aposento el preboste, Nuño, la dueña y varios de la comitiva de justicia: jiraron sus ojos por todas partes, miráronse, tornáronse á mirar y no volvieron en sí de su sorpresa, hasta que el preboste exclamó.

— ¡Con que ha desaparecido!

— ¡Si es bruja! repitió Inés santiguándose.

— Nuño, prosiguió el preboste. Sentiré que esta fuga os traiga malas consecuencias, porque se os juzgue responsable de su persona.

Alejáronse todos y Nuño se quedó mirando á la pared y exclamó. El buen corazón de Elvira la ha libertado! No he de ser yo mas cruel. El cielo no nos castigará por una buena obra!



XI.

Como es noche de verbena,
fluctuan por todas partes,
las parejas y los grupos
de las danzas populares.

.....
.....
Las bellas damas platican
con los hidalgos galanes;
el rebozo no embaraza:
ni se toma por ultraje
que los que no se conocen
allí se miren y se hablen.
Las dueñas allí no acechan
ni son espías los pajes,
que el campo y la noche dan
extrañas seguridades!

Lucrecia la de Sevilla. — D. G. RÓMERO LARRAÑAGA.

Pocas horas despues, arrebozada en su manto, trepaba ya lijeramente una mujer por la empinada calle de santa Leocadia, á tiempo que, paradas en una de sus esquinas, hablaban misteriosamente dos viejas.

— ¡Esa es! exclamó una de ellas, señalando á la tapada..... Mira como corre..... ¡va como alma que lleva el diablo!

— ¡Buena suerte ha tenido esta mañana!.....

— Gracias á esa boqui-rubia del platero, que.....

— ¿Qué? le preguntó la otra.

— Es solo una sospecha..... la respondió en voz baja..... Ines me ha indicado..... pero ya ves tú que defender á una endemoniada.....

— Por santa Leocadia bendita, cuyo cuerpo se apareció á nuestro santo Patron, dijo la otra, sabes que no las tengo yo todas conmigo!.... ¡Esa bruja es ave de mal agüero! ¿Te acuerdas del pobre hijo de nuestra vecina, Rosmundo? pues bien, el dia en que apareció esa hechicera en la ciudad, se ahogó el muchacho al pasar el vado por debajo del puente de san Martin. Despues, otro dia que se introdujo en la parroquia de la Magdalena y tuvo que sacarla á rastra el periguero, se rompió un brazo el albañil que trabajaba en la media naranja. Milagro será que mañana no tengamos otra desgracia! La endemoniada gritaba esta mañana furiosamente..... ¿no la oíste blasfemar de san Ildefonso, maldiciendo de su santa festividad?

— Alconzamos unos tiempos, hermana Quiteria, continuó la otra, en que solo mandan los judíos y los herejes!.... Asi va

ello..... guerras, muertes..... hambre.....
¡Dios se apiade de nosotros!

— Pero á buena cuenta que esos malos cristianos se cuidan bien poco de la cólera del cielo y cada dia se encenagan mas en los vicios!.... esclamó Quiteria. Mira ese tropel de jente que se encamina por allá..... A buen seguro que se les ocurra la cristiana idea de entrar en san Agustin!... Pasarán por la puerta del convento sin quitarse ni aun la gorra, ansiosos de llegar á las *Vistillas* para solazarse en mundanales franchachelas.

Asi era la verdad; por todas las calles se destacaba un jentío inmenso, cuya direccion era la que habian marcado aquellas dos mujeres.

Las *Vistillas* de san Agustin, llamadas asi por la proximidad del convento de este nombre y la risueña perspectiva que desde este sitio se descubre, estaban á un lado del pequeño y angosto puente del nombre de dicho santo y dentro de los mismos muros de la ciudad: lugar anchuroso y apacible donde era costumbre muy antigua de los habitantes de Toledo salir á tomar el sol en las frias mañanas del invierno y á respirar el aire puro y embalsamado de la primavera en sus hermosas noches.

La de que hablamos era tan deliciosa en

efecto, que sin el poderoso motivo de ser la víspera de san Ildefonso y celebrarse en las *Vistillas* una especie de *berbena*, habria convidado á disfrutar en tan agradable sitio del placentero solaz que ofrecia. Vistasas é iluminadas tiendas brindaban á los paseantes con confituras y sazoadas frutas: lindas y ascaadas aldeanas tenian en sencillos jarrones olorosos ramilletes de preciosas flores que cautivaban la vista por los caprichosos y delicados matices de sus hojas. Damas y caballeros, guarecidas las primeras bajo sus largos mantos negros que asi ocultaban como descubrian sus peregrinos rostros, á medida de su deseo, y haciendo alarde los segundos de rendida y jovial galantería, aprovechaban la confusion para burlar las miradas de padres y maridos, de dueñas y guardadores, y unos y otros cambiaban ardientes miradas de amor, en las que se traslucía el placer que proporcionan los hurtos del cariño y la esperanza que alimenta el bullicio, el roce de los trajes, el olor de las flores en tardes de confusion, y en noches con sombra y luminarias. La jente del pueblo mas llana y abierta se entregaba con toda la efusion de su alborozo á la distraccion que les proporcionaba la *berbena*, y saboreaban completamente sus alegres solaces, entregándose á cantos, danzas y juegos bulliciosos por-

que el estruendo es parte de la alegría en las funciones características populares.

En uno de los extremos del paseo y apoyados sobre el muro habia tres hombres, cuyo traje tosco y vulgar indicaba pertenecian al pueblo. Sin cuidarse del bullicio y de la animacion que á la sazón reinaba en su derredor, hablaban acaloradamente entre sí, aunque en voz bastante baja para no llamar la atencion:

— La hora era la de las ánimas..... decia uno, por consiguiente.....

— Así será, pero el tal don Illan es un..... añadió otro sin acabar la frase.

— Desconfiais? preguntóle el tercero.

— Hombre prevenido vale por dos, replicó el interpelado.

— Vive Dios que haces justicia á tu apodo de *zorro viejo*.

— A buena fé que mi trabajo me ha costado. Pero, dejémonos de bromas y al grano.....

— Sí, sí, al grano, dijeron los otros dos en coro.

— Pues señores, la recompensa es buena, pero el golpe merece bien las trescientas doblas que nos ha ofrecido..... y que nos debe traer esta noche el paje, porque dinero en mano..... Ya me entendeis!

— ¿Pero y el preboste, y esa nube de ar-

cheros que á todas horas recorren la ciudad? preguntó uno de ellos.

— Todo está andado. Como una condicion precisa de nuestro trato he exijido una garantía..... y nos acompañará el paje. Si lo que no es de esperar se presentase el viejo preboste con su acompañamiento de corchetes, se le enseñará una órden.....

— ¿Pero y los archeros y ese maldito Cuello que los capitanea?

— A esa hora precisamente se les habrá enviado á otra parte.

— Con que quiere decir.....

— Que no hay mas que llegar y besar el santo, añadió el *zorro viejo*, haciendo á sus compañeros una seña bien significativa de lo que queria decir su vulgar metáfora.

— Siendo asi, voto al diablo que, á decir verdad, no son muy costosas las cien doblas que á cada uno nos corresponderán.

— Menos le costarán al tal..... que no hace otra cosa que partir con sus cómplices el fruto de sus rapiñas. Y sino que lo diga el judío.....

La llegada de un personaje, cuya corta estatura y atiplada voz podian hacerle pasar muy bien por una jóven disfrazada de hombre, puso fin á este diálogo.

— ¡Ola, camaradas! exclamó el reciénvenido introduciéndose sin ceremonia en el

corro. Así me gusta..... ¡la puntualidad sobre todo!

— Ya ha rato que os esperábamos, señor paje, y si he de hablaros con lisura, empezábame á hacer cosquillas.....

— ¡Mi tardanza tal vez? preguntó el paje.

— Cabalito.

— Pues bien, vedme ya aquí, y lo que es mejor todavía, con la bolsa repleta, dijo aquel sonando la moneda.

— Entre caballeros!.... exclamó el zorro viejo con enfática voz ...

— Sí, ya os entiendo, buena pieza: obras son amores y no buenas razones, volvió á decir el paje. Pero vive Dios que no andamos cuerdos en escitar con nuestra misteriosa conferencia las sospechas de toda esa jente que por aquí pasea. Además quiero pagaros el *alboroque*, y si no lo llevais á mal, podemos beber un trago á la salud.....

— ¡De la niña! dijo uno de ellos con irónica sonrisa.

— Como querais.... y diciendo esto echaron á andar los cuatro, atravesando por entre el inmenso jentio que cruzaba en todas direcciones.

— Por Santiago, que estos bribones traen entre manos algun proyecto infernal! exclamó levantándose del suelo un hombre

que, acurrucado dentro de una hendidura, formada en el muro, precisamente en el mismo sitio en que aquellos estuvieron hablando, pudo oír toda su conversación. Y esa mujerzuela, pues tal parece el paje, es una linda pieza!.... Lo peor del caso es que cuando yo venía á tratar con esos hombres, estaban ya embargados,... y por quién? Si se hubiese descubierto nuestro plan..... Es preciso no perderlos de vista, añadió dirigiendo sus miradas al través de las mil luces de las tiendas que brillaban como estrellas, hácia el sitio por donde aquellos se dirijian. Sigámoslos....

Y Sancho, pues no era otro el escondido, se embozó en sü capa, calóse la gorri-lla sobre los ojos y como un diestro sabueso siguió la pista del paje y de sus compañeros.

XII.

Si es ó no invención moderna,
vive Dios que no lo sé:
pero delicada fue
la invención de la taberna.

DON FRANCISCO ROJAS. Comedia antigua.

Mientras las *vistillas de san Agustín* hormigueaban de jente que se solazaba en amorosos desvanes ó en livianas francachelas, el barrio de *Montichel*, llamado así por ser este el nombre del monte sobre el que está edificado, estaba tan silencioso y oscuro como boca de lobo, pues á la sazón habíanse ido apagando las luminarias con que algunos de sus moradores festejaban la vispera del glorioso *san Ildefonso*.

En una de las estrechas calles que atraviesan este barrio áspero y desigual, estaba situada una taberna, centro de reunión de consumados bebedores y de jentes de no muy buen vivir, que gastaban alegremente sus monedas charlando y cantando al compás de las libaciones, con cuyo auxilio engañaban

las largas noches del invierno, sumidos en borrascosas orjías.

Tanto el exterior como la pieza de despacho de aquella especie de bodegon estaban muy lejos de corresponder á su nombradía, y cualquier curioso que por primera vez se hubiera presentado á probar por sí mismo la escelencia del tal templo de Baco, habria salido indudablemente muy poco satisfecho de su prueba y resuelto á no volver á pisar sus umbrales. Y esto consistia precisamente en que la tal taberna tenia dos caras, si nos es permitido hablar asi.

Detras del asqueroso despacho, sombrío y triste de dia, en razon de no tener otra parte por donde recibir la luz que la puerta que daba á la calle, que, entre otras bellezas, gozaba la de ser sumamente angosta y flanqueada de antiguos edificios morunos, y pobrementemente iluminado de noche por la pestífera llama de un enorme candilon que, colgado del techo, caia perpendicularmente encima del mostrador, habia otras piezas interiores reservadas para los conocidos parroquianos que frecuentaban la taberna, y cuyas puertas jamás se franqueaban á los profanos. Del mismo modo, en vez del bautizado mosto que se servia en el despacho á los concurrentes volanderos, habia siempre una escojida provision de ricos y añejos vi-

nos de Castilla, que tampoco humedecian otros paladares que los de los escojidos bebedores.

Hecha esta pequeña esplicacion de la taberna que llevaba el mismo nombre de su dueño, que era conocido con el apodo de el *Mosquito*, diremos á nuestros lectores que el tal tenia una figura tan estrambótica y rara como cabal y peregrina era su disposicion para el oficio. Cansado de vivir honradamente sin provecho alguno, como él decia, se decidió á variar de rumbo, y como acontecer suele, comenzó en tan buena hora y con tan favorables auspicios, que pocos meses despues de haberse instalado con su taberna en el barrio de *Montichel*, sus enjutas formas engrosaron espantosamente hasta convertirle en un tonel ambulante, y su no menos escuálido bolsillo se rellenó de sendos escudos de oro. Verdad es, que el vulgo le miraba de reojo y aun corrian de boca en boca mil consejas y rumores acerca de su complicidad en varios atentados cometidos en la ciudad. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que tan luego como se puso en contacto con cierta jente que á las veces ni aun parar podia á sombra de tejado, como vulgarmente se dice, echó pelo nuevo y hablaba, tosía y se las apostaba con cualquiera, sin esceptuar á los mismos es-

birros con los que tenia igualmente ciertas relaciones misteriosas que nuestros lectores podrán explicar á su antojo.

La noche de que hablamos estaba el *Mosquito* enteramente solo, paseándose á lo largo de su taberna y diciendo entre dientes:

— Gracias á nuestro glorioso patron, páreceme que por esta noche no tendré que hacer muchas sangrias á mi bodega! A buen seguro que mis parroquianos no perderán el tiempo como me sucede á mi..... pero al fin y al cabo todos somos unos y quiera el diablo iluminarles. Asi como asi necesito estar dispuesto, y no nos vendrá mal una racion doble de sueño..... Mañana habrá que andar sobre un pie; sacudiendo linternazos que cantará el misterio.... ¡Gran día!..... Apuesto á que el *bastardo* no piensa en roncar tan á pierna suelta como yo.... Ya lo creo..... tiene cerca una corona.... Comó que se la vamos á poner en la cabeza, por mas que se la rompan para evitarlo todos esos bribones..... que favorecen á ese monstruo de don Pedro, incapaz de haber bebido nunca un vino santo y bendito.

Sin embargo, aunque decidido á reposar sus luminosas ideas, daba vueltas en su cabeza el *Mosquito* sobre si cerrar ó no la taberna, cuando llegaron á sus oidos varias

pisadas de jente que atravesaba por la calle; y se dirijia á la puerta movido de la curiosidad, cuando tropezó con el *zorro viejo* que con bronca voz le dió las buenas noches, diciéndole algunas palabras al oido.

— En el momento sereis servido, le contestó *Mosquito*, y desapareció por detrás de una puerta pequeña que habia al otro lado del mostrador.

En esto entraron otros tres hombres que eran el paje y sus dos compañeros, los misteriosos personajes de las *vistillas de san Agustin*.

— Por Santiago, exclamó el paje, dirijiéndose al *zorro viejo*, despues de haber mirado atentamente la detestable facha que tenia la taberna, que es una famosa huronera en la que nos has metido!

— Calle, señor reparon, le contestó este, y no hable antes de tiempo.

— Callaré, pero si el vinillo corre parejas con este indecente zaquizami, desde ahora podeis contar con mi racion.

Soltó una carcajada el *zorro*, y fijando en sus compañeros una mirada espresiva, exclamó con cierto acento burlon.

— ¿Si creerá que nosotros los villanos nos mojamos el paladar con agua-miel? ¡Voto al infierno que me dejo cortar la mano derecha, si habeis probado jamás en los fes-

tines de vuestros señores un néctar como el que vamos á saborear ahora!

— Cuando querais..... exclamó Mosquito asomando su cabeza por la puertecilla del mostrador.

Y cojiendo el *zorro* al paje de la mano, desocuparon la pieza exterior de la taberna, y cruzando algunos pasadizos estrechos y tortuosos entraron en una pieza cuadrada, en cuyo centro y rodeada de varios banquillos, habia una mesa sobre la que se destacaban varios jarros y copas de metal.

— Por mi vida que segun el guiño que al entrar me ha hecho el *zorro*, tenemos al toro en la plaza. Ojo alerta y al avío, exclamó el tabernero, que al ir á continuar se vió impensadamente sorprendido por la mano de Sancho que le hizo señas de que callara.

— Qué diablos significa esto! le dijo Mosquito.

— Ya lo sabreis..... ahora necesito oir lo que hablan esos hombres; asi que, daos prisa á llevarme á un paraje seguro y á propósito, le contestó Sancho.

— Pero olvidais!.... ¿Y cómo os habeis colado?

— Con mas facilidad que el agua por tus embudos. Han dejado abierta la puerta y como una sombra me he deslizado: verdad

es, que sino la hubiese echado abajo; y por lo menos hubiera impedido su conversacion. Esto me place mas por que asi sabré á que atenerme. Con que adelante, señor curioso, y Sancho empujó al tabernero que no tuvo otro remedio que conducirle á un cuarto, apartado del que ocupaban los anteriores por un lijerísimo tabique que permitia oír cuanto hablaban.

— ¡Ahora silencio! añadió el mismo, y básteos saber que de mi averiguacion pende tal vez el que os corten la cabeza: y el que salgamos con bien de nuestra intentona de coronar al de Trastamara.

— ¡Santa Leocadia me asista! exclamó estupefacto el *Mosquito*, y se encaminó al mostrador, abismado en un laberinto de dudas y temores.

Media hora despues salió de puntillas Sancho, y poniéndose un dedo en la boca dijo al asombrado tabernero.

— ¡Silencio con esa jente!... Ellos hacen su negocio y nosotros haremos el nuestro. Hasta mañana, señor tabernero y cuidado con la lengua.

— Hasta mañana, le contestó *Mosquito*, y salió á despedir á su huesped hasta la puerta.

— ¡Qué me ahorquen si comprendo una palabra! exclamó, dirijiéndose despues de

haber echado la llave, hácia la pieza donde estaban los otros bebedores, que á la sazón resonaba con el agradable ruido de los vasos y la picante y escandalosa charla en que estaban engolfados.



XIII.

Cerca de la media noche
cuando la ciudad mas grande
es de un grande cementerio
en silencio paz é imajen.

.....
El crujir de los aceros
sonó por breves instantes
lanzando azules centellas
meteoros de desastres.

A de SAAVEDRA. DUQUE DE RIVAS.

A la mañana siguiente de la noche en que pasaron las variadas escenas que hemos bosquejado á nuestros lectores en el último capítulo, se levantaban los moradores de Toledo al ruido estrepitoso que producian las campanas de todos sus templos volteadas al aire y los agudos sonidos de los clarines y otros instrumentos guerreros de la época, que saludaban la venida del nuevo dia, alegre y deseado por todos, en razon de celebrarse la festividad de san Ildefonso.

Escusado nos parece hacer una minuciosa pintura del aspecto singular que desde muy temprano presentaba la ciudad, y ponderar la animacion que asi dentro de las casas como en las calles y plazuelas se aumentaba á medida que se acercaba la hora de comenzarse la ceremonia relijiosa.

Damas y caballeros, nobles y plebeyos, jóvenes y viejos acicalábanse del mejor modo posible para lucir sus respectivas galas, cual si de su apostura y jentileza, de sus ricos y costosos trajes de sedas y terciopelos, de encajes y de plumas, dependiese enteramente el mayor lucimiento de la festividad del dia.

La antigua catedral, una de las mas magníficas y opulentas del Orbe, fundada en el año 587 por el rey Flavio Recaredo, segun consta de una inscripcion colocada en uno de sus espaciosos claustros, era el templo destinado para las ceremonias; y al efecto desde muy temprano se ocupaban los pertigueros y sacristanes, ayudados de una turba de monaguillos en limpiar y preparar los ornamentos, los vasos sagrados y los altares. Aun antes de que estuviesen encendidas las mil lámparas de plata maciza que derramaban por todo el ámbito del templo una luz vivísima que reflejaba sobre las góticas columnas que sostenian sus cinco na-

ves, acudieron presurosas por cojer buen puesto una infinidad de hombres y mujeres que se fueron acomodando á lo largo de la iglesia.

Las campanas hicieron la señal, y una multitud inmensa desembocó por todas las puertas del templo, que muy en breve se vió lleno á pesar de su gran estension.

Toda la jente allí congregada volvió la cabeza hácia la puerta principal, al percibir un sordo rumor que de aquella parte venia.

Dos pertigueros vestidos con sus largos ropajes de color de grana, y su cetrillo plateado en la mano, iban abriendo calle al través de la jente que, apiñada una encima de otra, obedecia con disgusto sus terminantes é imperiosas órdenes. Detras marchaban algunos clérigos con sus blancas albas rizadas, y cerraban la marcha el preboste y otros oficiales del concejo de la ciudad, presididos por el noble alcaide de Toledo, quien escitó en la concurrencia un sentimiento de reconcentrada indignacion por el aire altivo é insolente con que marchaba.

Tan luego como este ocupó el magnífico sillón de terciopelo que á la derecha del altar mayor le estaba destinado, y á continuacion del que, en asientos mas sencillos y mas bajos, se colocaron los demas persona-

jes que formaban su comitiva, empezó la ceremonia religiosa.

Los cánticos sagrados, el incienso que subía hasta el trono del santo Arzobispo, en cuya cabeza brillaba la magnífica corona labrada por Nuño, las mil luces que deslumbraban con sus vacilantes resplandores, y el leve murmullo producido por las oraciones de los fieles, ofrecían un cuadro tan imponente como majestuoso, y henchían el alma de ese arrobamiento religioso que embargando nuestros sentidos, nos aparta de la tierra para llevarnos á la contemplación de la divinidad.

Tanta había sido la concurrencia que acudiera al rumor de una fiesta tan memorable, que apenas habían podido penetrar dentro de la *iglesia primada* una mitad. Así es, que los claustros, las puertas y las calles contiguas á la catedral presentaban también un punto de vista magnífico aunque más profano. Por todas partes se advertía una muchedumbre inmensa, y la alegría, el bullicio y la animación estaban retratados en todos los semblantes.

Terminada la función solemne de la mañana, llenóse el hueco que quedaba hasta la tarde en toda clase de diversiones y placeres, y en colgar vistosamente las casas por donde debía pasar la procesión vistosí-

sima y lucida. Las sedas de todos colores, los tapices mas peregrinos, y los floreados damascos engalanaban todas las fachadas y realizaban mas la hermosura y jentileza de las damas que llenaban las ventanas. Un pueblo inmenso discurria por la carrera, y en confuso tropel iban confundidos nobles y pecheros, caballeros y escuderos al lado de la jente pobre y baladí que por esta vez rozaba sus harapos con los terciopelos de las castellanas y ricos-hombres.

Anunciada por las campanas la salida de la procesion, ajitóse toda esta multitud, cual las embravecidas oleadas de un mar borrascoso, y los baivenes y choques producidos al querer seguir cada cual un movimiento encontrado, produjeron un momento tal de confusion é incertidumbre que pudo producir infinitas desgracias.

Trabajosamente y á pesar de los archeros que iban abriendo calle, caminaba la magnifica procesion compuesta de lo mas florido de la nobleza, y del clero presidido por su arzobispo. Doce sacerdotes llevaban á san Ildefonso, cuyas andas iban cubiertas de flores arrojadas por las bellas que se arrodillaban al pasar la santa imájen; y despues y con el mismo acompañamiento que por la mañana, caminaba el noble don Illan, en pos del cual, seguía una compa-

ña de archeros. Pero en aquella ocasion notábase en la fisonomía del alcaide cierta espresion de inquietud: sus ojos vagaban de un lado á otro con una mirada escudriñadora, y á cada paso hablaba con el paje que le seguia detrás. Parecia que estaba ya fatigado de la función ó que algun asunto importante absorvia tan poderosamente su atencion, que no le dejaba gozar del vistoso espectáculo que ofrecian las calles de la carrera.

Asi es, que cuando la procesion volvió á pisar la catedral, entrando por la puerta del *Niño*, disipóse en parte su sombrío aspecto y dijo á Jimeno algunas palabras al oido.

— Está bien, contestó el paje, y atravesando por entre la multitud se fue á reunir con tres hombres que, guarecidos en lo mas oscuro de una capilla, le aguardaban sin duda, pues al darle la mano, le dijo uno de ellos:

— Vive Dios que no parece sino que esto no tiene fin!

— ¿La habeis visto? preguntó el paje.

— Ha entrado con la maldita dueña mientras la procesion ha estado fuera.

— ¿Y no habeis perdido su pista!

— ¡Donosa advertencia por quien soy!

Y el *zorro viejo* señaló al paje dos mujeres

cubiertas con mantos negros que oraban fervorosamente en uno de los rincones de la capilla, en que habia una imájen de la *Virgen*, llamada de los aflijidos.

Al terminarse la funcion, desapareció de la iglesia don Illan con tanta celeridad, que escitó la admiracion y el disgusto de muchos, y se aumentó el jentío avocado en todas las puertas y avenidas de la catedral con la multitud de personas que por todas ellas salia.

A la sazón quebrábanse los postreros rayos del sol en las primorosas labores y follajes que adornan la fachada principal, y sus innumerables y bien labradas figuras se destacaban como otras tantas sombras, según el claro oscuro de sus oscilantes llamaradas.

En medio de la confusion producida por la aglomeracion de tanta jente, revolvíase Sancho de aqui para allá, hablando misteriosamente con varios embozados que en estrechos y apiñados corrillos trataban sin duda algun asunto importante á juzgar por su animacion y movimientos; pero despues se le vió dirigirse hácia la capilla donde oraban las dos mujeres y acurrucarse en un ángulo oscuro. Allí se le acercó un personaje, con quien trabó una seguida conversacion, aunque en voz tan baja que no podian ser oidas las palabras que mútuamente se dirijian. Se-

paráronse despues, y Sancho quedó en su sitio hasta que la confusion poco á poco se fué disipando, quedando tan solo algunos fieles que iban saliendo de la catedral y se encaminaban por las calles circunvecinas

Desocupada casi del todo la iglesia, habian cerrado los pertigueros todas sus puertas menos la principal. A entrambos lados de ella en la plaza y á alguna distancia, divisábanse como dos bultos negros, que á no ser por sus lijeros movimientos hubieranse tomado por dos estátuas en medio de la oscuridad de la noche: y mas lejos, otros cuatro ó seis embozados.

Hacia ya un buen rato que nadie salia de la iglesia, cuando se oyó el eco de pisadas, y á poco aparecieron en la puerta las dos mujeres cubiertas con sus largos mantos. Atravesaron el cancel, y al pasar como unos veinte pasos de la escalinata y con la celeridad del rayo cayeron sobre ellas los dos hombres. Sancho salia entonces del pórtico de la iglesia, cuyas puertas rechinaron al cerrarse.

— ¡Esta es! oyó decir, y llegó á sus oídos el ruido de espadas, y las mujeres fueron arrebatadas tan impensadamente que no tuvo tiempo mas que para dar un grito. Todos desaparecieron en una callejuela inmediata.

Inquieto ya Nuño por la tardanza de su hija y de Inés, preparábase á ir á la catedral en su busca, en el mismo punto en que entraba Sancho conduciendo á la pobre dueña, cubierta de sangre.

— ¿Y mi hija? preguntó el platero vivamente conmovido.

— Haced que curen á esa pobre mujer, y concededme un momento vuestra atencion, señor Nuño, le dijo Sancho.

— Pero, mi hija..... ¡mi hija! exclamaba el platero profundamente aflijido. ¿Dónde está mi hija?

— Calmaos, señor artista..... vuestra hija se hallará en vuestros brazos muy pronto..... pero antes es preciso.....

— ¡Antes de todo mi hija! esplicadme este misterio.....

— Solo puedo deciros que al pasar por delante de la catedral, oi quejidos y divisando en la oscuridad un bulto que se arrastraba por el suelo, acudí y me encontré con esa infeliz mujer herida de una puñalada. El trastorno que debió causarla el golpe que habia recibido no le permitió otra cosa que hacerme una señal con la mano: miré hácia el sitio que me indicaba y divisé varios hombres que apresuradamente traspusieron una callejuela.

— ¡Han robado á Elvira! exclamó dolo-

rosamente Nuño, y Sancho tuvo que sostener al aflijido padre que se bamboleaba sobre sus débiles rodillas.

— ¡Dios mio! ¡volvedme á mi hija! repetia sin cesar, mientras que acercando Sancho un sitio pudo acomodarle en él.

— Vuestra hija ha sido robada efectivamente, continuó Sancho..... pero, el rayo de la indignacion divina amaga de cerca la cabeza del infame raptor..... Muy pronto va á sonar la hora del esterminio..... y entonces, podreis recobrar la hija de vuestras entrañas.....

— Sí, ¡sí!... interrumpióle Nuño.... Herido en lo mas sensible de mi alma, deseo...

— Vengaros, ¿no es verdad?... añadió Sancho..... Pues bien, yo mismo voy á proponeros los medios..... aceptadlos y.....

— ¡Hablad! ¡hablad!

Acercóse á su oido Sancho y la indignacion sombreó las facciones del platero.

— ¿Y que me importa á mí esa contienda entre don Pedro y el *bastardo*?....

— Del triunfo de don Enrique pende la salvacion de Elvira..... Don Illan....

— ¡Maldicion! exclamó el anciano al oir pronunciar este nombre. ¡Ese es el raptor de mi hija!

— Sí, él es, contestóle Sancho. Ahora dudais.....

— No..... mi honor mancillado, la pureza de mi hija hollada por ese mal caballero darán fuerza á mis cansados brazos..... pero, pronto.. .. salvémosla de las garras del tigre.....

— Aun no es tiempo, Nuño, díjole Sancho apretándole fuertemente la mano..... Cuando las tinieblas de la noche acaben de envolver á la ciudad, entonces. Contais con doscientos operarios que os idolatran.....

— Es cierto.

— Que derramarán su sangre por la hija de su bienhechor....

— ¡Ah! sí:

— Toledo hace justicia á vuestras prendas, y á las virtudes de Elvira, y por vuestro honor y por su inocencia se levantarán mil aceros.

— Estoy cierto, Sancho, que nos vengarán.

— Pues bien, utilizad esas espadas en favor de don Enrique y el triunfo será completo!

— Como gustéis; pero la venganza.....

— Creo que os baste la cabeza de don Illan.

— Sí, pues os la prometo. Adios.

— Adios.

Sancho habia previsto el buen resultado de sus planes. Consintió en no evitar el

rapto de Elvira por ganarse un partidario tan poderoso: aunque á decir verdad, en el momento en que vió que se apoderaban de ella, estuvo tentado á arrancársela á los raptos, pero vió acudir los cuatro embozados en su auxilio, y por no malograr sus intentos, desapareció, llevando en sus brazos á la mal parada dueña. Ahora salió por la ciudad, recorrió los figones y tabernas, refirió la funesta desgracia de Nuño, y cuando hizo correr tan alarmante noticia, se fué á disponer sus amigos.

Poco tiempo despues de la salida de Sancho, iban llegando á casa de Nuño los artesanos que trabajaban en sus talleres, vivamente conmovidos por la desgracia de su maestro, que cundiendo de boca en boca, fué conocida muy pronto de casi toda la ciudad, que miró con profunda indignacion tan horrible atentado, y se mostraba dispuesta á vengarle, cundiendo por toda ella el proyecto de una grande asonada contra el alcaide.

XIV.

Esto es morir: mi corazón, mi frente,
la fiebre quema y el dolor devora.

G. GARCÍA Y TASSARA.

Ves, Blanca, como fulgura
en ese estrecho horizonte
una llamarada oscura?
Esa es la señal segura
que dan los hijos del monte.

DUQUE DE RIVAS.

Despojado el noble alcaide de Toledo del rico y elegante traje que vistiera por el día, paseábase pensativo todo lo largo de su habitación, débilmente iluminada por una lámpara, cuyas oscilantes llamaradas se reflejaban siniestramente en su contrahida fisonomía. El ruido mas pequeño bastaba para interrumpir sus pasos, y le obligaba á dirigir sus ojos hácia la puerta, cual si algun negocio interesante tuviese en acerva expectativa su alma. Cada vez que engañado en sus esperanzas, volvía á comenzar su paseo, se

oscurecia aun mas la opaca nube que sombreaba su cara, y algun suspiro de despecho escapado de su corazon, ponía mas en evidencia la horrible agitacion de sus desordenadas pasiones.

La puerta resonó por fin al abrirse pausadamente y dió entrada al astuto paje, que adelantándose hácia don Illan, le dijo á media voz:

— La alondra inesperta cayó en el lazo del astuto cazador.

— ¡Ah! exclamó el caballero, pudiendo apenas reprimir los violentos impulsos de su feroz alegría. ¡Ya es mia!

— El negocio ha salido á pedir de boca, añadió Jimeno. Al sentir la hermosa jóven la mano de hierro del *zorro viejo*, dió un grito, y el nombre de su padre espiró en sus trémulos lábios que se cerraron á una amenaza del bandido. El miedo sin duda debió imponerla tanto, que cayó sin sentido en sus brazos.

La bruja de la dueña quiso gritar tambien; pero á tan buena sazon y con tal tino descargó sobre ella un tapa-boca uno de nuestros camaradas, que cayó redonda en el suelo, y á estas horas habrá dado cuenta á Dios de sus culpas y pecados. Dueños ya de la niña, llegamos al Alcázar y luego que despedí y pagué á esos hombres, acabé

de ejecutar vuestros mandatos. Afortunadamente seguía sin conocimiento y abriendo su pequeña boca, la hice tragar una buena dosis de la bebida del judío, todo según vuestras ordenes..... Ahora....

— Corre de mi cuenta lo demás, le interrumpió don Illan, y sus miradas revelaban todo el fuego que abrasaba su alma.

Algunos minutos después, entraba éste en una habitación, voluptuosamente alhajada, y en la que yacía aletargada sobre un lecho la bella Elvira, pues esta era la víctima destinada á satisfacer la impura llama de don Illan.

Aunque duro y empedernido su corazón, no pudo mirar sin cierto remordimiento á la desgraciada joven; y á su pesar y como impulsado por un movimiento secreto que no le fué dado vencer, permaneció durante algún tiempo inmóvil ante aquel cuerpo tan hermoso, insensible por el parasismo que le dominaba y que muy pronto debía ser ajado por su brutal pasión. Su fisonomía se contrajo lijeraente por un asomo de dolor, y acaso tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse al sentimiento de compasión que comenzó á desarrollarse en el fondo de su alma, como un tributo involuntario pagado á la virtud. Pero avergonzado él mismo de los escrúpulos que le detenían, se lanzó rá-

pidamente hácia el lecho, y ya fuese porque comenzase á pasar el parasismo que tenia aletargada á Elvira, ya fuese que el ardiente contacto de la mano de don Illan puesta sobre las suyas, la volviese la vida, la hija del platero se estremeció desde los pies á la cabeza, y haciendo un penoso esfuerzo para levantarse, exclamó con voz desfallecida. « ¡Padre mio! »

— ¡Siempre su padre! Dijo con despecho don Illan, clavando sus lascivas miradas en el semblante de Elvira que iba cobrando cierto colorido.

Estas palabras debieron llegar hasta el alma de Elvira, pues abriendo los ojos y mirando á su alrededor, exclamó con voz espantada:

— ¡Dios mio! ¿donde estoy?

— ¡No os sobresalteis, Elvira! dióse prisa á contestarla el caballero, afectando una dulzura extraordinaria.

— ¡Esa voz!.... volvió á exclamar la jóven incorporándose trabajosamente en la cama.

— Es la de una persona que os ama con delirio, que no vive sino para vos y que espera á vuestros pies.....

— ¡Y sois vos!.... ¡Que horror!.... exclamó Elvira levantándose del lecho y dirigiendo sus ojos á todas partes, cual si bus-

cára una salida para huir de su perseguidor. ¡Sois un monstruo!... añadió, y la pobre niña echó á llorar.

— Oidme, Elvira, prosiguió el alcaide... y si mis palabras no bastasen.....

— ¡Vuestras palabras! Las palabras de un vil raptor.... de un infame caballero!.. .

— No trato de escusar á vuestros ojos la accion que vuestra misma crueldad me ha inspirado. Acusad á vuestros rigores con quien daria su vida entera por merecer una sola mirada de esos ojos, y oir una palabra de amor de vuestros labios.

Y don Illan pronunció estas razones amorosas con toda la ardiente efusion de la volcánica pasion en que se abrasaba.

— Vuestra boca profana el amor:— el amor es puro, sublime, santo, y vuestra alma corrompida, vuestro corazon estragado solo buscan el deleite y el placer. Huid, huid de mí, don Illan, exclamó Elvira, y respetad el honor de una jóven que ni puede ni debe acceder á vuestros deseos. Por cuanto hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra, volvedme á mi padre, señor, á mi aflijido padre que morirá de sentimiento por mi ausencia!

La idea de la profunda desesperacion de Nuño afectó tanto su filial amor, que olvidando un momento de lo que era capaz el

corrompido caballero, se arrojó á sus pies, y llorando, invocando las prendas que mas queridas podian ser á su corazon, imploraba su libertad.

— Oféndesme, Elvira, con tus quejas, la contestó don Illan levantándola cariñosamente del suelo. Si esa divina hermosura que contemplan estasiados mis ojos, es el imán que atrae todos mis sentidos, si en pago de esta pasion que me consume, solo aspiro á rendir á tu voluntad mi alvedrio, qué habrá en el mundo que yo no haga por tí? Una palabra tuya, y en este mismo momento eres dueña de ir á abrazar á tu padre.....

— Mandad.... le interrumpió Elvira con ansiedad.

— Ofreceme tu cariño, déjame que imprima mis ardientes labios en ese carmin... exclamó don Illan acercándose á la jóven que retrocedió asustada, y en mí hallarás un esclavo....

— Basta señor!.... sois tan jeneroso que me concedeis la libertad arrancandome antes la estimacion!..... A tanta costa..... la desprecio!..... La vergüenza me alejaría de mi padre..... jamás me atreveria á emponzoñar los últimos dias de su existencia.....

— Tranquilizaos, Elvira: nuestra correspondencia puede y deber ser un secreto entre los dos.....

— Jamás, don Illan.... mientras el señor me dé fortaleza..... y virtud, os detesto.

— Os he hablado como un amante rendido, dijo el caballero, cuya fisonomía se iba sombreando por el despecho: he puesto á vuestros pies mi voluntad, me he declarado vuestro esclavo, y á tanta abnegacion, á tanto rendimiento habeisme contestado con desvios.... pues bien.... ahora os hablaré cual cumple á don Illan, y de grado ó por fuerza conquistaré ese afecto que tan imprudente como orgullosa me negais.

— Deteneos!.... exclamó Elvira á la vista de don Illan, que arrojando fuego por sus lúbricas miradas, se adelantó resueltamente hácia ella.

— Has podido ser mi señora, añadió este con voz terrible, y me has despreciado..... enhorabuena..... admito tu loco desafío.... serás mi esclava.... y mi esclava envilecida.

— ¡Primero la muerte! contestó Elvira, que iluminada por un pensamiento salvador, se abalanzó á la ventana.

— ¿Qué haces, infeliz? la gritó don Illan sorprendido de su heroica resolucion.

— ¡Morir! Si dais un solo paso.... tendreis la bárbara satisfaccion de ver rodar mi cuerpo.

— ¡Eso es horrible! exclamó el caballero petrificado.....

—Pero es mucho mas horrible sufrir vuestros ultrajes!....le dijo Elvira con desprecio.

— Insultadme, Elvira!....conoceis toda la fuerza de mi pasion y abusais de ella..... añadió don Illan que, juzgando inutil para su objeto continuar amedrentando á aquella jóven tímida y pudorosa, procuró ocultar bajo las formas de un amante desgraciado que lamenta los rigores de una ingrata, toda la hiel y el despecho que atesoraba su alma despreciada.

— Cerrad esa ventana.... ya veis que no me he movido..... añadió don Illan.

— Pero juradme por vuestra vida que no atentareis contra mí, y que antes por el contrario.....

— Sí te lo juro, se apresuró á responderla el alcaide.

Apenas acababa Elvira de entornar la vidriera, para justificar á aquel hombre terrible cierta confianza en su palabra, cuando la infeliz tuvo que apoyarse en un sitio. Un vago malestar, una pesadez horrible en la cabeza, un deslumbramiento espantoso en la vista y una contraccion nerviosa fueron los primeros síntomas que pudo notar la jóven, y sin tener tiempo para pensar en el extraño accidente que la ocurría, cayó en los brazos de don Illan, que dando una sátnica carcajada exclamó:

— A fé mia que vale un imperio el bre-
vaje del judío!

En el momento mismo en que, cebando sus disolutas miradas en la belleza de la jóven, iba á apurar la copa del deleite, abrióse rápidamente la puertecilla secreta y se presentó Jimeno, cuyo rostro manifestaba claramente el desórden de sus ideas y el terror que le dominaba.

Lanzóle don Illan una mirada furiosa; pero sin cuidarse el paje de su cólera, le dijo con una voz conmovida:

— Señor!.... somos perdidos si no dais frente á los sublevados.

Retírate, te lo mando: y el alcaide soltó la jóven que tenia en sus brazos.

— ¡Salvaos! ¡salvaos!....murmuró el paje con ira.

La sorpresa ahogó en el corazon de don Illan su primer movimiento de cólera, y preguntó al azorado paje.

— ¡Por Santiago que no comprendo!

Dirijiose Jimeno á la ventana, y haciendo señas á su señor para que se acercara, le dijo, señalándole un punto con la mano.

— ¿Veis esa hoguera?.... no bien iluminó la altura que domina esos cigarrales su primera llamarada, cuando ha estallado en la ciudad una espantosa sedicion.....

— ¿Y quiénes son los miserables? preguntóle colérico el alcaide.

En aquel momento llegó á sus oídos una confusa gritería del pueblo.

— ¡Piden mi cabeza!.... ¡proclaman al bastardo!.... exclamó don Illan enfurecido... ¡Pronto!... ¡mis armas!... ¡mis soldados!... y verás cual se deshace esa canalla á los golpes de nuestros aceros, añadió; y sin cuidarse de la pobre jóven, salió de la habitacion seguido del paje que, temblando de pies á cabeza, decia para sí.

— Si de esta escapo..... ¡vive Dios, que no me meteré yo en otra! No se ha librado de mal lance esa pobre hermosura..... ¡Vamos, no hay mal que por bien no venga!

XV

¡Ay cuántos aquel día fenecieron
que en la rosada aurora de su vida
del mundo los engaños no supieron!
Cuánta infeliz matrona desvalida
perdió los brazos que su apoyo fueron.
¡Cuánta dulce esperanza derruida!

.....
.....

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Luego que Sancho dejó á la moribunda dueña en casa del platero é inflamó la indignacion de éste hasta el punto de comprometerle á tomar las armas contra don Illan, en union con sus numerosos trabajadores á trueque de libertar á su hija, se encaminó con presteza á verse con don Tello.

Armado el anciano caballero con su traje de batalla, ceñida la luciente espada á su cintura y calado el capacete, esperaba con la fogosidad propia de un jóven el instante decisivo para lanzarse en la contien-

da, que debia ser de un momento á otro segun los últimos avisos. No parecia sino que la proximidad del peligro le habia rejuvenecido: andaba desembarazadamente á lo largo de su habitación sin sentir el peso de su armadura de hierro, y sus ojos jiraban rápidamente animados por una espresion indefinible de entusiasmo. Parecido á esos soberbios caballos de batalla que se encabritan fogosos al escuchar el clarin, don Tello ansiaba el momento de la lucha, y en su impaciencia saboreaba de antemano la gloria del triunfo. Quizás en la exaltacion presente de su imaginacion recordaba las brillantes azañas de su juventud, los gloriosos hechos de armas que le adquirieron un nombre temido de los enemigos de la fé; y como los chispazos que suelen saltar de un fuego medio apagado, brotaban de su aguerrido pecho impulsos jenerosos de valor y bizarría. Además el valiente y honrado anciano tenia una afrenta que vengar, una afrenta que empañaba su fama, y aunque injusta, hervia de indignacion su hidalga sangre ganosa de volver por el lustre de su honra mancillada por don Pedro.

— ¡Dios os guarde, señor don Tello! exclamó Sancho, adelantándose hácia él.

— Y á vos, le contestó el anciano.

— La fortuna favorece nuestra causa, y

mientras el descuidado don Illan saborea la copa del deleite, peharemos nosotros para que al volver de su delicioso sueño, se encuentre con las puntas de nuestras espadas, añadió Sancho, diciéndole algunas palabras al oido.

— Con que esta noche....

— Ahora mismo.

— Acabo de hablar con un mensajero de don Enrique que se ha adelantado algunas leguas para prevenirnos su llegada. Poco hemos de poder ó antes que acabe la noche, será proclamado el conde.

— ¡Dios os oiga, buen Sancho! exclamó el anciano caballero, y fijó en el cielo sus animados ojos.

Aqui llegaban ambos de su diálogo, cuando fueron entrando algunos caballeros, partidarios del de Trastamara, y pertenecientes á las mas nobles familias de Toledo. Armados todos ellos y decididos á pelear como valientes, fueron apretando sucesivamente la mano de don Tello; que al ver su aire marcial no pudo reprimir un sentimiento doloroso, pues la presencia de los mas jóvenes trajo á su memoria el recuerdo de su malogrado hijo.

Aprovechando Sancho la venida de estos caballeros, volvió á salir de la casa de don Tello, y despues de haberse puesto en co-

municacion con algunos centenares de hombres del pueblo que, reunidos en la taberna del *Mosquito*, esperaban tambien impacientes la hora de dar la alarma, recorrió otros varios puntos, hasta que al distinguir un rojizo resplandor, echó á correr como un desesperado y entró diciendo á los hombres de guerra capitaneados por don Tello.

— Ha sonado la hora del esterminio, ¡á las armas!

Efectivamente, en una de las puntas mas elevadas de los montes que dominan la ciudad ardia una estensa hoguera, cuyas rojas llamaradas violentamente ajitadas por el aire, ofrecian un punto de vista sorprendente.

— ¡A las armas! exclamó don Tello.

Y seguido de sus esforzados compañeros se lanzaron á las calles de Toledo, que muy pronto trocaron su profundo silencio por el ruido estrepitoso de una lucha sangrienta.

— ¡Castilla por don Enrique! Abajo el tirano de Castilla! gritaban los conjurados, y la poblacion entera consternada con un golpe tan impensado, se convirtió en un campo de batalla.

Al mismo tiempo y auxiliados por Sancho á la cabeza de algunos hombres, forzaron el puente de *Alcántara* don Enrique y Rui-Perez, seguidos de unos cuantos centenares de lanzas y flecheros, mientras que *Gavi-*

lán y los suyos lograban penetrar tambien por la puerta del *Cambron*.

Sorprendidos los parciales de don Pedro, ni aun tiempo tuvieron para aprestarse á la defensa; asi es, que acorralados por los amotinados que cobraron mayor ánimo al saber el refuerzo que les venia, fueron sucumbiendo unos en pos de otros en medio de desesperados esfuerzos; y los pocos soldados que pudieron librarse, fueron á guarecerse al Alcázar.

Reducidos en fin á este recinto, hacian desde sus muros y torreones una obstinada resistencia contra los no menos esforzados ataques de los soldados de don Enrique. Colocado á su cabeza el intrépido Rui-Perez, volaba de un punto á otro animándolos é inflamando su ardor bélico. Cruzaban el aire miles de venablos, y la gritería y la confusion propia de tan encarnizada lucha, los ayes y jémidos de los moribundos, los gritos de guerra repetidos por los esforzados capitanes, inflamaban mas y mas la rabia y el arrojo de unos y otros.

Si la presteza de los sitiados en acudir á cubrir los puestos mas amenazados era tan rápida como acertada, no era menos pronta la velocidad con que los sitiadores aprovechaban la menor ventaja para estrechar á sus contrarios.

— ¡Santiago y á ellos! exclamaba á los suyos con una voz de trueno don Illan, que cubierto de hierro, y con su espada en la mano, corria de un sitio á otro, alentando á sus parciales, y participando de todos los peligros del ataque.

Su talla gigantesca, las negras plumas que ondeaban sobre su bruñido casco, la fiereza de sus miradas, y la rapidez con que tan pronto aparecia en un lado como salia de entre montones de cadáveres para atajar con sus desesperados esfuerzos las ventajas parciales de sus enemigos, hubieran podido hacerle pasar por el jénio de la destruccion cebándose en la horrible carnicería que le rodeaba.

Diezmados los defensores del Alcázar y rendidos de cansancio y fatiga los restantes, era inminente el peligro del noble caballero, y prorumpiendo en una horrible blasfemia, se lanzó como una furia en lo mas recio de la pelea.

Al mismo tiempo engruesadas las fuerzas de los sitiadores con una gran parte de la poblacion de Toledo, que ya fuese por ódio á don Pedro, y á su cruel alcaide, y aficion al de Trastamara, ó porque viendo mal parada la causa del primero, se prosternasen ante el astro que empezaba á levantarse, arremetieron con un ímpetu vio-

lento, y á los golpes de las hachas de hierro cayó por el suelo la puerta principal.

— ¡Castilla por don Enrique! exclamó Rui-Perez adelantándose el primero.

Y un ruido sordo é imponente como el que produce un torrente al vencer un obstáculo que estorbaba su curso, dió á conocer á los del Alcázar la entrada en el patio principal de los parciales de don Enrique.

— ¡Cobardes! gritaba furioso el alcaide. ¿Os dejareis degollar como corderos por esa canalla insolente?

Y dando el ejemplo, se lanzó al patio, que fue teatro de una lucha encarnizada.

Al divisarle Rui-Perez, abrióse paso con su espada y ambos se encontraron. Al reconocerle don Illan, no pudo reprimir un movimiento de rabia y despecho, y cruzaron sus aceros animados igualmente de ira y aborrecimiento.

— Villano, ahora conocerás el temple de mi espada! exclamó el alcaide cuyos ojos chispeantes arrojaban fuego.

— Vive Dios que os he de arrancar esa vil lengua, mal caballero, contestóle Rui-Perez con desprecio, parando los primeros golpes que aquel le dirigió.

Igualmente diestros en el manejo de las armas, aborreciéndose mutuamente uno á otro, y ansiosos de terminar sus querellas

con un combate á muerte, sacudíanse fieros y repetidos golpes, y las estocadas y tajos resonaban en sus bien templadas armaduras.

Después de inútiles esfuerzos por ambas partes, la espada del mancebo amenazaba pasar el corazón del altivo alcaide en el momento mismo que se presentó una mujer con los cabellos sueltos, descompuesto el traje y vertiendo abundantes lágrimas.

— Deteneos!.... deteneos!.... exclamó al ver á don Illan amenazado tan de cerca.

Doña Blanca, pues no era otra esta mujer, se adelantó despreciando el peligro que corría é interponiéndose entre ambos combatientes, evitó el golpe mortal que asataba Rui-Perez contra su marido, que viéndose perdido, logró escabullirse entre la confusión del combate.

— Piedad! piedad! gritaba en tanto la infeliz mujer, arrodillada á los pies del jóven, cuyo corazón no pudo resistir el sublime ascendiente de su acerbo dolor.

— Piedad!.... ¿Y la ha tenido él de un pobre viejo al robarle su hija? exclamó Nuño, que mezclado hasta entonces entre la multitud, habíase adelantado al divisar la lucha entre el mancebo y el raptor de Elvira, después de haber capitaneado sus obreros con el mayor arrojo, siendo ellos los que primero consiguieron la entrada en el patio.

— ¿Vuestra hija ha sido robada? preguntó Rui-Perez aterrado.

— Esta noche.... Y ahora necesito la venganza, la quiero..... la sangre de don Illan.

Y al oír tan infausta nueva, se lanzó Rui-Perez hacia la entrada interior del Alcázar defendida debilmente ya por unos cuantos archeros.

— Miserables! exclamó colocándose otra vez á la cabeza de sus parciales, rendid las armas y se os perdonará la vida.

Indecisos un momento sobre el partido que debian tomar, aprovechó el mancebo de su situacion para abrirse paso con su espada y penetrar en la escalera.

Al final de ella y resguardado de una columna divisó un paje que al verle quiso huir.

— Buena alhaja, no te menees si no quieres que te clave contra la pared! exclamó Sancho que habiendo penetrado tambien con otros muchos soldados, le apuntaba con su arco.

— Misericordia!.... Misericordia!.... balbuceó entre dientes el acobardado paje, y cayó de rodillas.

— ¡Ahi teneis un famoso cazador de muchachas! dijo Sancho á Rui-Perez, cuyas alteradas facciones indicaban el mortal desasosiego de su alma.

— Señor!... tartamudeó el paje sin encontrar excusa ninguna que dar.

— Ahora condúcenos á la jaula, que luego te harémos colgar de la almena mas alta de esos torreones.

Y diciendo esto, cojieron fuertemente del brazo á Jimeno y todos tres se internaron en las galerías del Alcázar.



XVI.

De la guerra los horrores,
por todas partes se sienten:
y no hay quienes no lamenten
sus incendios y recores.

JUAN DE DENIA.

Apoderado don Enrique de Toledo, muertos ó prisioneros los parciales de don Pedro, y escabullido en medio de la confusion el soberbio don Illan, cuyo Alcázar servia ya de morada al conde de Trastamara, victoreado y aplaudido por un pueblo inmenso que llenaba los patios, las escaleras y galerías del Alcázar, ansioso de contemplar mas de cerca al nuevo rey que espontáneamente levantaban por tal, arrancando al legítimo soberano la diadema real, conduciremos á nuestros lectores á otro cuadro, horrible en verdad, pero que siempre suele acompañar á las revueltas de los pueblos.

Conseguido ya el principal objeto de la

jornada de aquella noche y cuando parecia que iba á volver á renacer la calma, una nueva catástrofe vino á poner en tortura el ánimo de los moradores mas pacíficos de Toledo que, sin tomar cartas por unos ni por otros, habian atisbado desde sus casas el resultado del combate.

Despues de haber peleado como fieras los salteadores capitaneados por *Gavilán*, pasó por su mente cual una idea infernal, un pensamiento atroz. Reunidos todos al rededor de su jefe, tan luego como se rindió el último soldado de don Illan, brillaron sus ojos como ascuas al escuchar á aquel que les dijo:

— Hemos derramado nuestra sangre esta noche, y aunque tambien hemos recibido nuestra recompensa, vi ve Dios que nos queda el gato por desollar. El conde ha atrapado una corona, sus adictos cojerán su privanza y sus favores, y nosotros.....

Despues de un momento de meditacion, añadió:

— Y nosotros engordaremos nuestros bolsillos, porque suceda lo que sucediere..... el dinero, siempre es dinero..... y todavia ruje el leon!.....

— Y sus garras son terribles! añadió uno de los bandidos.

— Asi es la verdad amigos: pero por el

alma de mi abuela, que estamos perdiendo el tiempo, mientras que esos avaros judíos...

— ¡Al barrio de los judíos! gritaron todos.

— Sí, demos un avance á sus tesoros: así como así, cada cual tiene su modo de celebrar los triunfos, y el que hoy hemos alcanzado, merece ciertamente tan magnífico botín.

Y con la velocidad del rayo se lanzaron los bandidos sobre el barrio de los judíos, envuelto en la oscuridad y el silencio mas profundo.

Medrosos estos con sobrada razon, no bien llegaron á sus oídos las primeras voces del alboroto, á cuyo favor entró el de Trastamara en la ciudad, echaron á temblar como la hoja en el árbol, pues una amarga y tristísima esperiencia les habia enseñado que al fin y al cabo, todas las disensiones terminaban con un saqueo jeneral de sus arcas: tan luego como recobrados de la primera impresion, pudieron reflexionar con alguna calma acerca del peligro que amenazaba sus cabezas, hombres y mujeres, niños y ancianos comenzaron á encerrar en escondites los cofrecillos y las arcas en que custodiaban sus tesoros, creyendo asegurarlos de este modo de la rapacidad de las amotinadas turbas.

Al ruido de sus precipitados pasos, á las lágrimas de las mujeres, á las plegarias de los ancianos israelitas, respondían aunque de lejos los bramidos de la lucha, que á la sazón continuaba entre los combatientes, y cada grito, cada jemido que llegaba hasta ellos, helaba la sangre en sus venas.

Pueden, pues, conocer nuestros lectores cuál sería su estupor al sentir las pisadas y la horrible gritería de los salteadores, que seguidos de una turba inmunda del popula-cho, prorrumpían en atroces blasfemias y amenazas, al paso que forcejeaban por violentar las puertas de sus casas!

Cada una de estas era un valle de lágrimas. Los hombres procuraban reforzar las puertas con muebles y maderos, las mujeres se abrazaban á sus hijos, y los viejos de rodillas pedían misericordia al Dios de Israel.

— ¡Mueran los judíos! gritaban en tanto con furiosa voz los bandidos, y sus gritos de esterminio eran acogidos con entusiasmo por el pueblo, que los miraba con horror y aborrecimiento.

Bien pronto fueron cayendo por tierra las puertas, y una turba frenética, codiciosa de sangre y de dinero, invadió como un torrente desencadenado las moradas de los judíos. En vano se prosternaban estos ante sus temibles perseguidores; sus súplicas, el llanto de las

mujeres, la inocencia de los niños, en vez de desarmar sus brazos, inflamaban mas su codicia.

Desgraciadamente para estos, volviöse en contra suya el remedio que habian adoptado de esconder sus riquezas, pues burladas las esperanzas de los salteadores, acrecentóse su cólera y apelaron al terror para obligar á los israelitas á entregárselas; y haciendo uso de sus armas y de los hachones que llevaban encendidos, hirieron y asesinaron á sus indefensas víctimas, y pusieron fuego á las casas.

Aquella en que vivia el judío Jacob fué asaltada por el mismo *Gavilán*, y una buena porcion de populacho, ávido de arrancarle las cuantiosas sumas de dinero y alhajas preciosas, que era fama poseia.

Arrodillado el infeliz anciano á los pies del jefe de bandidos, cuyos ojos despedian fuego, abrazaba sus rodillas y entre lágrimas y sollozos procuraba infructuosamente ablandar su empedernido corazon.

— Tu dinero es el que necesito, perro viejo! esclamó *Gavilán*, cojiéndole del pescuezo.

— Pedírselo á don Hlan..... repetia el judío con una voz ahogada.... ¡le he entregado mi último escudo!

— A otro perro con ese hueso, marrulle-

rol y el bandido le lanzó una mirada feroz.

— Sí, el dinero, el dinero! exclamó la turba que llenaba la casa, amenazando al judío, cuyo peligro era inminente.

Iba á instar de nuevo Jacob, cuando saliéndolo del grupo una mujer, cuyas facciones desencajadas y espantosos movimientos infundían terror, gritó:

— Ese es el asesino!.... matadle!....

Sorprendidos todos con la repentina aparición de esta mujer, en quien deben reconocer nuestros lectores á la loca, aprovechó el judío tan favorable momento para desasirse del hercúleo brazo de *Gavilán*, que también se volvió hácia ella.

Pero adelantándose la loca, cojióle á su vez, y clavando en su cara las uñas, le repetía con voz aterradora.

— ¿Qué has hecho de mi hijo?.... ¿le has asesinado?

— Misericordia, señor! misericordia! exclamaba el judío, de cuyo rostro brotaba la sangre por cuantas heridas abrieran las manos de la loca.

— Victoria! victoria! exclamó uno de los bandidos, hemos descubierto la ratonera!

Y todos se lanzaron tras de él por una puerta que conducía á un espacioso sótano abovedado.

Aunque fuertemente sujetado Jacob por

la loca, no pudo menos de dirigir una dolorosa mirada hácia la puerta por donde atropelladamente se internaron los bandidos, porque era cabalmente el sitio donde habia colocado sus riquezas.

Perdida ya la esperanza de salvar sus tesoros, defendíase obstinadamente de la loca, que arrojando espuma por su boca, y saltándole de rabia los ojos no cesaba de repetirle:

— ¿Qué has hecho de mi hijo?

— Soltadme, soltadme, bruja endemoniada! gritaba el judío. Yo no conozco á tu hijo.... no sé quien eres.....

— Maldito judío, yo te haré confesar tu infamia, si.... y despues te ahogaré entre mis brazos.....

En aquel momento recordó Jacob el brevaje que le habia mandado hacer don Illan, y contestó azorado.

— Perdonadme!..... perdonadme!..... el alcaide me mandó hacerlo!..... yo ignoraba....

— Asesino!... tu hora ha sonado.... Dios ha permitido que en el mismo dia en que me arrebataste mi hijo, sin escuchar mis súplicas, sin apiadarte de mis lágrimas, pueda vengarse la madre!....

Asombrado Jacob, cuya memoria ne le recordaba haber visto jamás á semejante mu-

jer, perdiase en un mar de dudas y sufría una tortura llena de amargura.

Las pisadas de los bandoleros resonaron al subir la escalera de la cueva, y el apurado judío cobró alguna esperanza, pues saciada la codicia de aquellos, creyó le librarian de la furia que parecía dispuesta á poner fin á su vida.

Asi es, que haciendo un esfuerzo desesperado, logró desasirse de las garras de la loca, y echó á correr al encuentro de los mismos que le habian saqueado, exclamando con voz desfallecida:

— Libradme de esa mujer !.... libradme de esa mujer !....

Pero no bien pisaban *Gavilán* y sus dignos compañeros el último escalon, cuando resonaron agudos y espantosos gritos de « fuego, fuego. »

Efectivamente no satisfecha la venganza del populacho con saquear á sus anchas á los infelices judíos, concibieron el horrible proyecto de quemar el barrio, para que ni aun las piedras de sus casas escapasen á su furor, y en aquel momento, habíase comunicado el incendio por todos los ángulos de aquel edificio. Espantoso era el espectáculo que ofrecia la casa; las llamas se elevaban como formidables columnas rojizas al través de los incendiados techos, y una espesa nie-

bla de humo sofocaba los lamentos, los ayes y la impía algazara, que confundidos entre sí parecían un remedo del infierno.

— Fuera, fuera! gritó *Gavilán* que al punto conoció el peligro en que estaban, y arrempujándose unos á otros, forcejeando por salir, atropellándose mutuamente, lograron salir á la calle antes que el techo y las paredes abrasadas pudiesen desplomarse. «Y á escape, cada cual por donde pueda, porque llegan los arqueros de palacio, » añadió y se puso en fuga.

Así se verificó: los saqueadores desaparecieron: Sancho llegó á la cabeza de los soldados, por órden de don Enrique para impedir los atropellos, y salvar aquellas familias infelices, si aun era tiempo. Al llegar, se arruinó la casa y sepultó entre sus escombros al judío: de entre las ruinas salió como un espectro una mujer, y á su encuentro se adelantó Sancho para salvarla; pero al contemplarla de cerca, al oír su voz, se arrojó del caballo, y cojiéndola en sus brazos exclamó con dolor: *Hermana!..... Eres tú, hermana mia!*

XVII.

Todo júbilo es hoy la gran Toledo:
el popular aplauso y la alegría
unidos al magnífico aparato
las victorias de Alfonso solemnizan.

RAQUEL. D. V. G. HUERTA.

Al día siguiente estaba don Enrique de Trastámara rodeado de una corte lucidísima y brillante, compuesta de caballeros y guerreros, y su fisonomía como sus palabras daban á entender bien á las claras todo el júbilo que inundaba su alma. Aunque sencillamente vestido, destacábase su figura del magnífico grupo que le rodeaba, por la elegancia de sus formas, la nobleza de sus maneras y la llaneza de su trato, que fué una de las dotes mas marcadas de su carácter.

Atraídos y empeñados en su causa los que á la sazón le dirijian plácemes y enhorabuenas, miraban en él no tanto las buenas partes que la historia le reconoce como su modestia, pues á las cumplidas alabanzas que herian sus oídos, contestaba el príncipe encomiando las brillantes azañas de sus capitanes.

Entre tan elegantes y apuestos cortesanos sobresalía por lo venerable de su edad y la justísima fama que tenia su esclarecido nombre, el anciano don Tello, que desembarazado de su traje de batalla, vestia á la sazón uno negro y muy modesto, cual convenia á sus canas y á la horfandad de su cañiño paternal.

Agradecido el de Trastámara á sus buenos servicios, y deseoso de tener por consejero y amigo á tan cumplido caballero, comenzó por pagar su deuda de gratitud, haciéndole merced del cargo de alcaide y gobernador de la ciudad, encomendándole al mismo tiempo su custodia.

— Aunque débiles por demas mis merecimientos, acepto tanta honra para acrecentarlos en vuestro servicio, contestó don Tello hincando en tierra una rodilla y besando la mano del conde que, levantándole del suelo, le estrechó entre sus brazos.

Unánimes fueron las muestras de apro-

bacion por nombramiento tan acertado, y todos felicitaron al nuevo alcaide de Toledo con las muestras mas sinceras de afecto y cortesania, á las que correspondió el venerable anciano con una emocion profunda.

Uno despues de otro, fué premiando el conde á sus mas leales servidores segun las circunstancias particulares de cada uno: y sus gracias y mercedes, jenerosas en demasia, fueron acojidas con vivas estrepitosos.

Aprovechando el de Trastamara la especie de enajenacion de sus cortesanos que, hablando entre sí, saboreaban el fruto de su noble ambicion y de sus hidalgos esfuerzos, llevó junto al dintel de una ventana á don Tello y , animándole con su franqueza, comenzó entre ambos el diálogo siguiente:

— Ahora importa no perder el tiempo.

— Asi es la verdad, señor: victoriosas vuestras armas, entusiasmados vuestros parciales, conviene no desperdiciar circunstancias tan propicias.

— Anoche mismo ha salido Sancho con orden de reunir á mis parciales, y á la cabeza de una fuerza imponente, asi por el número como por su decision, pienso marchar en busca del mismo don Pedro.

— Los pueblos cansados ya de tanta revuelta ansian solo la paz y os recibirán como á su libertador.

— Tal es mi pensamiento, don Tello, asegurar la paz de Castilla, envuelta durante el reinado de don Pedro, en todas las calamidades de una guerra civil fomentada por su crueldad y las demasías de sus favoritos y sus damas.

— Y vuestro reinado volverá con tan grandes beneficios á reparar tantos desastres.

— Ayudado de los poderosos, ricos-hombres, rodeado de los mas entendidos y esforzados ciudadanos, y con la proteccion y amparo del cielo, conseguiré ver respetada mi corona dentro y fuera de Castilla.....

— Y dirigidos todos los esfuerzos hácia el bien comun, nuestros aceros solo se esgrimirán en adelante para arrojar totalmente de estos dominios á los infieles que, validos de nuestras luchas intestinas, mancillan todavía con su presencia el suelo castellano.

Al llegar aquí, fué interrumpido su diálogo por las estrepitosas aclamaciones del pueblo de Toledo que, aglomerado bajo de las ventanas del Alcázar real, llenaban el aire con los vivas de su entusiasmo.

Asomáronse á las ventanas los cortesanos y el anciano don Tello obligó á hacer lo mismo á don Enrique, cuya conmocion era extraordinaria.

Al verle aumentóse el vocerío y se notó efervescencia en los ánimos: Y el nombre

del invicto príncipe resonaba por los aires, emitido por cien mil lábios palpitantes de gozo, y que revelaban la alegría del pueblo.

Al través de la muchedumbre alborozada, abríase paso una vistosa cabalgata, que se encaminaba también hacia el Alcázar y que debía acompañar al príncipe: el cual para corresponder al regocijo jeneral, y al lisonjero recibimiento de los habitantes de Toledo, había dispuesto recorrer la ciudad, después de ofrecer en la catedral sus homenajes al rey de reyes que es el que reparte los imperios.

— Como alcaide y gobernador de mi buena ciudad de Toledo, os toca acompañarme, don Tello, le dijo don Enrique é inclinándose el aciano respetuosamente, salió con el nuevo rey y sus cortesanos, cuyos caballos ricamente enjaezados, esperaban ya á sus nobles señores, caracoleando y saltando de fogosa impaciencia en el patio principal del Alcázar.

— Viva don Enrique! viva don Enrique! fueron las voces con que fue acogido el conde al presentarse entre el pueblo, cuyo entusiasmo era indefinible.

Y pocos momentos después púsose en movimiento toda la cabalgata al sonido de los clarines y al eco de las voces de los heraldos que de trecho en trecho esclamaban:

— Castilla por don Enrique! Castilla por don Enrique! Castilla por don Enrique!

Después de una larga caminata, en que fue testigo de las pruebas mas significativas de amor y de entusiasmo de parte de su pueblo, regresó al Alcázar el de Trastámara rodeado siempre de sus cortesanos; y entonces dirigió su vista á todas partes cual si buscase algun objeto que en toda la mañana no se habia presentado á sus ojos.

Conociólo don Tello y se atrevió á preguntarle la causa de la ansiedad que lijera-mente se manifestaba en su semblante.

— Con efecto, respondió don Enrique, buscaba á uno de mis mas leales servidores, cuya ausencia no sé á que atribuir.

Y escapóse de sus labios el nombre de Rui-Perez. Miró el anciano caballero en su derredor y su estrañeza subió de punto por no ver tampoco al esforzado jóven, cuyo valor y arrojo tanto valieran al príncipe en el encarnizado combate de la noche anterior.

— Ignoro absolutamente.... añadió don Tello, que causa pueda....

Adelantóse entonces uno de los caballeros y dirijiéndose á don Enrique, le dijo:

— Es una historia bien triste, señor!....

— Está herido Rui-Perez? preguntó aquel con visibles señales de inquietud

— Otro es el motivo que lo aleja de vuestra presencia.....

— Hablad!.... añadió el conde con interés y desasosiego.

— Solo han llegado á mis oídos ciertos rumores.... se trata del rapto de una jóven.. con quien tenia relaciones amorosas.....

— Dios mio! exclamó don Tello, será posible!.... tal vez la hija del platero Nuño....

— Y ese rapto.... continuó el conde.

— Dicen que fue por mandato de don Illan, y que habiéndolo sabido Rui-Perez en el momento mismo en que penetraba en el Alcázar, logró salvarla aunque moribunda; desde entonces no se ha separado de su lecho, y por eso no os asiste como lo hubiera hecho tan pundonoroso jóven.

— Asi es la verdad, señor!... y por doloroso que os sea saberlo, cumple á mi lealtad deciros que á este infausto suceso es debida en gran parte vuestra victoriosa entrada en Toledo..... Yo ignoraba el nombre y la calidad de la doncella, asi como las relaciones del valiente Rui-Perez con Elvira. ahora comprendo todo ese misterio..... horrible á la verdad!

— Y ese Nuño..... dijo el príncipe.

— Es un artista afamado, que á trueque de salvar á su hija, se puso á la cabeza de sus amigos y artesanos y logró apoderarse de

una de las puertas de este Alcázar por donde penetramos. A él debeis gran parte de nuestra victoria.

— Pobre Nuño!

Demasiado noble el alma de don Enrique, contristóse fuertemente con tan dolorosa nueva, así que resolvió en su interior favorecer por cuantos medios estuviesen en su mano al infeliz padre, y poco afortunado amante de Elvira, víctimas ambos de tan negra perfidia. Procuró pues desembarazarse aunque con cortesía de los caballeros y servidores que le rodeaban, concediendo á los unos encomiendas, y á los otros honores para dejar á todos satisfechos: pues S. A. en esto creía cumplir una deuda de agradecimiento noble, pagando á los que tan cumplidamente le habian servido.

En el momento en que se halló solo, y cubiertas ya las atenciones del estado, creyó igualmente obligacion suya satisfacer los deseos de su corazon, que le hacia ver como un deber de su grandeza, el consolar á los desdichados, tendiéndoles una mano protectora. Sin aparato pues, y seguido únicamente de dos escuderos, se dirigió don Enrique á los talleres del viejo Nuño con ánimo de socorrerle en cuanto fuese posible á su real munificencia.

XVIII.

Mire pues que le convenga,
y en lenguaje liso y claro
hagame cualquier reparo
si alguno que hacerme tiene:
que sino, la enhorabuena
hoy Andujar os dará
y mi padrino será
don Enrique el de Villena.

MÁCIAS. D., MARIANO DE LARRA.

Mientras que alborózada la ciudad resonaban en todas sus calles y plazuelas los vivas y aclamaciones al conde de Trastámara, la casa del platero ofrecía en cambio un contraste bien marcado por el silencio y el dolor que sombreaba las fisonomías de los operarios, que tristes y cabizbajos, cuchicheaban entre sí en los espaciosos talleres.

— Todavía no ha vuelto en sí, decía uno al corrillo que le rodeaba con una voz conmovida.

— Ese accidente es diabólico, repetía otro.

— Como que el bribon del paje, cuya alma estará á estas horas ardiendo en los infiernos, confesó que la habia dado por orden de ese bribon de don Illan, una bebida compuesta por el judío Jacob..... añadia un tercero.

— Tambien las ha pagado ya el descendiente de Júdas.

En este momento entró uno de los artesanos y todos le rodearon, preguntándole á la vez por la hermosa cuanto desgraciada Elvira.

— Malas nuevas, amigos míos! respondió tristemente el reciénvenido, y miró al cielo cual si demandase á Dios su misericordia.

— ¿Pero está peor?... preguntaron. ¿Se han perdido todas las esperanzas de salvarla?

— No permita Dios que muera tan jóven y tan bella! exclamó uno.

— No lo permita Dios! repitieron todos.

Y el amargo dolor que sombreaba sus facciones, era un indicio palpable de la afliccion que por el peligroso estado de Elvira sentian cuantos trabajaban á las órdenes de Nuño, y conocian las virtudes y amabilidad de su hija.

La alcoba donde se hallaba la jóven era una de las piezas mas interiores de la casa



del platero, y á escepcion del rumor que necesariamente debian producir los que la asistian, reinaba en ella el mas profundo silencio.

Inmóvil cual si fuera un cadáver yacia Elvira bajo la poderosa influencia del narcótico elaborado por el judío.

Al lado de su cama habia dos figuras inmóbles tambien, y cuyas dolorosas miradas no se apartaban un solo instante del inanimado semblante de la jóven, marcado con esas huellas terribles de la muerte.

Eran el padre y el amante. Nuño tenia su fisonomía notablemente alterada y sus desencajados ojos vertian amargas lágrimas que sureaban por sus enjutas mejillas. Rui-Perez estaba tambien abismado en un profundo dolor, y los tristísimos suspiros que no podia ahogar dentro de su pecho, resonaban lúgubrementes en la estancia, pues ambos guardaban un silencio completo.

Animados sin embargo de un mismo sentimiento, heridos á la vez con aquel golpe horrible que hacia llorar al padre por la pérdida de su hija y al jóven por la de su adorada amante, no necesitaban ciertamente comunicarse ni sus ideas ni sus temores, para conocer todo el dolor y amargura que emponzoñaba sus almas. Uno y otro habian creído en la felicidad, habian soñado un

mundo color de rosa , porque para el primero era Elvira la hija idolatrada, el único consuelo de su vejez , y para el segundo todo su porvenir y su única felicidad !

Un resto de esperanza brillaba todavía en sus abatidos rostros, y como esos débiles rayos del sol que penetran al través de las lluvias del invierno, asomábase á sus ojos en medio de la tristísima espresion de sus miradas.

Pero en vano esperaban con esa impaciencia del cariño la reaccion que debia obrarse en la naturaleza de Elvira. A pesar del largo tiempo trascurrido y de algunos medicamentos que se le habian administrado, la jóven seguia en su estupor jeneral, en su inmovilidad, en su casi cada- vérica situacion.

Cojió Nuño la mano de Elvira: estaba helada: unió su boca á la de la jóven, y no respiraba, puso la mano sobre su corazon y apenas se notaba una palpitacion imperceptible y pausada.

— Dios mio! Dios mio! esclamó el afligido padre mirando al cielo, apiadaos de mí!

Y por un movimiento involuntario, incoóse el platero de rodillas, y apoyando su cabeza sobre el lecho, permaneci6 algun tiempo en tan dolorosa meditacion.

Cuando se incorporó el anciano, había salido de la habitación Rui-Perez, que llamado por uno de los operarios, se encontró de repente, y con la mayor estrañeza con el mismo don Enrique en persona que, acompañado de don Tello, habíase dignado favorecer tan huen servidor suyo.

— Profundamente aflijido el conde, recibió al jóven con las muestras mas positivas de interés, y despues de acojer sus escusas por el pobre recibimiento que le hacian, le preguntó con interés por el estado de Elvirá, y añadió:

— Dios que proteje nuestra causa, no querrá arrebatarnos la prenda de vuestro cariño.

Tan preocupado se hallaba Rui-Perez con su dolor que se contentó con apretar entre las suyas, la mano que le alargó don Enrique, y una lágrima humedeció sus ojos, señal cierta de su profundo reconocimiento.

— No os desanimeis, amigo mio: Si el accidente ha sido efecto, como me han asegurado, de una bebida narcótica, no hay mas que esperar á que pase su influencia y la jóven volverá á la vida.

El amor profundo y verdadero es jeneralmente receloso de lo que desea, asi que el mancebo hizo con su cabeza un movimiento de duda y de desconfianza.

En el mismo momento se oyó un confuso rumor en la habitación de la enferma y oyeron clara y distintamente estas palabras « se ha salvado, se ha salvado! »

Levantó Rui-Perez su frente cual si volviera de una horrible pesadilla y se dirigió precipitadamente á la alcoba de Elvira, mientras que la sala donde se hallaba el conde se iba llenando con los operarios de la platería, alborozados y contentos, que acudían presurosos á convencerse de la agradable noticia que había llegado á sus oídos.

Con efecto Elvira había vuelto en sí de su estupor; habíanse abierto sus ojos y sus labios llegaron á articular también algunas razones. Nuño sostenía su cabeza, débil todavía, entre sus amorosos brazos, y Rui-Perez tenía cojidas sus manos que regaba con sus lágrimas, pero lágrimas de placer.

Tal fué el cuadro que se ofreció á la vista del príncipe que, vivamente interesado en la felicidad de esta familia, no tan solo por sus relaciones con su fiel Rui-Perez, cuanto por la parte que en aquella desgracia le cabía, se dejó conducir á la habitación de Elvira, en medio de los victores de los operarios, y acompañado de Nuño que se deshacía en ofrecimientos. Rui-Perez se adelantó á la cabecera de la enferma y la

anunció la réjia visita del noble y compasivo don Enrique.

Elvira se incorporó en el lecho, y el príncipe la abrió sus brazos; la jóven besó sus manos una y mil veces. Los circunstantes miraban aquel espectáculo enternecidos.

— Nuño, exclamó el príncipe, yo la recibo por hija: ha vuelto á la vida, y quiero que vuelva á la felicidad.

— Señor, respondió el anciano, vos disponeis de mi sangre.

— Rui-Perez, prosiguió su alteza, tú no desdeñarás recibir á tu prometida de los brazos de tu nuevo rey.

— Tanta bondad, poderoso señor!

— Dame tú mano..... Elvira, uno la vuestra á la del jóven que adorais; ¿creeis que merezco el ser padrino de un enlace tan dichoso?

— Don Enrique!

— Don Enrique!

Ambos jóvenes soltaron esta exclamacion en la que la ternura, el amor, el entusiasmo, la admiracion y el respeto se notaban. El conde les impidió continuasen, diciendo:

— Conozco que me lo agradeceis; basta, hijos míos. Rui-Perez, en el momento que dispongas, me hallarás pronto á acompañaros al altar. Ya tienes el sí de Elvira, el consentimiento de su padre y mi permi-

so. A vos, jeneroso Nuño, os nombro artista de mi real casa. Ya sé que manejaís la espada con tanta hidalguía como el cincél con primor. Ya sé que os debo gran parte de mi triunfo; contad con el cariño de un príncipe noble y agradecido.

Don Enrique impuso silencio á los vivos y aclamaciones de los operarios entusiasmados; y recibiendo las pruebas de interés de aquellas personas que hacia tan felices, desapareció, con las bendiciones de la honrada familia.

XIX.

Ay Boudil. Levántate y despierta:
prepara tu bridon y tu cuchilla,
porque mañana llamará á tu puerta
con la voz de un ejército Castilla!

D. JOSE ZORRILLA.

Mientras el conde de Trastamara esperaba en Toledo la llegada de un número respetable de sus parciales, en cuya busca habia despachado á Sancho; y en tanto que toda la ciudad se entregaba al júbilo por el restablecimiento de Elvira, no menos que por el próximo casamiento de tan virtuosa jóven con Rui-Perez, que debia celebrarse bajo los auspicios del conde de Trastamara, que se habia ofrecido á servir de padrino á los jóvenes novios, conviene para la natural ilacion de los sucesos que narramos,

que el lector se traslade con nosotros á otra ciudad, teatro á la sazón de escenas tan interesantes como las que hasta aquí hemos bosquejado, si bien de un jénero enteramente distinto.

Habiéndose libertado don Illan de una muerte próxima, gracias á la heroica resolución de su esposa la noble doña Blanca, aprovechóse de la confusión de la noche y del incendio del barrio de los judíos, para salir fuera de la ciudad.

Reunido al otro lado del río con unos cuantos hombres de armas, que también habían tenido la fortuna de escaparse, y después de haber conferenciado sobre el partido que debían tomar en la crítica y arriesgada posición en que se hallaban, decidieron unánimemente dirigir su rumbo hácia Burgos, donde debía hallarse, según las noticias que tenían, el rey don Pedro. Y así era con efecto. Levantada en armas toda Castilla, vagaba el aborrecido rey de pueblo en pueblo, victorioso unas veces de sus enemigos y fujitivo otras. Quedábanle sin embargo todavía bastantes fuerzas, y enfurecido con los mismos reveses, se revolvía en su ciega desesperación como el tigre herido de muerte. Demasiado altivo para ceder en su demanda; dotado de un corazón de bronce y de una voluntad de hierro, sus deslumbrados

dos ojos no alcanzaban á entrever el horrible precipicio que sus inauditos desmanes iban abriendo cada vez mas á sus mismas plantas. Dominado ademas por el ódio implacable á sus hermanos bastardos, uno de los cuales, don Enrique aspiraba nada menos que á arrebatarse de sus sienes la diadema real, no respiraba mas que sangre y devastacion, y érale placentero cebarse en la muerte de sus parciales, hasta tanto que la suerte de las armas ó la desgracia del de Trastamara le presentase la ocasion de satisfacer cumplidamente sus horribles deseos. Parecido á esas fieras que acorraladas en el circo, se enfurecen mas y mas con las instigaciones de los luchadores y que solo doblan su indómita cerviz al hierro que las hiere, sentia redoblarse su saña á medida que iba perdiendo terreno en el ánimo de sus cansados pueblos.

Exhausto de recursos, reunió en Burgos las córtes con la intencion de que votasen nuevos impuestos; pero nada dóciles á sus miras ó se resistieron á sus intentos ó no fueron tan allá en sus concesiones como el monarca apeteciera, y fuertemente irritado contra ellas, despidiólas bruscamente, cebándose despues en horribles castigos, que impuso á sus principales miembros y á muy nobles ciudadanos de Burgos, amen de ha-

ber mandado hacer cuantiosas exacciones para llenar sus arcas reales.

El terror dominaba á las ciudades: silenciosas y desiertas sus calles, escondidos ó fujitivos sus hijos mas queridos, era un vasto cementerio, cuyo imponente aspecto solo se atrevia á mancillar una soldadesca desenfrenada que nada respetaba y que se prevalia de la apurada posicion de su rey.

El judío Samuel, digno consejero y confidente de don Pedro de Castilla, reunia ademas el cargo de tesorero, y cual un miserable corchete, recaudaba, auxiliado por unos cuantos archeros reales, las exorbitantes sumas que necesitaba su señor.

De barrio en barrio, de casa en casa, presentábase cual un jénio infernal á los atemorizados habitantes de Burgos la adusta y repugnante persona de Samuel, al evacuar con un rigor extraordinario la odiosa comision puesta á su cuidado. Y su alegria era extraordinaria cuando al cabo de algunas horas de una pesquisa inhumana, contaba ya en su poder la suma que necesitaban el rey y su tesorero. Chispeaban de alegria sus ojos, y sus maliciosas facciones revelaban todo el placer conque se habia cebado en saquear á los cristianos, cuando subia á la rēja habitacion de su señor.

El rey, en la ocasion en que narramos,

parecía hallarse profundamente dormido: adelantóse de puntillas el judío procurando no hacer ruido alguno. Tenia don Pedro medio cubierta la cara con la palma de la mano en que se apoyaba su cabeza, puesto el otro brazo sobre la espada y echado el cuerpo sobre el ancho respaldo de terciopelo de un magnífico sillón, en cuyo remate estaban esculpidas las armas de Castilla. Una lámpara de plata despedía por el salón una luz opaca y sombría.

En el momento en que el hebreo se colocó delante del rey, la fisonomía de este, iluminada por un rayo de luz, se contrajo visiblemente. Retrocedió asustado el judío algunos pasos, preparando en su mente alguna excusa; pero don Pedro no dió señal ninguna de haberse despertado: y no atreviéndose á hacerlo Samuel, á pesar de que deseaba anunciarle la plausible noticia de tener en su poder los recursos necesarios para continuar sus operaciones militares contra el *bastardo*, se preparaba ya á salir del salón, cuando oyó un quejido.... Miró al rey, cuyo cuerpo se estremeció de pies á cabeza y se quedó en el mismo dintel de la puerta. El rey se hallaba bajo la influencia de una pesadilla. Conociólo Samuel, y astuto como el que mas, volvióse á aproximar, por si de el sueño de su señor podia

adquirir alguna revelacion importante, algun misterio de entidad, cuyo conocimiento pudiera serle útil en su privanza. Desgraciadamente para él, salieron vanas sus esperanzas, pues don Pedro pronunciaba tan solo de vez en cuando palabras incoherentes sin ilacion, sin órden, sin que llegasen á espresar ni una sola idea. Oyó sí salir de sus lábios el nombre de una mujer..... vió conmoverse tiernamente sus facciones..... entreabrirse su boca. Despues dió el rey una violenta sacudida; levantóse precipitadamente esclamando: «Leonor, Leonor, ¿dónde estás?»

Asi repentinamente despertó: frotóse ambos ojos con las manos para convenirse de que realmente estaba en su palacio de Burgos, y en vez de la mujer á quien llamaba en sueños, se halló con su tesorero jeneral el judío Samuel, que no tuvo tiempo para ocultarse.

— ¿Estabas ahí? le preguntó el rey con un acento medio enfadado.

— Señor!.... balbuceó el judio, acababa de entrar en el momento que V. A. se despertó.

— ¿Y el dinero? le volvió á preguntar el rey, cuya frente serena y apacible un momento antes, tornó á oscurecerse.

— Todo está á la disposicion de S. A.

Una alegría súbita iluminó el imponente rostro del rey, y deponiendo algun tanto su habitual aspereza, añadió:

— Que vengan ahora esos orgullosos hidalgos, esos villanos engreidos á poner cortapisas á mi voluntad soberana! Mientras que mi brazo pueda sostener el cetro de Castilla y mi cabeza real se apoye en mis robustos hombros, juro por quien soy que todos han de obedecer mis mandatos!

Arreglóse el rey su descompuesto vestido, púsose la gorrilla de terciopelo sobre la que ondeaba una pluma, y acercándose á Samuel, le dijo con cierta dulzura:

— Afortunadamente tengo todavía buenos servidores.....

— Por tal me considero, señor, respondió el judío inclinándose con afectada humildad.

— Lo sé, Samuel, y como tal te aprecio.

Satisfecho el judío, no pudo contener el gozo que rebosaba en su pecho, y su fisonomía lo dió bien á entender en la risueña espresion que la sombreó.

Engolfáronse despues ambos en un animadísimo diálogo acerca de su posicion, y cuando por lo avanzado de la hora iba don Pedro á despedir al judío para entregarse al descanso, llegó á sus oidos un sordo rumor.

Presentóse á la puerta un escudero, y anunció la llegada de un gran personaje que tenia que comunicar á S. A. noticias del mayor interés para su trono y para su vida.

— Que pase al momento, contestó el rey, y se colocó mas erguido en su trono. Samuel se retiró á un lado porque don Pedro le indicó con su mano que permaneciese allí como testigo de su conferencia. Bañado de sudor su rostro macilento aunque marcial, empolvado y descompuesto el traje, se adelantó un caballero con visibles señales de temor, y sin osar á levantar de la alfombra los iracundos y medrosos ojos. Al llegar junto al dosel, puso una rodilla en uno de sus escaños y alargó su mano como para tomar la del rey con ánimo de besarla.

Detras del desconocido habian penetrado en la réjia estancia algunos guerreros que se quedaron á una distancia respetuosa, y en cuyos semblantes se traslucia el desasosiego y el espanto que les sobrecojia.

— Levantad! exclamó el rey con voz grave.

— Señor! tartamudeó el caballero, bajando medrosamente la cabeza, que tenia oculta en parte por una de sus manos.

— Sois porfiado..... ya os he dicho que os levanteis..... y si alguna nueva.....

— Muy infausta, señor!.... exclamó el caballero poniéndose en pie.

— Pronto..... decidla!.... y al acabar de pronunciar estas palabras, reparó el rey en el semblante del desconocido y palideciendo de rabia, exclamó:

— Vos aquí, don Illan!

— Una desgracia.....

Las miradas del rey despedían fuego, y al clavarlas en don Illan parecía querer leer en el fondo de su alma.

— Hablad!.... hablad!.....

— Toledo..... tartamudeó entre dientes, su antiguo alcaide.....

— Acabareis.....

— Señor!... está en poder.....

— Del bastardo quizá!..... interrumpióle don Pedro, rechinándole de rabia los dientes.

— Oh! baldon!..... y vos, cobarde caballero, qué habeis hecho de vuestra espada?

— He peleado hasta el fin; todos vuestros servidores han sellado con su sangre su juramento de fidelidad, y el conmovido don Illan mostró al rey una herida todavía sin cicatrizar.

— Y así se dejan invadir los fuertes muros de una ciudad.....

— Solo una traicion!....

— Una traicion! y ¿os atreveis á decírmelo?

Angustiosa era la posición de don Illan

ante la justa cólera de su soberano, que se transmitió instantáneamente al corazón de todos sus parciales, que allí presenciaban su humillación y vergüenza. Así es, que cuando el desventurado alcaide buscó á su desesperación consuelo en alguna afectuosa mirada de sus compañeros de armas, se encontró con rostros airados é imponentes.

— Ah! Don Enrique, don Enrique! exclamó el rey retorciéndose las manos con rabioso frenesí. Quieres sangre?.... sí..... la quieres!..... yo también tengo sed de la tuya..... una sed rabiosa!.... Muy pronto quizá nos depare el destino la ocasión de saciar nuestros deseos, y ay de tí, si mis robustos brazos llegan á esgrimir el acero sobre tu infame cabeza!.. .

Admirados sus cortesanos del delirio frenético que se apoderó del monarca, no se atrevían en su estupor á interrumpirle en sus desvaríos sangrientos: y con terror se retiraron poco á poco de su lado: acabó don Pedro por encontrarse solo en medio del espacioso salón en que todos estaban.

Alterada su fisonomía, inflamados sus ojos que jiraban de un lado á otro como los de una hiena á quien se hubiese arrebatado sus cachorrillos, entreabierto su boca, cuyos labios estaban cárdenos y secos por el furor, ajitados con una contracción espantosa

sus nervios, infundia espanto y compasion al mismo tiempo.

— Pero no, eres cobarde como una mujer, tus ojos no podrian soportar mis miradas, tus rodillas se doblarian involuntariamente ante tu rey, sí, ante tu rey, *bastardo*, miserable *bastardo*, porque yo soy tu rey, tu rey ¿lo entiendes? y esa cabeza que quieres engalanar con una corona, es tan infame como tu procedencia, como la sangre que circula por tus venas, y ha mucho tiempo que debia estar separada del villano tronco que la sustenta!..... Hacesme la guerra cual ingrato y desleal, levantas mis vasallos, sublevas mis ciudades, te arrogas el título de rey. ¡Miserable!..... Tú, rey!..... tú!..... un bastardo!..... Risa, risa no mas mereciera tu altivez, si no aspiráras en tu deslumbramiento á mancillar con tu impura planta el trono de Castilla.

Ah! mientes!.... mientes!..... tú no eres mas que un vasallo perjuro, un bastardo traidor!.... Yo, yo soy tu soberano, hincas en tierra esa rodilla..... rinde ese acero que no puede sostener tu diestra dejenerada: entrega tu cabeza al verdugo, á quien le pertenece por desleal..... y su cuchilla dará cumplida cuenta de tus crímenes!

A tan enérgicas imprecaciones sucedió un momento de silencio. Apoyóse sobre el res-

paldar de su sillón, fijó en el suelo sus encendidos ojos, pasóse una mano por su ancha frente ardiente como un volcán, y después llevándose maquinalmente la mano á la luciente daga que pendía de su rico cinturón, exclamó con una voz terrible, dirigiéndose á sus parciales, cual si hubiese surjido en su mente algún pensamiento salvador.

— A las armas, á las armas! Caigamos sobre esa bandada de asesinos y traidores cual cumple á nuestro honor, al honor de vuestro rey. Volved por la fama de don Pedro, amigos y caballeros. A las armas! El grito se repitió unánimemente. Don Illán estendió su mano al rey, y este se la apretó con fuerza, igualmente que á todos los caballeros. Pocos momentos después el salón estaba desierto.

Apenas rayaban los primeros albores del día, cuando la ciudad se conmovía al ruido de los clarines de guerra y al estrépito de los hombres de armas que se iban reuniendo apresuradamente bajo la enseña gloriosa de Castilla.

Algunos momentos después se veía al rey á la cabeza de lucidos jinetes, y gran número de peones en marcha ya para la imperial Toledo, que se prometía reconquistar con el esfuerzo de sus soldados.

XX.

Del nuevo día la luz
en Toledo nos verá,
que humilde al fin besará
de mis pendones la cruz.

.....

.....

Arriesgaré reino y vida
como animoso y gallardo
antes que ver al Bastardo
con la corona ceñida.

Pocos sois, mas no me arredro
si aun tengo vuestra cuchilla:
dos reyes no habrá en Castilla
mientras aliente don Pedro.

LEYENDAS HISTÓRICAS DE D. G. ROMERO LARRAÑAGA.

Como á una jornada de Toledo avistó el rey don Pedro, que marchaba al frente de sus soldados, una nube de polvo, en medio de la que se vislumbraba heridos fuertemente por los rayos del sol que tocaba al mediodía, las armaduras de algun escuadron de jinetes. Por la direccion que traian, conoció don Pedro que debian encontrarse precisamente dentro de algunos instantes en el punto en que ambos caminos iban á confluir, y sospechando acertadamente que debian ser parciales del de Trastamara, trazó en su mente con aquella rapidez que admira-

ban sus contemporáneos, el plan de la batalla, y dividiendo á su tropa en tres cuerpos distintos, á cada uno de los cuales designó la posicion y movimientos que debian ejecutar, adelantóse él con lo mas escojido de sus caballeros, flanqueados por una selecta compañía de flecheros reales, cuya puntería y valor eran admirables.

Los clarines dieron la señal, y estas tres masas se destacaron cada cual en la direccion que la estaba destinada, y antes de que el enemigo tuviese tiempo para concertar su plan, vióse envuelto necesariamente en una pelea, que debia ser sangrienta y porfiada.

No se habia equivocado el rey en su sospecha: el ordenado escuadron de lanzas que impensadamente se vió en la necesidad de aceptar un combate, para el que no estaba preparado, era compuesto de adictos á don Enrique, y entre ellos venia Sancho.

— Por Santiago, exclamó éste dirijiéndose al que mandaba la fuerza, que hemos caído en una emboscada!

No era ya tiempo de volver atrás, y el acometer á un número cuando menos triple, era tambien una audacia llena de riesgos. Perplejo el capitan, dudaba el partido que debia tomar; y pensativo, apoyó un momento su brazo izquierdo sobre el arzon de la silla de su caballo, y mirando fijamente al ene-

migo que en tres direcciones amagaba acorrallar á sus jinetes, silenciosos tambien y parados, parecia no escuchar la voz de Sancho, que añadió:

— Que me trague el infierno, si aquel jinete de hercúleas formas que avanza de frente hácia nosotros, no es el mismo don Pedro en persona!

— El nombre del temido rey de Castilla sacó de su penosa meditacion al caballero, y frunciendo el ceño, dió un espolazo á su corcél y mandó hacer la señal de aprestarse á la defensa.

La proximidad del peligro infundió nuevos brios á los partidarios de don Enrique, y no bien resonó el clarin con la señal de ataque, cuando salieron al encuentro de don Pedro, lanza en ristre y dispuestos á vender caras sus vidas.

El primer encuentro fue terrible: caballos y caballeros retrocedieron bastantes pasos al empuje de las lanzas, y segunda vez volvieron á cargarse con mayor ímpetu.

Los nombres de don Pedro y don Enrique pronunciados por los combatientes como grito de guerra, resonaban en los aires al crujir de los aceros, al saltar hechas astillas las fuertes lanzas, y al chocar en las ferradas armaduras.

Indecisa la victoria algun tiempo, deci-

dióse al cabo por el rey, merced al refuerzo de los otros dos cuerpos de tropa, que por opuestos lados cayeron sobre los partidarios de don Enrique, si bien debemos decir que estos hicieron en su crítica posición heroicos esfuerzos de valor y arrojo, y que muy pocos dejaron de pelear hasta el último trance.

Mezclado Sancho también en lo más ruidoso de la pelea, buscaba con sus ojos hechos ascuas al aborrecido don Pedro, ansioso de lidiar cuerpo á cuerpo con él y acaso lo habría conseguido, si entre ambos no se interpusiera don Illán, cuya intrepidez en tan sangrienta jornada era pasmosa, como quien buscaba una ocasión propicia de lavar la afrenta que empañaba su honra y de volver á conquistar la benevolencia del rey. Largo rato pelearon uno y otro sin que la misma sagacidad que les deslumbraba les permitiese sacar una ventaja decisiva. Aunque despechado Sancho, conoció que se las había con un enemigo harto formidable, y aprovechando un momento de confusión, desapareció entre los combatientes, envueltos ya por una nube inmensa de polvo.

El campo estaba ya cubierto de cadáveres: y desfallecidos, heridos gravemente los pocos partidarios del conde de Trastámara que aun blandían sus espadas, brilló una

alegría feroz en las miradas del rey que contemplaba las víctimas de la pelea con ese placer espantoso de una alma endurecida, de un corazón sanguinario.

En tanto buscaba don Illan entre los cadáveres y los prisioneros á Sancho, y frustradas sus esperanzas de apoderarse de él, se dirigió á don Pedro, y le dijo:

— Es necesario marchar en seguida si quereis que sorprendamos en Toledo al *bastardo*. Ha desaparecido del campo de batalla ese *bribon*, y seguramente que se ha encaminado á prevenir á su señor.

Impaciente el rey, hubiera deseado poder ponerse en marcha en el instante mismo; pero era casi imposible verificarlo, y á duras penas concedió al cansancio de sus soldados un lijerísimo descanso: al cabo del cual volvieron á emprender su caminata, abandonando un sitio en el que todavía se revolvían entre su sangre algunos infelices heridos que luchaban con las agonías de la muerte.

Muy serenos y tranquilos los habitantes de Toledo, saboreaban todavía las fiestas y regocijos de que había sido teatro la ciudad con motivo de la proclamación de don Enrique, sin sospechar siquiera el nublado que les amenazaba.

Gozaba también el de Trastámara esos

primeros placeres de la majestad, cuando llega hasta sus oídos en lisonjeros cánticos el eco de las auras populares, preparándose á la par para anudar la cadena de sus empresas contra su hermano; y mas que nadie, dejábanse llevar en alas de su dorada y brillante imaginacion Elvira y Rui-Perez, cuyos esponsales tocaban á su dichosa y apetecida realizacion, sin que estos tampoco vislumbrasen al través de la risueña perspectiva que embargaba sus sentidos la mancha mas pequeña que empañase el brillo de sus juveniles ensueños.

El mismo Nuño, cuyo corazon de padre habia sufrido tan rudos golpes, abriase tambien á la esperanza y contemplaba en medio de la efusion de su tierna y buena alma, á sus dos hijos ligados con un vínculo sagrado y dulce.

La plateria ofrecía un cuadro lleno de animacion y movimiento: vestidos de vistosos trajes todos los operarios, y con ramos y guirnaldas de rosas y siemprevivas en sus manos, esperaban en los talleres la hora señalada para ponerse en marcha con los novios á la catedral. Un jentío inmenso llenaba la calle desde la misma plaza de *Zocodover* hasta el portal de la plateria, ansiosa de contemplar á la hermosa Elvira y al no menos jentil Rui-Perez; y en su impaciencia, en

la festiva espresion de sus semblantes, conociase la parte de satisfaccion que tomaban en la felicidad de ambos jóvenes.

Entretanto Nuño esperaba ya vestido á su hija, cuyo tocado era mas dilatado. Presentóse al fin delante del anciano, y éste no pudo contener su emocion á la vista de la jóven radiante de hermosura y felicidad, aunque lijeramente velado su anjelical semblante por una pincelada de pudor; recibióla Nuño en sus brazos, y despues de un momento de silenciosa enajenacion, elevó al cielo sus humedecidos ojos, y poniendo su mano sobre la cabeza de Elvira que se habia arrodillado á sus pies, imploró con la suya paternal la bendicion de Dios para la jóven que iba á desposarse.

En el solemne momento en que Nuño invocaba la proteccion divina con palabras medio ahogadas por la efusion de los sentimientos que se agolpaban á su corazon, resonaron como un éco májico las aclamaciones del jentío que aguardaba en la calle, al ver atravesar la plaza de *Zocodover* la vistosa comitiva presidida por el príncipe.

Marchaba este en medio de sus cortesanos, ricamente vestidos, llevando á su lado á Rui-Perez, cuya jentil presencia cautivaba todas las miradas.

Arremolinábase la jente para verlos me-

jor, y corrian de una parte á otra para volver á mirarlos, y tal era la confusion, que tenian que luchar con sus incesantes oleadas para poder andar.

Llegaron por fin á la casa de Nuño que esperaba ya á la puerta á los ilustres huéspedes que iban á honrarla con su presencia, y antes de que tuviera tiempo para hincarse de hinojos, habíale cojido del brazo don Enrique apretándole afectuosamente la mano: cuya bondad embargó tan poderosamente las potencias del artista que apenas acertaron sus trémulos labios á balbucear algunas palabras.

Elvira estaba tambien tan profundamente conmovida, que siguió maquinalmente á su padre cuando éste la presentó á don Enrique.

— Este será uno de los dias mas gratos de mi vida! exclamó el conde, y tomando las manos de Elvira y Rui-Perez entre las suyas, añadió:

— Hágaos el cielo tan dichosos como yo lo soy en este momento!

Estrechó apasionadamente la mano de la jóven Rui-Perez, en tanto que todos los circunstancias prorrumpieron en vivas á don Enrique.

Pusiéronse despues en marcha para la catedral donde debian celebrarse sus des-

posorios, y durante el tránsito, se repitieron las mismas aclamaciones, las mismas muestras de entusiasmo.

El templo contenía también un jentío inmenso. Mil luces derramaban una claridad brillante sobre todo él, é iluminaban aquellos semblantes animados por el contento, y la comitiva tuvo también que atravesar trabajosamente la masa compacta de fieles que se apiñaba á su paso.

Comenzó la ceremonia sagrada con todo el esplendor y magnificencia del culto católico, y el mismo arzobispo, anciano venerable y dechado de virtudes, unió á los dos jóvenes, derramando sobre sus cabezas su santa bendición.

Pero de pronto un sordo rumor puso en alarma y consternación al jentío aglomerado en las inmediaciones de la catedral. Ajitábanse en confuso desorden los corrillos, y hombres y mujeres manifestaban en sus miradas y movimientos la zozobra y la inquietud.

— Yo mismo le he visto! exclomó un hombre. Su caballo ha caído muerto de fatiga al pisar el puente de *Alcántara*, y el jinete....

— Habla de una derrota..... de don Pedro..... añadió un segundo.

— Por santa Leocadia bendita, que no

nos espera mala! continuó un hombrecillo raquítico, y de medrosa catadura. ¡Dios nos asista!

En esto vieron atravesar á un hombre cubierto de sudor y de polvo, que se dirijia á la catedral, en la que entró poco despues.

Este hombre era Sancho.

Algunos momentos despues, apenas podian dar salida las puertas de la iglesia al jentío que se agolpaba en tropel.

Don Enrique salió tambien, demudado el color y hablando acaloradamente con Sancho, en medio de un gran grupo de caballeros, en cuyos rostros estaba impresa tambien la inquietud.

En cuanto á los novios, cuya union acababa de terminarse en el instante mismo en que entró Sancho en la iglesia, no tuvieron tiempo para volver de su sorpresa por el extraordinario movimiento que advirtieron en todos cuantos les rodeaban, y evacuaron el templo con Nuño.

— A las armas! á las armas! gritó el de Trastamara, y cien espadas blandieron al aire.

Acercóse Rui-Perez al conde y palideció al oír algunas palabras que éste le dijo al oído.

Asustada justamente Elvira, estrechóse fuertemente á su padre que tampoco com-

prendía nada de cuanto pasaba á su vista.

— Salvaos! salvaos! les dijo Rui-Perez, estrechando tiernísimamente la mano de Elvira.

— Pero..... vos.....

— Mi honor me llama al lado del príncipe! añadió el mancebo, y acercándose á ellos, les dijo á media voz.

— Don Pedro está á la vista de Toledo... cualquiera que sea el resultado del combate..... prometedme abandonar la ciudad y encaminaros á Talavera.

Sacó en seguida un papel y se lo entregó á Nuño diciéndole:

— Con él encontrareis un abrigo hasta que haya pasado el peligro. Ahora... daos prisa.

Y Nuño tuvo que arrastrar á Elvira, que al separarse de Rui-Perez sintió en el fondo de su alma un tristísimo presentimiento.

XXI.

CONDE. Desdicha fue no haber al conde preso
y que con las banderas se escapase:
que esto faltaba á mi feliz suceso
y que su injusto pecho castigase.

LEON. Fue la victoria con tan grande exceso
que cuando algun aliento le quedase
no le tendrá para volver ninguna
fuerza, á tentar mas veces la fortuna.

DIGOS HACE REYES. DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Despues de largas horas de combate, durante el que corrió en abundancia la sangre, como quiera que tanto la presencia de don Pedro como la de su hermano *bastardo* infundió en sus respectivas parcialidades un arrojo y un denuedo inauditos, apoderóse el primero de la ciudad, mientras que el segundo, arrastrado casi á la fuerza por sus adictos, costeaba las empinadas crestas de los montes de Toledo con direccion otra vez á Talavera.

El que mas porfiado se mostró fué RUI-Perez, y aun á trueque de atraherse la desgracia del conde, cuyo valor no flaqueara en el apurado trance en que se vió, cojió de las bridas al caballo de don Enrique y logró sacarle de en medio de la pelea y conducirle escoltado con algunos otros caballeros por escusadas calles hasta dejarle fuera de la ciudad, de cuyos muros salian como un sordo murmullo la gritería y confusion de la pelea.

— Tamaña mengua! exclamó el conde de Trastamara á los que le custodiaban, arrojando por sus chispeantes ojos miradas de cólera é indignacion.

— Señor! balbucearon sus caballeros, con voz sumisa y suplicante.

— Por Santiago, que habeis cumplido cual valientes caballeros!.... añadió el de Trastamara.

— Cual leales al menos! respondió RUI-Perez alzando un tanto la voz. Eráis perdido, señor, y vuestra sangre habria sido derramada con tan poca honra como provecho. En buena hora que nosotros vertamos hasta la última gota de la nuestra: detrás de nosotros quedan mil y mil esforzados caballeros, pero detrás de S. A....

— Queda el honor!.... respondió con despecho el príncipe.

— El honor en los príncipes es también de índole diferente del de los simples guerreros.... añadió otro caballero. Lo que en estos se llamaría heroísmo, pasaría por loco desacuerdo en un príncipe.

— Callad! callad! interrumpióle don Enrique. Por quien soy, que preferiría mil veces haber muerto á manos de ese hermano descreído y aleve á merecer de sus lábios el dictado de cobarde.

Y hablando así, descubrieron al través del escabroso terreno que pisaban como una docena de ájiles y fuertes flecheros reales, que trepaban como zorros montaraces de peña en peña y de mata en mata, y poco despues cayeron á sus mismos pies unos cuantos venablos que hendieron el aire silvando.

— Nos persiguen como miserables fujitivos! exclamó iracundo don Enrique, deteniendo su caballo con un brusco movimiento. Esto es un baldon!

— Calmaos, señor, y pensad en lo crítico de vuestra posición! añadió Rui-Perez, observando el terreno que iban ganando los flecheros.

— Mi posición! mi posición! dijo don Enrique, apretando con rabia los dientes. Es preciso al menos morir con honra!

Y sacando su espada, y volviendo su ca-

ballo, parecia dispuesto á echarse sobre sus perseguidores.

— Deteneos, deteneos! gritole con fuerza el mancebo, y volvió á asir el caballo.

— Miserable, que intentas?

— Salvar á V. A. aunque sea á costa de su favor.

En esto rodearon al príncipe los demas caballeros, y mas que á sus razones, cedió á la fuerza, y todos tomaron el rumbo hacia Talavera.

Habian perdido ya de vista á los flecheros y se encontraban á una distancia respectable de Toledo, cuando Rui-Perez obtuvo de don Enrique le venia para volverse á la ciudad con ánimo de sacar de ella, si antes no les encontraba en el camino, á su bella esposa y á su anciano padre.

Entretanto habíase decidido la versátil fortuna en favor de don Pedro, aunque con pérdidas considerables por parte de sus caballeros y soldados, si bien habian sido mucho mayores las sufridas por los parciales del *bastardo*. Pocos habian logrado escapar á los aceros de don Pedro, y los que no habian exhalado el último suspiro en medio de las calles y plazuelas de Toledo, luchaban en las agonías de una muerte tanto mas horrible cuanto que ni aun el consuelo les quedaba de haber derramado su sangre con

provecho de la causa que defendian.

Recorria victorioso don Pedro la ciudad de Toledo, cebando su desapiadada alma en el inhumano espectáculo de los cadáveres mutilados que entorpecian á cada paso su marcha triunfal, cuando llegaron á sus oídos los débiles quejidos de un moribundo.

Un secreto movimiento le hizo reparar en el desventurado herido que, bañado en su misma sangre, estaba á punto de fallecer. Levantóle uno de sus archeros, y la fisonomía del rey se animó sombríamente al reparar en las desencajadas facciones del herido, que dirigió al rey una mirada débil, pero en la que podia leerse el horror que le causaba su vista. Un momento despues habia dejado de existir el caballero, y don Pedro exclamó al sentir el sordo ruido que causó su cuerpo al caer á plomo sobre el pavimento empedrado de la calle.

— Y tú tambien, don Tello?.... Ah! unos en pos de otros ireis cayendo bajo mi brazo de hierro..... No te impuso bastante la muerte de tu hijo?.... ó quisiste vengarle?... sí, quisiste vengarle!.... Tu rey te ha castigado á tí tambien.

Y volviéndose hacia don Illan, cuya arrogante altanería subiera de punto al volver á granjearse el favor de su señor, le dijo:

— Y bien, me pedias.....

— Vuestro consentimiento para castigar cual se merecen á esos villanos y traidores que favorecieron con su levantamiento la entrada del *bastardo*.

— Has lavado tu ultraje y ya vuelvo á ver en tí uno de mis mas leales servidores. Hacer podeis justicia en mi nombre; os lo permito, don Illan.

Siguieron su marcha y entraron luego en el Alcazár, en cuya escalera esperaba al rey y á su esposo, doña Blanca, que tratada por don Enrique y sus parciales con la mayor cortesanía, no habia abandonado un solo punto su habitual morada.

Antes de pasar mas adelante, conviene que nuestros lectores se trasladen á la casa del platero Nuño, que abrazado á su desconsolada Elvira, procuraba inspirarla alguna confianza desviando de su aflijida mente los tristisimos presentimientos que la afligian.

Facilmente pueden comprender nuestros lectores cuánta amargura no se habria apoderado del alma cariñosa y tierna de Elvira, que al despertar apenas de ese arrobamiento delicioso causado por su casamiento con el elegido de su corazon, se habia visto en medio de un horrible combate, en el que esponia su vida Rui-Perez.

Aunque débil y tímida mujer, habia sido precisa la oposicion material de su anciano padre para que no se lanzára en las calles, ansiosa de defender á su amante ó morir á su lado mismo. Hay en el fondo de la misma debilidad de la mujer, un sentimiento de valor y heroísmo, al que en casos dados, no es posible llegar al hombre con todo su arrojo, con toda su firme y enérgica decision; y cabalmente se encontraba la tierna niña en una de esas raras ocasiones en que la mujer no es el ser débil y tímido de la creacion, sino la criatura fuerte y animosa, que con faz serena y firme el corazon deja atras cuanto la imajinacion mas exaltada puede concebir.

— Oh! padre mio!.... dejadme!. .. dejadme!..... quiero morir con él....

— Hija mia..... el delirio te estravia..... Rui-Perez volverá muy pronto á tu lado..... la victoria coronará como hasta aqui los esfuerzos del buen conde de Trastamara....

— Quereis engañarme, señor!.....

— Engañarte, pobre hija mia! no por cierto.....

Y el anciano hacia esfuerzos desesperados para sacar fuerzas de flaqueza y disipar los fundados temores de Elvira; empero por desgracia, cuando decia á la niña que nada debia temer, que don Pedro no podria atra-

vesar los fuertes muros de la ciudad, desmintiéronle el ruido estrepitoso de las armas y los desesperados gritos de los combatientes y los vivas que sus partidarios daban al temible rey de Castilla.

— Lo ois, señor? lo ois? exclamó Elvira..... Ah!.... somos perdidos!.....

El anciano tuvo que sujetarla entre sus brazos.

— Quizás espirante..... lleno de heridas..... no tiene Rui-Perez una sola persona que cuide de él!.... dejadme señor.....soy su mujer..... y para salvarle....

— Desgraciada! exclamó Nuño pudiendo apenas contenerla.

— Si no cumpliese con mi deber..... si no acudiese á su socorro ó á su amparo.... tendria razon para maldecirme!.....El honor le ha obligado á lanzarse en esa lucha, el deber me manda á mí, no abandonarle en el apurado trance en que puede verse.....

Un movimiento desesperado libró á Elvira de la cariñosa prision en que estaba y echó á correr hácia la puerta, seguida del artista.

Antes de llegar á ella, se encontró con uno de los soldados de don Enrique, que deteniéndola, la dijo:

— Sosegaos, señora, Rui-Perez se ha salvado, y en compañía del príncipe estará á

estas horas á algunas leguas de Toledo... Antes de partir.....

— Hablad! dijo Elvira, cuyas facciones sombreadas por la duda, estaban tristemente contraídas.

— Me encargó os dijese, que aprovechando el silencio de la noche y valiendos de vuestras relaciones en Toledo, os pusierais en marcha para Talavera, cuya ciudad, gracias á su buen estado de defensa, es un punto inespugnable.

— Dudaba Elvira de la verdad de cuanto el mensajero la decia, y sus inquietas miradas procuraban penetrar hasta el fondo de su alma. Conociólo sin duda aquel y poniendo la mano sobre su corazon, añadió:

— Os lo juro por mi honor!.... Rui-Perez se ha salvado. Cayó de rodillas Elvira anegada en llanto y con voz conmovida exclamó:

— Gracias, Dios mio!

Retirados en el interior de su casa, esperaban impacientes la llegada de la noche, concertando entretanto el modo mas favorable de realizar su fuga.

— Afortunadamente, decia Nuño, ninguna sospecha debe escitar un pobre viejo y una niña..... Nos disfrazaremos con trajes modestos y nadie se ocupará de nosotros. Ya lo ves, hija mia, mañana tendremos el

consuelo de abrazar á Rui-Perez, bueno y sano.....

— Dios lo haga asi!.... interrumpióle Elvira; y si mis lágrimas pueden algo para con él..... confio en que abandonará esa sangrienta carrera para gozar en medio de una vida pacífica y retirada de nuestro mútuo amor.

— Oh! sí..... sí..... Te ama demasiado para dejar de acceder á tus súplicas, que por otra parte son muy justas. Hasta ahora su juventud, esa noble ambicion del soldado ha podido seducir su alma; pero desde que unió su suerte á la tuya..... es diferente..... no debe vivir mas que para tí, como tú vi- ves ya para él..... Dios me ha concedido una fortuna regular..... y felices en vuestra union no necesitareis mendigar ni la protec- cion de los grandes ni la caridad de los pe- queños..... Pero, por Santiago, hija mia, que es preciso disponer nuestro corto equi- paje, cambiar nuestros vestidos y.....

No habia acabado de hablar Nuño, cuan- do la impaciencia de Elvira no la permitió perder un solo minuto, y secando con un blanquísimo cendal las lágrimas que toda- via brillaban en sus mejillas, como esas go- tas trasparentes de rocío que hermocean el pétalo de una flor, fuese á hacer los prepa- rativos necesarios para su viaje, en tanto que

Nuño se enteraba con sentimiento de boca del mensajero de Rui-Perez, de la infausta suerte de las armas del conde de Trastámara.

En pos del crepúsculo de la tarde, comenzó la noche á tender por el firmamento su tupido velo, y tanto Nuño como Elvira y su compañero de viaje que debia serlo el soldado de don Enrique, esperaban con una cruel ansiedad el momento favorable en que la oscuridad les permitiese dar cima á su proyecto.

— A Dios gracias, dijo este último, los partidarios del *Cruel* piensan mas en saborear su triunfo en estrepitosas orjías, que en guardar los muros de una ciudad que ya está en su poder. Desde el mismo don Pedro, que tiene á su mesa á sus nobles paladines, hasta el último de sus archeros reales, todos apuran en estos momentos hasta las heces sus repletas copas, y no serán á fé mia tan parcós, que vayan á contenerse despues de haber paladeado los espumosos vinos; por consiguiente, no debemos temer nada.....

Acabó Elvira de arreglar un saquito en el que habia colocado ademas de alguna ropa un bolsillo lleno de escudos de oro que la diera su padre, cuando abriéndose la puerta, entró don Illan seguido de media docena de flecheros.

— Daos al rey, exclamó el caballero con grave é imponente voz, encarándose con el anciano Nuño, cuya turbacion no le permitió articular palabra alguna.

Adelantáronse los flecheros y cojieron al asombrado artista.

— Señor! dijo Elvira á don Illan.

— Señora! obedezco las órdenes del rey.

Y arrojándola una mirada feroz, desapareció con el preso.



XXII.

Preso entre duras cadenas
tiene á mi padre el tirano ;
sin reparar que es anciano ,
ni en lo grande de mis penas.

COMEDIA DE MIRA DE MESASA.

Luego que Rui-Perez vió desaparecer al través de los montes al conde de Trastámara con los caballeros que le seguian, volvió su vista hácia Toledo y exhaló un hondo suspiro arrancado desde el fondo de su alma.

Hallábase el mancebo en tan amarga situacion, que daba cien vueltas en su acalorada mente á las tristes ideas que le asaltaban en confuso y desordenado tropel.

Antes de todo, miró en derredor suyo para observar si era espiado, y no alcanzando su vista á descubrir desde la altura en que se colocó, el objeto mas pequeño, ni llegando á sus oidos el mas leve ruido, resolvió aguardar donde se hallaba, que las

sombras de la noche le permitiesen poner en ejecucion su proyecto, que no era otro que el de introducirse en la ciudad, si como esperaba, no tenia antes el consuelo de abrazar á su bella Elvira, que en compañía de su padre debia segun sus instrucciones tomar el camino de Talavera.

Sentóse, pues, en una piedra al abrigo de una pequeña eminencia, y no pudiendo contener el torrente de los pensamientos que unos en pos de otros se aglomeraban en su cabeza, á la manera que encapotan el limpio azul del cielo las tormentosas nubes, déjose llevar tras de ellos, como la arista por el vendabal.

Su cabeza estaba ardiente, su corazon latia con vehemencia, y respiraba con placer la fresca brisa de la tarde.

— He aquí un dia destinado para la felicidad, y que sin embargo está bien lejos de corresponder á mis dulces esperanzas! exclamó Rui-Pérez con acento conmovido. Débil juguete de la suerte, saboreaba apenas la copa del placer, cuando una desgracia tan grande como impensada me arrastra lejos de ese bello ángel, cuyo amor era toda mi dicha, todo mi porvenir!

Dió una corta tregua á sus amargas quejas el mancebo, sin que por eso dejára de sufrir interiormente todo el peso de sus do-

lorosos presentimientos, y luego continuó:

— ¿Será posible, Dios mio, que me hayais concedido la dicha de merecer el cariño de Elvira, tan solo para sufrir despues todo el dolor de perderle?

Oh! esa seria mucha crueldad! Se puede desear en vano la felicidad, correr desatentado en su busca, idearse un mundo á su modo, querer hallarle; pero encontrar cuanto uno ansiaba, tocar entre sus manos trémulas por el placer las manos de una mujer á quien se adora y de quien se recibe la mas dulce correspondencia, jurarla al pie mismo de los altares una adoracion ciega y sin limites, oir de su preciosa boca la confirmacion de nuestros mas caros deseos, y todo esto para perderlo en el momento supremo en que la felicidad va á cobijarnos bajo sus alas: es horrible!..... sí, horrible!.....

En vano desasosegado é inquieto dirijia el mancebo sus ojos por el estrecho sendero que debia traer su Elvira, en vano con esa impaciencia mortal de un amante receloso prestaba su oido. Ningun rumor llegaba á ellos, y sus miradas se perdian sin encontrar un objeto en que descansar penosamente. Los montes estaban desiertos, y solo interrumpia su monotonía calma el suave murmullo de la brisa de la tarde que agitaba las menu-

das yerbas que vejetaban entre las grietas de los pedernales, y las parietarias que estendian sus raices al través de las mismas piedras que esmaltaban las rampas de las alturas.

Cada hora, cada minuto que pasaba, infundia en su espíritu ideas mas alarmantes, y cuando al crepúsculo de la tarde, bello y hermoso, pues todavia reverberaban en el horizonte los últimos carmines del sol, sucedió la noche, sintió dentro de sí mismo que tan bien se oscurecia su alma y que sus ojos se perdian en medio de las tinieblas que levantaban á su derredor sus propios temores. Se alzó del suelo, estuvo parado un momento como si dudase todavia lo que debia hacer, y luego echó á andar con direccion á Toledo.

— He cumplido con mi honor, dejando ileso y salvo á don Enrique, dijo el jóven, ahora ya puedo entregarme en cuerpo y alma á la salvacion de Elvira!

Caminaba precipitadamente Rui-Perez, como quien siente en el corazon un peso enorme, del que no puede aliviarse de otro modo, y no tardó en mucho tiempo en divisar algunas lucecillas que se destacaban de la ciudad brillantes en medio de la oscuridad de la noche.

Al llegar junto á sus muros, asaltóle una dificultad en que hasta entonces no se ha-

bia fijado y que detuvo sus pasos. Demasiado conocido su traje, podia ser detenido antes de penetrar en casa de Nuño, y entonces se hacia inutil su tentativa; pues era entregarse él mismo á sus enemigos, poniéndose á su merced y embarazándose las manos para cualquier evento. Esta contrariedad le abatió en extremo y empezó á coordinar sus pensamientos para salir de tan difícil embarazo. Por fortuna nada hay más fecundo que la imaginacion de un enamorado, y sus ojos brillaron con una espresion indefinible de alegria al dar en el blanco que facilitaba el logro de sus deseos.

Cabalmente en el mismo sitio en que se encontraba, que era el punto por donde en ciertas ocasiones puede vadearse el Tajo por debajo del puente de san Martin, habia sido uno de los parajes en que mas encarnizado fuera la lucha entre los parciales de don Pedro y su hermano *bastardo*, y á la vaga é incierta luz de algunas estrellas que empezaban á salpicar el trasparente azul del firmamento, descubrió algunos cadáveres abandonados y cuyos trajes le deparaban la propicia ocasion de reemplazar el suyo; pudiendo de esta manera pasar por alguno de los flecheros que en su espedicion acompañaron al rey

Puso manos á la obra y muy pronto que-

dó completamente trasformado. Hecho esto, dirijióse con presteza á la puerta mas inmediata, y gracias á su ardid pasó sin tropiezo alguno, salvas algunas zumbas que le dirijieron los soldados, que bebian y jugaban á los dados para hacer mas llevadera su fatiga y lo perezoso de una noche que se pasa de centinela.

Una vez dentro de la ciudad, atravesó rápidamente las empinadas y estrechas calles que se encuentran por este extremo de la poblacion, y á favor de la soledad y el silencio en que yacian, logró llegar á casa del platero, tarde ya, pues se habia verificado su prendimiento por el fiero alcaide su enemigo, segun hemos narrado á nuestros lectores.

Duro y vengativo don Illan no se habia enternecido con las súplicas de Elvira, y llevando sin duda adelante la ejecucion de algun plan infernal, digno tan solo de sus entrañas de tigre y que tendria bien meditado, se contentó con arrojar á la infeliz jóven una mirada espantosa que la dejó inmóvil de terror, y sin fuerzas para seguir á su padre, tan inhumanamente arrebatado de sus brazos. Volvió en sí la doncella, y aconsejada de su amor filial, encaminóse al Alcázar detras de sus verdugos; pero envano trató de penetrar hasta la presencia del rey para im-

plorar el perdón de su padre, si por acaso hubiera sido acusado de algún delito, y apiadar su enojo con sus lágrimas. Una soldadesca soez y medio embriagada detuvo sus pasos en el mismo patio del Alcázar real, y á la vuelta de mil groseras chanzonetas, de injuriosas imputaciones y de indecentes amenazas acabaron por negarla rotundamente la entrada.

Sus palabras y sus súplicas se perdieron entre la algazara y la broma que trahian, y su pudor ofendido la precisó por último á volverse á su casa, antes de que el instinto soez de los flecheros les llevase á poner por obra sus brutales amenazas.

Acababa Elvira de arrojarse sobre un sitio, dando rienda suelta á su llanto, cuando abriéndose pausadamente la puerta de su habitacion, permitió que se adelantase un hombre, cuyo uniforme reconoció con horror pues era el mismo de los flecheros de don Pedro.

Dió un grito la infeliz, saltando de su asiento, y cubrióse la cara con ambas manos.

— Elvira, dijo este hombre á media voz, acercándose hácia ella y estrechando una de sus manos.

— Dios mio! esa voz!..... exclamó la joven, y como si aquel acento hubiese re-

sonado en el fondo de su alma, se contrajo todo su cuerpo y clavó en el flechero sus ojos.

Un momento no mas necesitó Elvira para reconocer á Rui-Perez al través de su disfraz, y ambos esposos se abrazaron tiernamente.

— El cielo te envia! le dijo la jóven con efusion. Mi padre está preso..... quizás sentenciado..... aunque inocente.....

Un rayo no hubiera hecho tanta impresion en el corazon del mancebo que repitió aterrado.

— ¿Tu padre está preso?

— Y por órden del rey..... añadió Elvira. Nos preparabamos para seguir tus prudentes instrucciones, cuando se presentó don Illan y.....

— Don Illan! exclamó Rui-Perez. ¡Ah! miserable!.....

Conducido mi padre á la presencia del rey, no me han dejado sus crueles soldados arrojarne á sus plantas, regar sus rodillas con mis lágrimas y alcanzar su libertad.... Ebrios y furiosos me han insultado como á una vagabunda licenciosa.

— Calla, Elvira, calla!... no desgarres mi corazon!..... interrumpiôla el mancebo estrechando con furor su espada!

— Está misma noche debe ser juzgado....

he oído que hay grande número de prósos y que el mismo rey quiere pronunciar su sentencia!.... ¡Pobre padre mio!

— Y se atreverian.... dijo Rui-Perez; oh! nó, no es posible!.... tu padre no tiene crimen alguno.....

— Pero don Illan.....

— Siempre ese nombre odioso.... siempre!.... exclamó con rabia el jóven.

— Es preciso salvarle..... salvarle, Rui-Perez! Mi dicha, mi vida, nuestro amor, todo, todo pende de su libertad!....

Reflexionó un instante Rui-Perez y toda su fisonomía tomó un aspecto severo y meditabundo.

— Salvarle! salvarle! repitió este con voz desgarradora.

— Sí, salvarle á toda costa! añadió la desconsolada hija, si nó, no hay dicha para Elvira!

—Y mis brazos no alcanzarían á labrarla?

— Con mi padre!...Esposo de mi alma.... su destino es nuestro destino!

— Yo le salvaré entonces! murmuró Rui-Perez con voz ahogada pero firme, y como si hubiese resuelto en aquel instante irremisiblemente un gran proyecto.

— Ah! Dios te ayude, replicóle la jóven, y vivamente preocupada con la idea de librar á su padre, no pensó en los peligros

que iban á rodear á Rui-Perez para conseguir su noble intento.

Imprimió el mancebo su boca en los purísimos labios de su amada, y llevando con frenesí su mano á su corazón, que parecía querer saltar de su seno, tan fuertes eran sus palpitaciones, se despidió de Elvira y se alejó con precipitación y desorden. Esta cayó de rodillas junto á la misma puerta, levantadas ambas manos al cielo, y fijó en él sus ojos arrasados por el amargo llanto que vertian, hasta que desapareció entre las sombras.



XXIII.

¿ Con que esto pasa , Martín ?
— Señor ; basta de preguntas ;
ó de cien víctimas juntas
sabrás el sangriento fin .

COMEDIA DE D. P. CALDERÓN DE LA BARCA.

A pesar de las fatigas que habia sufrido Sancho tanto en el combate con los parciales del rey don Pedro , como en su precipitada marcha á Toledo para prevenir á don Enrique el peligro que corria , no fue de los que menos cumplieron con su deber cual leal y valiente . Pero sus esfuerzos fueron tan perdidos como los de todos sus demas compañeros de armas , como ya saben nuestros lectores , y bañado en su misma sangre que brotaba de dos heridas peligrosas , encontróse en uno de los mas apartados apo-

sentos de la taberna del *Mosquito*, á cuyo celo debió sin duda haber escapado con vida en medio de tan horrible matanza.

En un principio juzgóle moribundo el tabernero, y procuró restañar la sangre, aunque con la desconfianza del que duda del buen resultado de sus cuidados. Pero Sancho no tenia otra cosa que un desvanecimiento producido por la debilidad, el cansancio y la pérdida de sangre, y tan luego como se contuvo á esta, y descansó un largo rato en una cama, volvió en sí con asombro de su enfermero para el que era ya casi un cadáver.

No bien hubo abierto sus ojos, cuando el *Mosquito* asombrado de lo que veian los suyos, exclamó dando un paso atrás.

— Por el alma de mi abuela que.....

Y dándose una palmada en la frente como quien atrapa despues de largas cabilaciones una idea feliz, añadió para sí.

— No le vendrá mal una gotilla de aquel vino blanco de Yepes que es un bálsamo!...

Salió en su busca el *Mosquito*, mientras que volviendo completamente en sí Sancho, tendió á su derredor una mirada escudriñadora. Sus ojos no pudieron sostener el efecto de la escasa luz que bañaba su pequeño cuarto, y volvieron á cerrarse involuntariamente. Probó tambien á levantarse, pero apenas se habia incorporado sobre la al-

mohada, tornó á caer su cabeza, y sus brazos quedaron tendidos á lo largo de uno y otro lado de su cuerpo.

En esto entró el *Mosquito* con su *piscolábis*, y acercándose de puntillas á Sancho, le llamó á media voz.

— Ola, señor Sancho!... valor... ánimo!

Estas palabras dichas con toda la dulzura de que era susceptible el tabernero, hicieron abrir los ojos otra vez al herido, y fijándolos en quien así le hablaba, le contestó únicamente.

— ¿Eres tú *Mosquito*?

— El mismo, señor Sancho, el mismo.

— En ese caso podrás decirme....

— Ahora nada.... luego hablaremos.

Y el herido cuya debilidad era extraordinaria no hizo mas esfuerzos.

— Quietecito.... quietecito!.... añadió el tabernero.... Abra la boca y tome un sorbo de este néctar..... que por el alma de mi padre, no debe sentarle mal.

Acercó él mismo la copa á los labios de Sancho, y levantándola, hizóle tragar una buena dosis de su tisana favorita.

El herido pasó la noche muy regularmente: durmió bastantes horas, y cuando entró á la mañana siguiente el enfermero, encontró á Sancho muy aliviado.

— Qué tal mi vinillo! exclamó interior-

mente el *Mosquito*. Oh!.... es excelente..... es un bálsamo!

Y miró al herido con esa arrogante satisfacción del médico que cree haber arrebatado de las garras de la muerte á un enfermo desahuciado.

Reconoció las heridas, lavólas con vino y aplicólas luego un unguento, puso encima algunas hilas y sobre ellas colocó el vendaje.

— Esto no vale nada! añadió el curandero, gracias á Dios muy pronto estareis bueno. Asi como asi, haceis bastante falta para enderezar.....

Dejó sin acabar la frase, y dándole otra toma de su específico maravilloso, se disponia á salir cuando Sancho le hizo una seña para que se sentara á su lado.

— ¿Que mas quereis? preguntóle el *Mosquito*. En vuestro estado nada hay mas provechoso que el silencio y la calma. Tiempo os sobraré para saber cuanto querais..... A buena cuenta que no podria daros ninguna noticia satisfactoria..... añadió luego poniendo el dedo índice sobre su boca y mirando tristemente á Sancho.

— ¿Qué dices? exclamó este.... Acaso el conde.....

— Poco á poco, señor mio... el conde estará á estas horas en su Talavera.....

— ¿Se ha salvado? Al menos no se ha perdido todo! añadió Sancho.

Mientras así hablaban ambos interlocutores, llegó á sus oídos un sordo rumor como de jentes que disputaban ó hablaban acaloradamente en el despacho de la taberna, y el *Mosquito* cuya conciencia no estaba tranquila, se levantó apresuradamente y salió á averiguar el orijen de tan descompuesta gritería.

Siguió un largo rato el vocerío, sin que Sancho pudiese entender una sola palabra, pues la distancia no permitia llegase hasta sus oídos mas que el ruido confuso de las voces.

Sosegóse este al fin y á poco volvió á entrar el *Mosquito*, cuya áspera fisonomía estaba alterada por una espresion horrible de indignación, y su boca pronunciaba estas palabras:

— Es una infamia!.... el tal don Pedro tiene entrañas de tigre... es un monstruo!

— De que se trata? dijole Sancho, que ya pudo incorporarse en la cama con bastante desembarazo.

— Oh!.... es inaudito!.... Toda la ciudad está indignada!.... proseguia el tabernero, sin darse por entendido de la pregunta de Sancho. Generoso jóven.... sí, es un.....

Y cuando todos esperaban que don Pedro se moviese á compasion por tan heróico sacrificio.....

— Pero que retahila estais encajando, señor Mosquito? preguntóle de nuevo Sancho, aprovechando la pausa que cortó su monólogo.....

— Es horroroso, señor Sancho!.... contestóle al cabo el tabernero. Sí, señor, es horroroso! Figuraos, amigo mio, que anoche mismo prendieron de órden del rey al platero Nuño.....

— Al platero Nuño! exclamó sobresaltado Sancho.....

— Sí, señor, al platero Nuño; que no es mas que uno entre tantos otros como esperan la conclusion de su vida; porque habeis de saber tambien, que el tribunal reunido en el alcázar y presidido por el mismísimo don Illan, está sentenciando á pena de muerte á infinitos ciudadanos..... Algunos están ya colgados, y otros..... pero, al caso..... Llególe su vez al bueno de Nuño é introducido delante de estos verdugos, fué sentenciado tambien.....

— A muerte? preguntó Sancho horrorizado.....

— Cabalito..... En vano quiso probar su inocencia.... D. Illan que conocia cuanto le importaba sofocar la voz del anciano que

podía acusarle de raptor, dió fin al juicio y se pronunció la terrible sentencia.

El rey entraba y salía en la habitación, y sus facciones respiraban una alegría feroz cada vez que hería sus oídos la palabra muerte.

Habia cojido la pluma el inhumano rey para poner su firma en la sentencia, cuando se presenta un jóven archero real. Adelántase resueltamente hasta el rey...

—Y bien, ese jóven.... interrumpióle Sancho.

Yo no podré repetiros palabra por palabra el discurso que dirigió á don Pedro.... básteos saber que todos se conmovieron.... que hubo en aquellos hombres tan duros y tan encarnizados un momento de duda.... pues el tal jóven se ofrecía á la muerte por salvar la del anciano Nuño. Pero que teneis, señor Sancho? Os habeis puesto mas blanco que la cera....

Efectivamente, el herido estaba ajitado por un pensamiento horrible y sus facciones habian palidecido completamente.

—Seguid.... seguid.... respondióle Sancho.

—El mismo rey, continuó el *Masquito*, estaba indeciso.... Don Illau no hacia mas que levantarse y sentarse en su asiento, clavados en el rey sus ojos, como á quien se le

escapa de entre las manos su presa. En un instante varió mil veces la espresion de la fisonomía del rey, y todos ansiaban saber su voluntad. Al cabo, abrió sus lábios..... y aceptó tan jeneroso sacrificio.....

— Ah! ese rey es un tigre sediento de sangre! exclamó Sancho, apretando fuertemente sus puños.

— Entonces, prosiguió el tabernero, se levantó don Illan y acercándose al rey, le habló algunas palabras al oido, y este le respondió:

— No..... he dado mi palabra.....

— Pero ese jóven.....

— Ese jóven se llama Rui-Perez!

— Rui-Perez! exclamó Sancho, dando un grito que partia de su alma.

— El esposo de Elvira, la hija del mismo Nuño!

— Es preciso salvarle!.... sí.... salvarle!.... Seria horrible su muerte!.... El mismo don Pedro..... tartamudeaba poseido de furor Sancho.

— Pero, cómo? preguntóle el tabernero.

— Sí, ya veo el medio..... continuó Sancho..... Mi hermana. ...

— Su hermana! exclamó el Mosquito que creia á Sancho atacado de un delirio febril producido por la narracion que le habia hecho.

— Qué hiciste de aquella mujer que te entregué la noche del incendio del barrio de los judíos?

— La loca.... la que sacasteis medio chamuscada?.... dijo el tabernero.

— Sí.....

— Buena era la tal pieza para vivir entre cristianos..... apenas volvió en sí.... cuando arrojándome á la cara el unguento que iba á aplicar á sus quemaduras, puf... echó á correr y no la he vuelto á ver mas, respondió el *Mosquito*, cuya cara daba á entender la ninguna gana que tenia de volverse á poner en contacto con ella. Dios me libre de ella.... cuando casualmente paso por delante de su madriguera, hago la señal de la cruz.....

— Con que sabes donde está?.... Pues bien, es preciso verla....

— Estais loco, señor Sancho? dijole asombrado el tabernero.

— Jamás he estado mas cuerdo.... Pobre jóven! y yo creí tomar una venganza tan atroz?.... Ah! imposible!.... imposible!

Antes de que tuviera tiempo el tabernero para impedirselo, estaba medio vestido Sancho, y sin atender á las razones de aquel le obligó á conducirlo al chiribitil donde moraba la loca.

Con mas presteza de la que al parecer

convenia á Sancho por su estado de debilidad, se encaminó agarrado del brazo del *Mosquito* hasta el chiribitil que servia de asilo á la loca.

— Hermana mia! hermana mia! exclamó al verla acurrucada en un rincon, tristemente pensativa y con su cabeza hundida entre ambas manos. «Tu hijo, aquel por quien rezabas al cielo vive.»

— Dios mio! exclamó ésta, y se levantó cual si hubiese resonado aquel llamamiento hasta el fondo de su alma, y separando de su frente los ásperos y sucios mechones de pelo que la cubrian en parte, fijó sus desencajados ojos en los reciénvenidos.

Adelantóse Sancho, y estrechándola fuertemente en sus brazos, añadió:

— Te acuerdas de que te le arrebataron, y de que yo te prometí restituirlo á tus brazos antes de mi muerte? Dudarás sacrificarte por volverle á ver?

— A mi hijo!... sí, á mi hijo! exclamó aquella mujer con un delirio febril..... Donde está?... que me lo vuelvan: yo le arrancaré aun de las garras de las fieras.

— Aun vive, pero su existencia está amenazada..... y para salvarle no hay mas camino que implorar la piedad de un hombre que la desconoce.

— Habla... habla... yo le salvaré, cual-

quiera que sea el sacrificio que sea necesario.

— Yo guardaba ese hijo para tomar una venganza cruel de la deshonra de mi sangre..... cuando lo separé de tus brazos, meditaba ya con una alegría indefinible el placer de ver correr la sangre de su infame padre derramada por el acero de su mismo hijo, y mis ojos se complacian ya en tan horrible espectáculo. Desde entonces todos mis pasos, todas mis acciones no han tenido otro objeto, otra mira que la de saciar mi venganza... Ya la saboreaba satisfecho, cuando una locura de ese mismo jóven le ha hecho entregarse á.....

— A quien? repuso horrorizada la desventurada madre.

— A don Pedro..... á ese tirano, cuya vida es una cadena de delitos y cuya marcha va trazando un mar de sangre.

— Pues bien, yo iré á arrojarme á sus pies..... besaré sus rodillas..... y las lágrimas de una madre..... la desesperacion de mi alma hará mella en su corazon por duro y empedernido que lo tenga.

— Sí, muy cruel! Leonor..... pero escucha..... y acercándose Sancho al oido de su hermana, le dijo algunas palabras que obligaron á la infeliz á dar un grito horroroso y á lanzarse precipitadamente fuera

de su estancia, gritando..... Hijo de mis
entrañas!



XXIV.

— Alza; mi voz te maldijo.
— Tú fuiste mi seductor.
Por aquel robado honor.
Piedad, piedad de mi hijo;

D. B. ARELLANO.

Horrible era en verdad el cuadro que ofrecía la desdichada ciudad! Al volver Toledo de su entusiasmada enajenacion por la proclamacion de don Enrique, encontróse impensadamente entre las garras del rey don Pedro, cuya alma vengativa inmoló á su furor un crecido número de víctimas entresacadas de todas las clases de la poblacion. Los nobles como los plebeyos, los ricos como los pobres, todos pagaron su tributo de sangre.

Si nos es lícito separar la atencion de nuestros lectores del espectáculo desgarrador que traza la historia con caracteres enérgicos, y que forma uno de los periodos mas

deshonrosos de la vida del monarca á quien merecieran sus atrocidades el tristemente célebre dictado de cruel, nos vemos en la precision de delinear aunque en bosquejo dos escenas á cual mas tiernas y dolorosas, que forman el desenlace de la verídica cuanto lamentable historia que narramos.

Para don Pedro habia sido el sacrificio de Rui-Perez de una importancia extraordinaria; y al perdonar la vida al anciano Nuño, miraba con complacencia el suplicio del jóven y temible partidario del *bastardo*, cuyo castigo podria servir de escarmiento á sus enemigos, por lo que aceptó tan vergonzoso trueque; y en cuanto á don Illan, cuya alma miserable y perversa habia ideado el medio de deshacerse del inocente artista, para que, sola y abandonada en el mundo la tierna Elvira, no pudiera escaparse de sus manos, tampoco le pesó el cambio; puesto que, muerto el mancebo, no le faltarian ocasiones para satisfacer los desordenados apetitos de su corazon impuro y corrompido, deshaciéndose mejor de un decrepito anciano que teniendo que luchar con un rival jóven y valiente. Asi, pues, el monarca y el valido gozábanse con el triunfo de sus deseos, y se complacian en dar á sus venganzas todo el colorido y realidad de los tormentos mas espantosos.

Al mismo tiempo que fué puesto en libertad el platero, se sepultó á Rui-Perez en un lóbrego calabozo, dejándole tan solo algunas horas para prepararse á morir.

Tristemente pensativo el mancebo, repasaba en su combatida mente hasta las mas insignificantes circunstancias de su corta pero azarosa vida, hasta que un solo pensamiento vino á apoderarse de él, sofocando todos los demas. Elvira, la vírjen de sus doradas ilusiones, la mujer cuyo amor recibiera á los pies del altar, y que en sus ensueños de cariño miraba rodeada de felicidad, se presentaba ahora á su fantasía mas hermosa, mas pura, mas anjelical que nunca! Escapóse de sus ojos una lágrima al pensar que la muerte iba á separarle de ella, y todo su cuerpo se estremeció involuntariamente. Cerró los ojos, cubrióse la cara con ambas manos, é inmóvil como una estátua, permaneció algunos instantes, sin dar otra señal de vida que los ahogados suspiros que se abrian paso desde el fondo de su alma.

El ruido de las pesadas puertas de su prision al jirar sobre sus goznes, le hizo volver en sí, y levantándose, se encontró en los brazos de Elvirâ que acompañada de su anciano padre, pudo penetrar hasta su encierro, merced al oro que derramó Nuño á manos llenas.

— Elvira, Rui-Perez! fueron las únicas palabras que en su dolorosa situación pudieron articular ambos jóvenes, y el platero sintió desgarrarse su alma á la vista de la amargura de sus hijos.

Rui-Perez fué el primero que rompió tan doloroso silencio, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo á Elvira.

— No te aflijas así, bien mio: respetemos la voluntad de Dios, que si nos separa en esta vida, volverá á reunirnos en el cielo...

— Jamás, jamás, amigo mio adorado!... yo no puedo vivir sin tí..... mi vida está ligada á la tuya..... Por qué la sacrificaste? No tenía yo derecho á tu corazón? Por qué no me anunciaste que querías arrebatármelo?

— A tí te queda un padre que te adora; por él me he espuesto; por él encuentro hermoso mi terrible sacrificio!

— Que yo no aceptaré nunca, noble joven, dijo el artista.

— Por Dios, no hagais estéril, buen Nuño, mi jenerosidad!

— Ingrato!.. no conoces cuanto te amo!.. La vida de mi padre es la mia, pero sin tí tambien morirá Elvira.

— Lo conozco, amada de mi corazón, y como una prueba de ese amor quiero exigir de tí..... que te atrevas á soportar la vida, á ser un ángel para ese anciano.

— Nada puedes exigir de mí..... cualquiera promesa que arrancases de mis labios, sería vana..... quiero morir contigo..... sí, contigo!.... y esos verdugos no podrán separarme de tus brazos!....

— Calmaos, hijos míos: tal vez se ablande el corazón del rey, y movido á compasión.... Yo regaré sus plantas con mi llanto y con mi sangre! Yo le haré ver que merecias el cariño que te he inspirado. Joven, corro á salvarte.

— Mal conocéis á don Pedro, interrumpe Rui-Perez. Necesita sangre.....

— Si quiere una víctima..... pronto estoy á presentarme yo..... yo, el destinado al suplicio, y el único que debó espiar el crimen de traición..... aplacaré su cólera y exhalaré mi último suspiro pensando en que os devuelvo la felicidad.

Amarga era la situación de Elvira, y si la idea de la muerte de su amante desgarraba su alma, la oferta del anciano le hacia temblar igualmente. Colocada entre un amante y un padre, estremeciase su corazón, y no acertaba á encontrar una salida satisfactoria. Anonadada bajo el peso de su horrible desgracia, luchando con la desesperación que se iba abriendo camino en su alma, sin vislumbrar un punto de claridad en el tenebroso horizonte que le rodeaba, acabó por

perder las fuerzas y cayó exánime en los brazos de Rui-Perez y de Nuño.

Algunos momentos despues salia el jóven para el suplicio. El desmayo de Elvira fué un accidente feliz que la evitó el adios terrible que acaso la hubiera asesinado. El pobre Nuño fué contenido por sus cariñosos amigos para no cometer en su primer arrebató un atroz suicidio.

A la sazón saboreaba el rey don Pedro con horrible alegría su cruel venganza, viendo desde el alfeizar de una ventana el suplicio de las desgraciadas víctimas inmoladas á su furor, cuando una confusa gritería y el sordo rumor de armas, que salia de su antecámara, le obligó á separar su vista del sangriento espectáculo que estaba contemplando.

— Dejádme!.... dejádme!.... gritaba una voz de mujer á los archeros reales que la impedían el paso. Quiero verle..... necesito verle!.... El acento de esta voz que resonó fuertemente en la antecámara, debió conmovér el alma de don Pedro, pues palideció repentinamente y fijó sus ojos en la puerta con una espresión marcada de inquietud; y como si obedeciese á una fuerza superior, se dirigió hácia ella, y al abrirla, se encontró con una mujer, cuyas libidas facciones y mirada terrible impusieron al alti-

vo monarca, que retrocedió algunos pasos, balbuceando á sus soldados:

— Dejadla entrar.

Adelantóse entonces la mujer, que como habrán conocido nuestros lectores no era otra que la loca, asió una de las manos del rey y exclamó, fijando en él sus delirantes ojos:

— No me conocéis?...

Mirábala el rey de hito en hito, y aunque allá en el fondo de su alma se levantaba como una acusacion terrible el vago recuerdo de aquella mujer, no acertaba á coordinar sus ideas y la hizo un signo negativo.

— Infame! gritóle la loca, estrujando la mano del monarca entre las suyas huesosas y descarnadas.

La cólera inflamó las feroces facciones de don Pedro, y haciendo un esfuerzo extraordinario para desasirse de la loca, la dijo con acento amenazador:

— Miserable!... ¿ te atreves á hablar asi á tu rey?.....

— Mi rey!.... interrumpióle ella, soltando una espantosa carcajada..... mejor diriais mi verdugo..... el asesino de mi honor!

— Basta!.... exclamó don Pedro, cuya indignacion se aumentaba por instantes. Tiembla por tu vida.....

— Mi vida!.... la desprecio..... pero la suya, la de ese jóven tan tierno y tan her-

moso, ah! su sangre caeria sobre tu cabeza!
Su vida, señor!

— Y te atreverias?... dijo don Pedro.

— A todo..... por salvarle.

Al pronunciar estas palabras dispóse la expresion de fiereza que sombreaba la desencajada fisonomía de esta mujer, y dos gruesas lágrimas se desprendieron á la par de sus ojos.

— Perdonadle, señor..... perdonadle!... exclamó cayendo de rodillas á sus pies..... Rui-Perez.....

— Rui-Perez! repitió el rey. No, no es posible..... Es un traidor, y su cabeza pertenece ya al verdugo.

— Al verdugo!.... al verdugo!.... repitió á su vez la loca.

— Sí, por traidor!

— La tuya pertenecería entonces al infierno. No me conocéis?... Ay! lo comprendo: las desgracias han borrado tan completamente mi antigua hermosura, que no encontráis en mi macilenta fisonomía el mas leve rastro.... Es verdad que ahora no soy mas que una miserable pordiosera; que la maldicion del cielo me ha seguido á todas partes, y que en este mismo momento me despreciais..... sí, todo lo comprendo!.....

— Pero quién eres? replicó don Pedro.

— Quién soy!.... Te acuerdas, infame, de la cabaña del Guadalquivir?..... Sí, te acuerdas porque te has inmutado..... No suena ya en tus oídos el nombre de Leonor?

— Leonor! exclamó don Pedro, clavando sus ojos en la descompuesta fisonomía de la loca.

— Sí, Leonor!.... Joven é inocente, aprovechaste mi inesperienza, la soledad en que vivia, y como un villano abusaste del amor que tus mentidas palabras infundieron en mi alma. Abandonada á mí, escuché tus juramentos mentidos, olvidé mis deberes, y fruto de ese amor.....

— Acaba..... acaba, infeliz, dijola el rey.....

— Fué un hijo que luego abandonaste con su madre..... Entregada á mis remordimientos y á mi vergüenza, esperé en vano al infame, que ocultando su regia procedencia, robaba el honor de los que algun dia debian ser sus vasallos, mientras que su augusto padre, rodeado de los bravos castellanos sitiaba en Gibraltar á los infieles. Mi hermano peleaba tambien con ellos, y cuando muerto el rey Alfonso á la vista de los muros de esta ciudad, víctima de la peste, se levantó el sitio, mi hermano me halló deshonrada.....

— Pero ese hijo.....

— No te lo he dicho?

— Quien es, muger? acaba!

— El que asesinas.

— Imposible.

— Tus remordimientos te dirán si es mentira. Mira..... añadió la madre desolada enseñando á don Pedro un medallon de plata..... Conoceis esta reliquia?

Avalanzóse á ella el rey, y reconoció con horror que era efectivamente un presente que hiciera á su desgraciado amante.

— Pues bien, completa tu obra..... despues de deshonar á la madre..... asesina al hijo.... monstruo sanguinario!..... Solo te falta un crimen, el del parricida!

Un temblor convulsivo se apoderó del rey: sus miradas vagaban de un lado á otro con una espresion horrible. Soltóse de la mano de Leonor, y con una voz terrible llamó á uno de sus archeros, hablóle al oido, y volviéndose hácia Leonor la dijo....

— Nuestro hijo vivirá!.....

— Oh!.... vivirá!.... exclamó fuera de sí de gozo Leonor, y en su delicioso frenesí estrechaba cariñosamente las rodillas del rey, besaba sus plantas, regaba sus manos con sus lágrimas, y olvidó cuanto habia sufrido para pensar tan solo en el placer de abrazar á su hijo.

Pero de pronto se estremeció don Pe-

dro de pies á cabeza. Habia resonado en sus oídos el fúnebre clamor de una campanada, y fuera de sí se precipitó hácia la ventana. Levantóse tambien Leonor y le siguió acometida de un vago presentimiento.

En el momento en que ambos se asomaron á los andenes, rodaba por el suelo una cabeza. Rui-Perez habia dejado de vivir.

— Infeliz! exclamó el rey.

— Maldicion! gritó Leonor, y convulsivamente se agarró á los cabellos de don Pedro, y vacilando, y arrancándole una gran parte entre sus nerviosos dedos, cayó en tierra como una estatua de bronce. Volvióse el rey con espanto, tocó su corazon, y no latia ya; estrechó despues el cadáver, llevándose al rostro ambas manos, y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse tambien en el pavimento rojo de sangre. La mano de la providencia castigaba en aquel momento en la muerte de la esposa y del hijo al monstruo que asi habia sacrificado la virtud y la inocencia. Los crímenes impunes entre los hombres, los repara la justicia de Dios.

Don Pedro, uno de esos reyes que parecen destinados por la providencia á ser el azote de los pueblos, habia violado, siendo todavia príncipe, á la hermosa cuanto desgraciada Leonor; y esa misma providencia,

que despues le permitio abandonarse sin ley ni freno alguno á todos sus lascivos y desordenados apetitos, dió una muestra bien terrible de su cólera, haciéndole apurar hasta las heces el remordimiento horrible de haber asesinado á su mismo hijo, al fruto de sus vergonzosas cuanto impúdicas pasiones. El recuerdo de Rui-Perez le siguió hasta su muerte como una constante acusacion de su parricidio.

CONCLUSION.

La noche encubria bajo su manto tenebroso los horrores que presenciara Toledo asombrada y confusa durante las horas de aquel día sangriento.

Elvira y Nuño sufrían todo el peso de su amarga desgracia, y ninguno de los dos se atrevía á romper el profundo silencio en que devoraban sus penas. Eran estas demasiado intensas para que pudieran ceder á ningun consuelo, y el platero por su parte conocia sobradamente la ineficacia de sus palabras para tratar de mitigar el acerbo dolor que tan profundamente embargaba el alma de su hija, puesto que el suyo era tambien inconsolable. Limitábase pues á idear el medio de alejar á

Elvira del sangriento teatro de la muerte de Rui-Perez, como el único camino de dulcificar su dolor, cuando sintió el ruido de pasos y vió adelantarse hasta ellos una mujer cubierta con un largo velo negro, seguida de un solo escudero. Era doña Blanca.

— Amigos míos, dijo ésta con voz conmovida, no vengo á prodigaros unos consuelos que considero inútiles..... Hay desgracias que solo el tiempo puede ir borrando de nuestra memoria..... pero, os amenaza un nuevo peligro..... y Dios me ha inspirado el medio de libraros de él.... Don Illan.....

— D. Illan! exclamó aterrada Elvira, que hasta entonces no habia desplegado sus labios.

— No ha renunciado á su violento amor... y antes de que valido de la privanza del rey y de vuestra desgracia intentasé saciar su desordenada pasion, he alcanzado de don Pedro un salvo conducto para los dos..... tomadle..... dos caballos os esperan en la puerta Visagra..... no perdais un momento..... Si necesitais oro, aceptad este bolsillo....

— Señora!.... sois nuestra providencia! exclamó Nuño, besando la mano de doña Blanca.

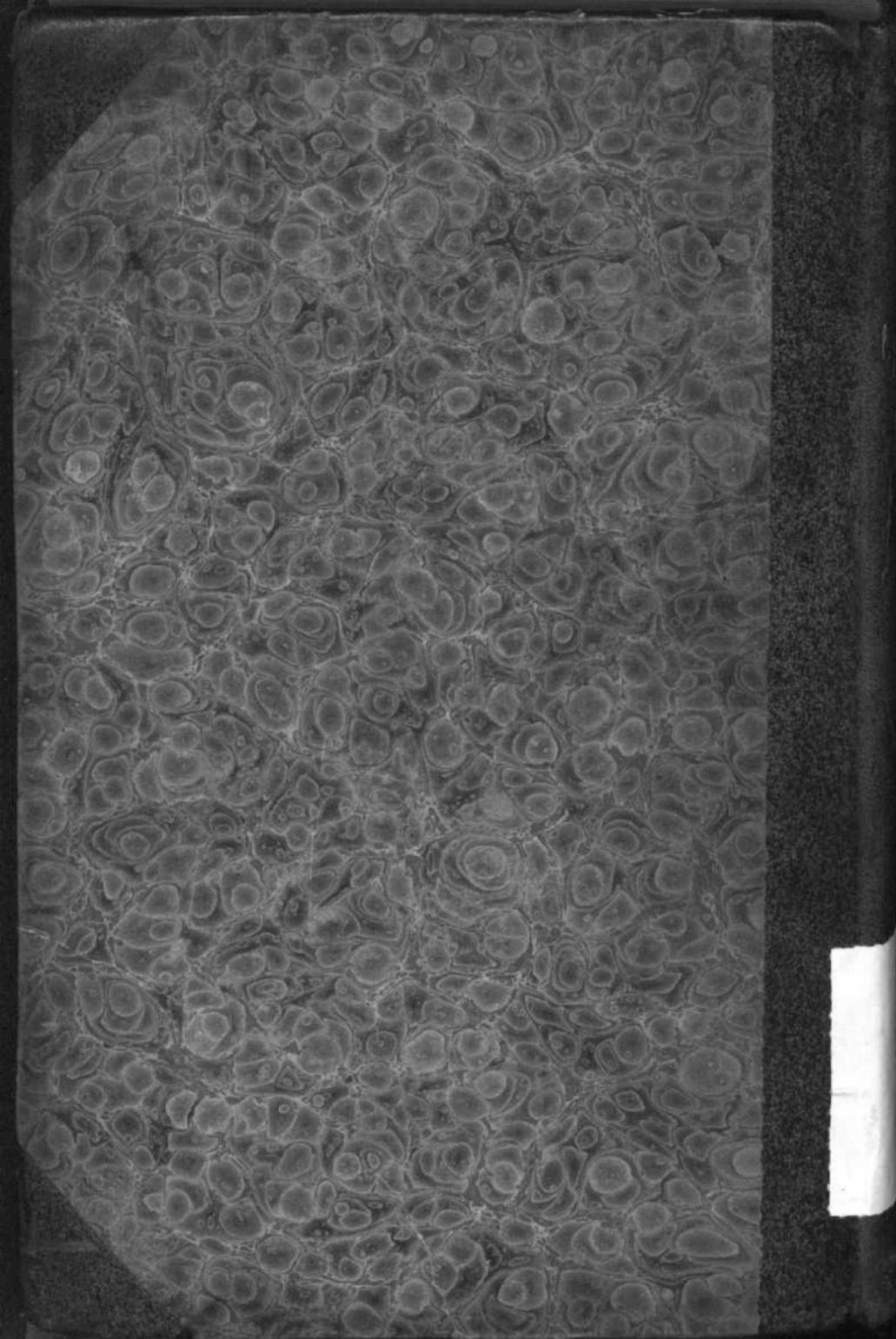
— Al menos me ha permitido el cielo reparar los agravios de mi esposo! añadió la

dama vivamente conmovida. Nuño y su hija vacilaron un solo momento: la muerte podía ser el fin de sus males, pero necesitaban vivir el uno para el otro. Abrazaron pues á su noble protectora, mezclaron sus lamentos, y repitiéndose un último adios se separaron. Nuño y Elvira abandonaron la ciudad de Toledo y llegaron salvos á estrañas tierras, desde donde repitieron á doña Blanca las protestas del mas sincero agradecimiento. Despues no ha vuelto á saberse su paradero. Quizás lloraron siempre en apartados climas la pérdida de su patria, la memoria de sus tiernos amores y los infortunios de una vida para la que el consuelo era la muerte.

En cuanto á los demas personajes que figuran en primer término en esta historia, diremos á nuestros lectores, que don Illan siguió en su vida disipada al paso que su esposa fué siempre un modelo de resignacion cristiana, si bien puede consolarles que no vivió largo tiempo el alcaide, pues que un moro le atravesó en un encuentro, con notable alegría de cuantos le conocieron. Sancho sintió aumentarse su ódio contra don Pedro y constantemente siguió las banderas de don Enrique, que al cabo logró ceñir su frente con la corona de Castilla y premió con largueza sus servicios. El Bastardo fué rey á costa de un

horrible delito; pues su diestra se bañó en la sangre de su hermano en los campos de Montiel, donde cercado don Pedro y falto de recursos, fué engañado villanamente por el caudillo francés Du Guesclin que al entregarle á don Enrique, dijo aquellas famosas palabras que ha conservado la historia para mengua y baldon de su pais, «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi Señor.»





LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
L. DIA DE SA
MADERONS
SAN TOLEDO

G 31173